
Grupo Editorial Portal
Segredo
La
novia sustituta
del presidenten
Submundo del Poder • Libro 1
Autora Best-seller international
JESSICA MACEDO

La Novia Sustituta del Presidente

Submundo del Poder • Libro 1

Best-seller internacional

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal
Segredo

BELO HORIZONTE | 2025

Copyright ©2026 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, ya sea física o electrónica, sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño gráfico: Jéssica Macedo

Revisión: Grupo Editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que realmente existieron en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Índice

Sumário

Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

Sinopsis

?? *Fake Marriage* (Matrimonio falso)

?? *Grumpy x Sunshine* (Superviviente x Mafioso frío) 🔥

Age Gap y *Slow Burn* intenso

El contrato era claro: fingir ser la esposa del presidente de Santera, sonreír a las cámaras y garantizar que la alianza entre el gobierno y la mafia no se desmoronara. A cambio, la hermana de Clara seguiría respirando.

Stefano Moncada, el temible Rey de Hielo, la compró para ser un peón desechable. Él no esperaba que la chica desafiara sus órdenes. No esperaba matar para protegerla. Y, definitivamente, no pretendía volverse completamente adicto a ella.

Sin embargo, en un palacio donde todos esconden cuchillos a sus espaldas, la peor amenaza aún está por llegar. La verdadera novia, que quiere recuperar la corona. Stefano tendrá que elegir entre su imperio y la mujer que le robó la cordura.



Clara Mendes

Prólogo

Dos meses antes...

Me bajé del autobús en la Avenida de los Olvidados, sintiendo cómo la suela de mis zapatillas gastadas se derretía en el asfalto. Eran las seis de la tarde, pero el sol aún castigaba los techos de zinc del Cerro de la Esperanza, transformando el aire en un vapor tóxico de polvo, aguas residuales al aire libre y fritura vieja.

Apreté la bolsa de plástico contra mi pecho. Dentro de ella, había tres panes del día anterior que el panadero me vendió a mitad de precio, un blíster de dipirona genérica y un yogur que caducaba hoy. Era la cena y el desayuno.

Caminé por los callejones estrechos, esquivando las conexiones eléctricas ilegales que colgaban de los postes como telarañas eléctricas. El ruido era ensordecedor: *funk* saliendo de altavoces reventados, perros ladrando y vecinos peleando. Pero yo no escuchaba nada. Mi mente estaba enfocada en un único sonido,

uno que me atormentaba hasta en sueños: el silbido en el pecho de mi hermana.

Subí los tres tramos de escaleras de la vecindad, sintiendo cómo me ardían los músculos de los muslos. Había pasado las últimas diez horas limpiando el suelo de una oficina en el centro, y sentía la espalda como si estuviera atrapada en alambre de púas.

Abrí la puerta del apartamento 304. El calor allí dentro era peor que en la calle. El ventilador de techo giraba lentamente, empujando el aire caliente de un lado a otro sin refrescar nada.

— Llegué — anuncié, cerrando la puerta para dejar el ruido del cerro allá afuera.

Mi madre, doña Carmem, estaba sentada en la mesa coja de la cocina, encorvada sobre una montaña de ropa para planchar. La plancha siseaba, soltando un vapor que hacía que los rizos grises de su frente se le pegaran a la piel. Parecía haber envejecido diez años en los últimos seis meses. Sus manos, deformadas por la artritis, movían la plancha con una determinación dolorosa.

— Hola, hija — murmuró, sin levantar la vista. Su voz era fina, cansada. — ¿Conseguiste la medicina?

Coloque la bolsa en la mesa.

— Solo la dipirona, mamá. El antibiótico... subió de precio.

Doña Carmem se detuvo. Levantó la plancha y me miró. Sus ojos, antes castaños y vivos, estaban opacos por las cataratas y la preocupación.

— ¿Cuánto subió? — Treinta.

Un silencio pesado cayó sobre la minúscula cocina. Para la gente del Palacio, eso era el cambio del café. Para nosotras, era la diferencia entre comer carne o comer huevo toda la semana. O la diferencia entre que Luiza respirara o se asfixiara.

— Voy a agarrar unas ropas más para lavar mañana — dijo mi madre, con voz temblorosa, volviendo a planchar la camisa con

demasiada fuerza, como si quisiera alisar los problemas de la vida junto con las arrugas de la tela. — La vecina dijo que su marido...

— ¡Mamá, detente! — Fui hacia ella y le tomé la mano. Su piel estaba caliente y seca como el papel. — No puedes lavar más. Tus manos están hinchadas. Apenas puedes sostener el tenedor.

— ¿Y qué quieres que haga, Clara? — estalló en un susurro, con lágrimas brotando de sus ojos lechosos. — ¿Dejar que la niña se muera? ¡Yo soy su madre!

Yo debía proveer.

— Vamos a encontrar una solución — prometí, tragándome el nudo en la garganta. — Yo voy a... voy a conseguir un extra.

Un sonido provino del cuarto. Un sonido húmedo, desgarrado. Tos. Corrí hacia la habitación que compartíamos. Luiza estaba sentada en la cama, abrazada a sus rodillas. Tenía once años, pero parecía de ocho. La fibrosis quística la estaba consumiendo de adentro hacia afuera, robándole la grasa, el color y el aire. Tosía tanto que el cuerpo entero se le sacudía. Tenía la cara roja y las venas le saltaban en el cuello delgado.

— Clara... — siseó, extendiendo su manita delgada.

Me senté en la cama y la jalé hacia mi regazo, ignorando el sudor. Comencé a darle palmadas en la espalda, con un ritmo intenso, para aflojarle la mucosidad.

— Estoy aquí, Lu. Respira. Despacio. Uno, dos... suelta. Uno, dos... suelta.

Nos quedamos allí durante diez minutos, hasta que pasó la crisis. Cuando finalmente se calmó, recostó la cabeza en mi hombro, exhausta.

— Perdón — susurró. — ¿Por qué? — Por salir tan cara.

Mi corazón se partió en mil pedazos. Besé la coronilla de su cabeza, sintiendo el olor a sudor agrio y medicina.

— No sales cara, Luiza. Eres valiosa. Es diferente.

Se quedó dormida poco después. La acomodé en las almohadas y volví a la cocina. Mi madre había dejado de planchar y estaba contando monedas sobre la mesa.

— Tenemos cuarenta y dos reales — dijo, derrotada. — El alquiler vence el viernes.

Me senté a la mesa y escondí el rostro entre mis manos. La desesperación era una criatura física, con garras frías apretándome el estómago. Necesitaba dinero. Mucho dinero y rápido. Mi celular vibró en mi bolsillo. Era un mensaje de Cida, la jefa del equipo de limpieza subcontratado.

Cida: Vacante de última hora. Palacio de Santera. Limpieza profunda y discreción. Pago doble, en dinero en efectivo, al final del turno. Empieza mañana, 4 de la mañana. Lo tomas o lo dejas.

Miré el mensaje, las manos deformadas de mi madre y la puerta de la habitación donde mi hermana luchaba por cada respiración. El Palacio. El lugar donde vivían los monstruos que gobernaban nuestra miseria. Stefano Moncada y su calaña. Decían que quien entraba allí a servir nunca salía siendo la misma persona y que trataban a los empleados peor que a los perros. Pero pagaban en efectivo y pagaban doble.

Escribí la respuesta con los dedos temblorosos.

Clara: Lo tomo. Estaré allí.

Me levanté y fui hasta el fregadero a lavarme la cara. El agua estaba tibia, pero sirvió para limpiarme el sudor. Me miré en el espejo manchado que estaba arriba del fregadero. Vi las ojeras hundidas, el cabello recogido de cualquier manera, la camiseta descolorida. Yo no sabía, en aquella noche sofocante en el cerro, que estaba firmando mi sentencia.

— ¿Mamá? — llamé.

— ¿Sí?

— Guarda las monedas para el alquiler. — Forcé una sonrisa que no me llegó a los ojos. — Mañana vuelvo con la medicina de

Luiza. Así tenga que robarle al mismísimo Diablo.

Apagué la luz de la cocina. Afuera, Santera continuaba gritando. Pero allí dentro, el silencio del miedo era el sonido más alto del mundo.



Stefano Moncada

Capítulo 1

El poder tiene una textura muy específica. No es la suavidad de la seda italiana que roza mi piel, ni la frialdad del oro macizo de mi reloj.

La textura del poder es áspera, pesada y tiene ese sabor metálico a sangre seca que jamás desaparece de la garganta, por más whisky añejo que uno beba.

Hace exactamente trescientos sesenta y cinco días, puse mi mano sobre la Constitución y juré proteger la República de Santera.

En aquel momento, mientras los *flashes* de las cámaras me cegaban y la multitud gritaba mi nombre como si fuera un mesías, sabía que estaba mintiendo.

Un país no se protege con leyes, discursos o buenas intenciones.

Se protege con acuerdos hechos en la penumbra, con la capacidad de estrecharle la mano al diablo y sonreír para la foto oficial.

Caminé hasta la gran puerta de cristal del balcón del Despacho Oval.

El cristal era blindado, lo suficientemente grueso como para detener un disparo de fusil calibre .50, pero no lograba impedir que sintiera la vibración de la ciudad allá abajo.

Santera hervía. Una ola de calor histórica castigaba a la capital desde hacía semanas, transformando el asfalto en brea derretida y el aire en una sopa tóxica de humedad y desesperación.

Incluso aquí arriba, con el aire acondicionado ajustado a unos perpetuos dieciocho grados, podía sentir el olor al sudor de millones de personas.

Era el olor de la necesidad. Y la necesidad es peligrosa. Hace que hombres honestos roben y que mujeres puras se vendan.

Mañana, les daría el circo que tanto deseaban para olvidar la falta de pan.

No sería un paquete económico, ni una reforma de salud. Sino mi certificado de matrimonio.

— Señor presidente.

La voz de Rocco provino de las sombras, cerca de la estantería de caoba. Mi hermano. Mi general.

La única persona en aquel palacio que no temía mirarme a los ojos.

Estaba de pie, con esa postura de depredador en reposo y la mano derecha rozando distraídamente el bulto de su arma bajo el saco.

— ¿Ya llegó? — pregunté, sin darme la vuelta. Mi reflejo en el cristal mostraba a un hombre de cuarenta y dos años que parecía haber vivido cien.

Las canas en mis sienes no eran encanto; eran cicatrices de guerras que nadie vio.

— Sí. Está sentado. Y Stefano... — Rocco dudó, algo raro en él.

— No parece un hombre que vino a rendirse, sino a cobrar una deuda.

Una sonrisa sin una pizca de gracia curvó mis labios.

Salvatore Valente siempre había confundido la arrogancia con la competencia. Ese era su defecto fatal y sería su perdición.

Me ajusté los gemelos de ónix en los puños de mi camisa blanca. El clic del metal resonó en el silencio de la oficina.

Respiré profundamente, llenando mis pulmones con el aire helado y filtrado, expulsando cualquier rastro de humanidad.

Giré sobre mis talones y entré en la sala.

Salvatore Valente, el líder de la oposición, el hombre que pasó el último año intentando incitar huelgas y un *impeachment* en mi contra, estaba sentado frente a mi escritorio.

No se levantó cuando entré. Permaneció recostado, con las piernas cruzadas en un traje de lino claro que costaba más que las casas de la mayoría de mis electores.

Él me miró fijamente. Había odio allí, sí. Pero también algo peor: triunfo.

— Presidente Moncada — dijo. Su voz era suave, untuosa. — El clima allá afuera está asesino.

Dicen que los pájaros están cayendo muertos del cielo por el calor.

— Que caigan — respondí, con mi voz grave llenando el espacio como un trueno distante.

— Los pájaros débiles no sobreviven en Santera.

Caminé hasta el *Resolute Desk*, el escritorio de madera oscura que había servido a dictadores y demócratas antes que a mí.

Apoyé las manos en la superficie pulida, sintiendo la madera fría bajo mis palmas. Me incliné levemente, invadiendo su espacio visual.

— Dejémonos de la meteorología y del teatro, Salvatore. Mañana, al mediodía, las campanas de la Catedral van a sonar.

El mundo entero estará mirando vía satélite. Quiero saber si tu "regalo" para la nación está listo.

Salvatore sonrió. Fue una sonrisa lenta, que no le llegó a los ojos.

Tomó una fina carpeta de cuero que tenía en el regazo y la deslizó sobre el escritorio.

El sonido del cuero rayando la madera fue el único ruido en la sala.

— La oposición ha retirado formalmente la solicitud para investigar las cuentas públicas — dijo, enumerando sus "ofertas" como un mercader en un bazar.

— Los sindicatos portuarios aceptaron la tregua de dos años.

Y mi hija... bueno, Elena está lista para asumir el papel de Madre de la Nación.

Tomé la carpeta. Abrí el documento. No era solo un contrato nupcial. Era un tratado de fusión nuclear.

Unión Civil: Stefano Moncada & Elena Valente.

Al firmar eso, no solo estaría ganando una esposa, sino que castraría a mis enemigos.

Con la hija del líder de la oposición en mi cama, no podrían atacarme sin herir su propia carne.

Era la jugada perfecta. Cínica, brutal y brillante.

— ¿Y la chica? — pregunté, barriendo con los ojos las cláusulas de confidencialidad y sucesión.

— ¿Ella entiende lo que significa esto? ¿Entiende que, al decir "sí", deja de ser una Valente y se convierte en propiedad del Estado?

— Elena se crió en los pasillos del Congreso, Stefano. Aprendió a caminar en los mítines.

Sabe que el "amor" es un invento para vender revistas de chismes y calmar a las adolescentes.

— Salvatore se inclinó hacia adelante, bajando el tono de voz.

— Ella quiere el título de Primera Dama tanto como tú quieres la reelección. Tal vez incluso más.

— Cuidado — murmuré, cerrando la carpeta de un golpe seco. — Demasiada ambición en una esposa puede ser peligrosa.

Las mujeres ambiciosas tienden a pensar que pueden gobernar a través de sus maridos.

— Y una esposa sumisa y tonta sería aburrida para un hombre como tú — replicó, afilado.

— No necesitas una sirvienta, Stefano. Necesitas una compañera que sepa sostener una copa de champán con la misma mano con la que firma órdenes de desalojo.

Mi hija es esa mujer. Es fría, calculadora. Es... tú, con faldas.

Sentí un sabor amargo en la boca. La idea de tener una versión femenina de mí mismo durmiendo a mi lado me resultaba repulsiva.

Yo quería paz, no un espejo. Sin embargo, la paz era un lujo que no podía permitirme.

La puerta lateral de la oficina se abrió de golpe.

El sonido rítmico y pesado de unas ruedas golpeando el piso de madera noble resonó en la sala.

Entró don Arturo Moncada. Mi padre. El expresidente. El patriarca que construyó nuestro imperio sobre cadáveres y sobornos.

Iba en silla de ruedas y sus pulmones habían sido corroídos por décadas de puros, pero sus ojos negros todavía ardían con la ferocidad de un dragón que se niega a morir.

Detuvo la silla a mi lado, ignorando al enfermero que intentaba ayudarlo.

Miró a Salvatore con el desprecio absoluto de quien ya ha enterrado a amigos y enemigos de esa misma calaña.

— Valente — saludó mi padre con un mínimo asentimiento, con una voz que era como un silbido húmedo.

— Veo que vino a vender la última cosa de valor que le quedaba antes de que la bancarrota lo trague.

— Vine a sellar una alianza, Arturo. El futuro pertenece a quienes se unen.

— "Alianza" — se rio mi padre, y el sonido fue terrible, seco, terminando en una tos. — Llámalo como quieras.

Siempre y cuando el contrato esté firmado y la chica esté en el altar mañana, vestida de blanco y callada.

Miré el contrato final. La pluma de oro macizo parecía pesar una tonelada en mi mano.

Yo ya tenía el poder. Ya tenía la presidencia. Sin embargo, ese papel me daría la invencibilidad.

Era el último clavo en el ataúd de mi libertad personal, pero también la llave para la inmortalidad de mi legado.

— Una última cosa — dije, con la punta de la pluma suspendida sobre la línea de puntos.

Mis ojos se clavaron en los de Salvatore. — Si intenta jugar a sus jueguitos políticos dentro de mi casa... si descubro que es una espía enviada para minar mi autoridad... la inmunidad diplomática de tu familia se acaba.

No enviaré abogados. Enviaré a Rocco.

Salvatore no parpadeó, pero vi la microcontracción en su mandíbula. Sabía de lo que era capaz Rocco. Todos lo sabían.

— A partir de mañana, ella es tu esposa — dijo, con voz dura.

— Si no puedes controlar a tu propia mujer, Stefano, tal vez no deberías controlar un país.

Sonreí. Una sonrisa fría, depredadora, que hizo que el aire de la sala pareciera aún más helado. *Touché*.

Presioné la pluma sobre el papel. La tinta negra fluyó, dibujando mi nombre con trazos agresivos y angulares. *Stefano Moncada.*

Le devolví el contrato. El trato estaba sellado. El país estaba "unido". Mi soledad estaba garantizada por ley.

Salvatore tomó la carpeta y se levantó.

— Mañana será un gran día. Santera nunca volverá a ser la misma.

— Mañana, Santera será *mía* — corregí.

Cuando salió, dejando en el aire ese olor empalagoso a colonia cara y codicia, volví a caminar hacia la ventana blindada.

La noche había caído por completo. Las luces de la ciudad brillaban allá abajo como brasas en una hoguera que nunca se apaga.

Mi padre se acercó, girando las ruedas de la silla hasta quedar a mi lado.

— Hiciste lo que había que hacer — murmuró. — El amor es para los débiles, hijo.

Para los civiles que necesitan consuelo en sus vidas mediocres. Nosotros somos reyes. Y los reyes no aman; reinan.

— Lo sé — respondí, observando mi reflejo fantasmal en el cristal. — Fui criado para no sentir.

Bebí un trago de mi whisky. El líquido bajó quemando; era la única cosa caliente dentro de aquel palacio de hielo.

Estaba listo para la boda, para la política y para domar a la tal "reina de hielo" que Salvatore me había prometido.

La quebraría si fuera necesario, la moldearía. Sería la primera dama perfecta, muda y hermosa.

No sabía que el destino se estaba riendo de mí en ese exacto momento, pero en algún lugar de aquella ciudad cálida, sucia y vibrante, la novia perfecta ya había huido.

Y que el mañana no traería a una reina, sino una tormenta de caos, pasión y suciedad que haría temblar a mi presidencia hasta los cimientos.

Alcé mi vaso en un brindis solitario por la ciudad que creía dominar.

— Que venga la novia — susurré a la oscuridad.

— Y que Dios se apiade de su alma, porque yo no lo haré.



Stefano Moncada

Capítulo 2

El día de mi boda amaneció con la promesa de cuarenta grados a la sombra y cero por ciento de posibilidades de ser feliz.

Me desperté antes de que sonara la alarma, como siempre. El hábito de dormir con un ojo abierto no desaparece solo porque cambiaste el colchón de un búnker por el de la Suite Presidencial.

Me levanté de la cama *king size* vacía, sintiendo cómo la frescura del aire acondicionado contrastaba con la luz naranja y violenta que ya intentaba invadir la habitación por las rendijas de las pesadas cortinas.

Caminé hasta el balcón, pero no salí. Apenas aparté la tela de terciopelo lo suficiente para mirar hacia afuera.

Santera. Mi ciudad. Mi amante. Mi maldición...

Allá abajo, la capital ya estaba despierta. Banderas con el escudo de la República y, en consecuencia, de mi familia adornaban los postes de la Avenida Central.

La gente se aglomeraba en las aceras desde la madrugada, sudando, empujándose, desesperada por echar un vistazo al cortejo real.

Querían ver al presidente casarse con la hija del enemigo.

Soñaban con el cuento de hadas para olvidar que el pan estaba caro y que la violencia en los cerros nunca cesaba.

Yo les daría su circo. Pero el pan seguiría caro.

— Hermano...

La voz de Rocco provino del intercomunicador de la pared, usando el título antiguo, el título de sangre, no el título electo.

— Habla — ordené, soltando la cortina y caminando hacia el baño.

— Tenemos movimiento en el Sector Cuatro. El Cártel de *Los Bravos* está inquieto. Inteligencia interceptó mensajes.

Creen que hoy es el día perfecto para hacer una declaración.

— Que la hagan — respondí, abriendo la llave del agua helada y arrojándomela a la cara.

— Y nosotros responderemos en su idioma. ¿La ruta es segura?

— La ruta principal está despejada. Tenemos francotiradores de élite en todos los tejados en un radio de tres kilómetros alrededor de la catedral.

Pero, Stefano... el calor está alterando a la gente. La multitud es un barril de pólvora.

Me miré en el espejo. Las ojeras eran leves, casi imperceptibles bajo la piel bronceada.

Mis ojos, oscuros e impenetrables, no demostraban ansiedad. Solo aburrimiento...

— Entonces, asegúrate de que nadie encienda un fósforo, Rocco. Te veo en veinte minutos.

El ritual de vestirse para la propia boda debería ser algo emocional.

Para mí, era como ponerme una armadura antes de ir a la batalla.

La camisa blanca de algodón egipcio, almidonada hasta parecer acero. Los gemelos de oro con el escudo de los Moncada.

La funda de cuero para la pistola compacta que quedaría invisible bajo el saco, porque un presidente desarmado no es más que un cadáver esperando la tumba.

Y, finalmente, el traje negro a medida, cortado por un sastre que no hacía preguntas sobre el volumen extra en mi cintura.

Cuando salí de la habitación, el palacio era un frenesí. Asesores, maquilladores, guardias de seguridad. Todos se detuvieron y bajaron la cabeza a mi paso.

El silencio que me seguía era mi música favorita.

Encontré a mi padre en el vestíbulo principal. Don Arturo estaba en su silla de ruedas, vestido con un traje oscuro que parecía tragarlo.

Parecía un buitre observando la carroña.

— Estás tres minutos atrasado — gruñó, con un silbido húmedo.

— Un rey nunca llega tarde, padre. Son los demás los que están adelantados.

Soltó una risa seca.

— Arrogancia. Cuidado, Stefano. La arrogancia ciega. ¿Valente y su hija ya están en la Catedral?

— El protocolo dicta que la novia llega al final.

Pero, conociendo a Salvatore, seguro que acampó en la sacristía para garantizar que yo no me fugue.

Rocco apareció en la puerta principal, abriéndose paso entre los guardias.

— El coche está listo. Vamos.

El calor me golpeó en cuanto puse un pie fuera del Palacio. Fue una bofetada física.

El aire era denso, húmedo y olía a asfalto derretido y flores marchitas.

Entré rápidamente a la limusina presidencial blindada, la "Bestia de Santera", y la pesada puerta se cerró, devolviéndome al silencio refrigerado.

El convoy partió. Motos de la policía adelante, SUV negros detrás. Yo observaba a la multitud a través del cristal oscuro.

Saludaban, gritaban, arrojaban flores que luego eran aplastadas por los neumáticos. Vi a mujeres llorando.

Vi a hombres sosteniendo pancartas de "Dios salve al presidente".

Patético. Si supieran lo que hice para llegar allí, estarían lanzando piedras.

Tomé la *tablet* para revisar el último informe de seguridad cuando ocurrió.

No hubo sonido primero. Hubo un impacto.

El lateral de la limusina se estremeció violentamente, como si la hubieran golpeado con un mazo gigante.

El cristal blindado a mi lado, diseñado para resistir explosivos, se agrietó en una telaraña blanca, exactamente a la altura de mi sien.

El sonido del disparo llegó un segundo después, amortiguado por el blindaje.

— ¡Francotirador! — La voz de Rocco explotó en la radio. — ¡Sector izquierdo! ¡Edificio en construcción! ¡Acelera! ¡Acelera!

El conductor, un veterano de mi guardia personal, no entró en pánico. Pisó el acelerador a fondo.

El motor V12 rugió y los neumáticos chirriaron sobre el asfalto caliente.

La inercia me lanzó contra el asiento de cuero, pero no dejé caer la *tablet*.

Mis ojos se fijaron en la marca de la bala en el cristal. Un solo tiro. Preciso.

Si hubiera estado en un coche común, mi cerebro estaría decorando el tapizado beige.

— ¡Situación! — grité por la radio, sin alterar el tono de voz.

— *Los Bravos* — respondió Rocco, con la voz cortada por la estática y las sirenas.

— Un *sniper* en el quinto piso del esqueleto del edificio comercial. El equipo Bravo ya está subiendo.

— No quiero prisioneros, Rocco.

Miré la marca en el cristal. Intentaron matarme el día de mi boda.

El día en que sellaría la paz con la oposición. Esto no era solo un ataque;

era un insulto y los Moncada no toleran los insultos.

— Stefano, ¿nos desviamos a la ruta segura? — preguntó Rocco.

— No — respondí de inmediato. — Si nos desviamos, ellos ganan. Dirán que el presidente huyó.

Continúa hacia la catedral.

— ¡El cristal está comprometido! Un segundo tiro...

— Entonces, asegúrate de que no tenga tiempo para un segundo tiro. Mátalo. ¡Ahora!

Hubo un silencio en la radio. Segundos después, escuché la voz del líder del equipo táctico:

— Objetivo neutralizado. Repito, objetivo neutralizado.

Me recosté en el asiento. Mi corazón latía a un ritmo constante, lento.

El miedo era un lujo que me había amputado a los doce años.

— Limpien el desastre antes de que llegue la prensa — ordené. — ¿Y Rocco?

— ¿Sí?

— Envíale su cabeza al jefe del cártel. Envuelta en papel de regalo.

Dile que es un recuerdito de la boda.

La limusina continuó rasgando las calles de Santera. Me alisé la corbata, comprobando que estuviera recta.

El cristal agrietado a mi lado proyectaba una sombra fragmentada sobre mi rostro.

Iba camino a casarme. Iba a sellar un trato con un diablo llamado Salvatore Valente.

Y acababa de ordenar una ejecución.

Simplemente, otro día en la oficina.

Cuando el coche se detuvo frente a la Catedral Metropolitana, las campanas empezaron a sonar.

El sonido era ensordecedor y competía con los gritos de la multitud que no tenía idea de que casi había muerto dos minutos atrás.

La puerta se abrió. El *flash* de las cámaras me cegó por un instante.

Me puse en el rostro la máscara que esperaban. La sonrisa de depredador. La mirada de estadista.

Bajé del coche, saludé a la gente y subí los escalones de piedra en dirección al altar.



Clara Mendes

Capítulo 3

La primera regla de supervivencia en el palacio presidencial era simple: sé un mueble.

Si te quedas lo suficientemente callada, si mantienes la vista gacha y el uniforme gris impecable, dejan de verte como humana.

Te conviertes en solo un brazo que sostiene una bandeja, una mano que recoge la basura, un bulto que limpia la suciedad que la élite de Santera produce con tanta elegancia.

Yo era buena en eso, el mejor mueble de ese lugar.

Arrodillada en el pasillo del Ala Este, froté el trapo contra el zócalo de madera oscura hasta sentir que me ardían los dedos.

El olor de la cera de pulir se mezclaba con el aroma empalagoso de las miles de rosas blancas que decoraban el palacio para la boda.

Rosas que costaban más que el alquiler de la vecindad donde yo vivía.

— Más rápido, niña — la voz de Doña Matilde, la ama de llaves principal, chasqueó sobre mi cabeza como un látigo.

No levanté la vista. Solo vi sus zapatos ortopédicos negros detenerse a mi lado.

— El cortejo del presidente ya salió. La novia debería bajar en treinta minutos.

Si hay una sola mancha en este suelo cuando entren las cámaras, serás despedida antes de que puedas pedir disculpas.

— Sí, señora — murmuré hacia el suelo.

— Y recógete bien ese cabello. Pareces una gata callejera que acaban de arrastrar hasta aquí adentro.

Esperé a que sus pasos pesados se alejaran antes de permitirme respirar.

El aire acondicionado del palacio estaba helado, pero yo sudaba frío dentro de mi uniforme de poliéster.

No era solo miedo a perder el trabajo. Era pánico.

Llevé la mano al bolsillo de mi delantal, sintiendo la forma cilíndrica del frasco de antibióticos que había robado de la basura de la enfermería de empleados hacía diez minutos.

Estaba casi vacío, desechado porque la fecha de caducidad estaba próxima. Para ellos, era basura.

Para Luiza, mi hermana pequeña que ardía en fiebre desde hacía dos días sin medicamentos, era oro líquido.

Si me atrapaban, no solo me despedirían. En Santera, robarle al Estado era un delito sin derecho a fianza, y con Stefano Moncada en el poder, la justicia no solía pasar por los tribunales;

se resolvía en sótanos oscuros.

Me levanté, sintiendo cómo me crujían las rodillas. El dolor era un viejo amigo.

Tomé el balde y caminé hacia la despensa de servicio, intentando fundirme con las sombras.

Fue entonces cuando escuché el grito.

— ¡No voy a usar eso!

El sonido de cristales rotos provino de la Suite Nupcial, la puerta doble de caoba al final del pasillo.

Me detuve. Mi instinto me gritaba que corriera en dirección contraria. La curiosidad mata a las recamareras tan rápido como mata a los gatos.

Entonces, la puerta se abrió y una de las asistentas de Elena Valente salió corriendo, llorando, con la mano en la cara.

Pasó por mi lado sin verme. Nadie veía a la señora de la limpieza.

Me quedé quieta, sosteniendo mi balde. El silencio que siguió al grito fue pesado.

Entonces, una voz femenina, cargada de veneno y arrogancia, flotó hacia afuera de la habitación.

— Imbéciles. Todos ellos. Se creen que pueden controlarme con vestidos y diamantes.

Debería haberme ido. Sin embargo, la puerta estaba entreabierta y, a través de la rendija, vi el destello de algo que no debería estar allí: una maleta de viaje negra, sencilla, escondida detrás de un sillón de terciopelo Luis XV.

Las maletas no combinaban con las bodas. No de esa manera.

Di un paso adelante, fingiendo pulir un picaporte dorado, y miré hacia adentro.

Elena Valente estaba de pie frente al espejo de cuerpo entero. El aire se me atoró en la garganta.

Era como mirar un reflejo distorsionado de mí misma. Un reflejo donde la vida había salido bien.

Tenía mi altura. El mismo cabello castaño oscuro, aunque el de ella brillaba como la seda y el mío estaba opaco y recogido en un moño flojo.

La misma estructura ósea en el rostro, la barbilla ligeramente puntiaguda, los ojos almendrados.

Pero las similitudes terminaban en la superficie. Su piel era inmaculada, nutrida por cremas caras y dermatólogos.

La mía era pálida, marcada por el sol y el cansancio.

Sus manos, que ahora alisaban la tela de su bata de seda, eran suaves, con uñas perfectas pintadas de *nude*.

Las mías estaban rojas, ásperas por la lejía y el jabón, con las uñas cortas y mordidas.

Ella era la reina. Yo era la rata.

De repente, Elena se dio la vuelta. Sus ojos se encontraron con los míos a través de la rendija de la puerta. Me congelé. El terror heló mi sangre.

— ¡Tú! — me llamó. No fue un grito, fue una orden seca.

Me tragué el pánico y empujé la puerta, entrando con la cabeza gacha, abrazando mi balde como si fuera un escudo.

— Perdón, señora Valente. Yo... yo escuché el ruido de cristales. Vine a limpiar.

Elena no me mandó a salir. Caminó hacia mí, y el olor de su perfume francés invadió mi nariz, superponiéndose al olor a limpieza que yo exhalaba.

— Levanta la cabeza — ordenó.

Obedecí, temblando. Elena me agarró de la barbilla. Sus dedos estaban fríos.

Me giró la cara hacia un lado, luego hacia el otro, analizándome con una frialdad clínica que me dio ganas de vomitar.

— Increíble — susurró para sí misma. Una sonrisa cruel curvó sus labios pintados de rojo.

— Dios tiene un sentido del humor enfermizo. Hace dos de nosotras, pero tira a una a la basura y pone a la otra en el trono.

Me soltó con un ligero empujón, como si yo estuviera sucia. Se limpió los dedos en la bata de seda.

— ¿Cuál es tu nombre, rata?

— C-Clara. Clara Mendes, señora.

— Clara... — probó el nombre en su lengua. — ¿Tienes hambre, Clara?

Parpadeé, confundida.

— ¿Señora?

— Hambre. De comida. De dinero. De vida. — Fue hasta el tocador y tomó un fajo de billetes de dólares que estaba tirado junto a una tiara de diamantes.

— ¿Cuánto ganas por limpiar la mierda de los demás en este palacio?

— El salario mínimo, señora.

Se echó a reír. Fue un sonido seco, sin alegría.

— Voy a darte la oportunidad de ganar más de lo que ganarías en diez vidas, Clara.

Me extendió el fajo de dinero. Mis ojos se abrieron de par en par.

Era más dinero del que había visto jamás junto.

Me alcanzaría para pagar la cirugía de Luiza y huir de Santera.

— ¿Qué... qué tengo que hacer? — pregunté, con la voz quebrada.

— Limpiar — dijo, señalando hacia el baño de la suite. — Entra ahí. Llena la bañera.

Prepara el baño de sales y no salgas hasta que yo te lo ordene. Si alguien toca la puerta, no respondes.

Te quedas callada. ¿Entendiste?

Miré el dinero. Miré sus ojos, que eran idénticos a los míos, excepto por la maldad. Tomé los billetes.

Mis manos temblaban tanto que casi los dejo caer.

— Sí, señora.

Corrí hacia el baño y puse seguro a la puerta, mi corazón latía tan fuerte que parecía que me iba a romper las costillas.

Abrí la llave de la bañera de hidromasaje para ahogar cualquier sonido.

Me apoyé en el lavabo de mármol, respirando hondo, apretando el dinero contra mi pecho.

No sabía qué estaba tramando. Sin embargo, mi instinto de supervivencia, ese que mi madre me había enseñado, gritaba que acababa de cometer un error.

Pasaron diez minutos. Veinte... El silencio en la habitación de al lado era absoluto. Nadie entró. Nadie habló.

Cerré la llave del agua.

— ¿Señora Valente? — llamé, en voz baja.

Ninguna respuesta.

Abrí la puerta del baño lentamente. La habitación estaba vacía.

La bata de seda estaba tirada en el suelo, como la piel que muda una serpiente.

El vestido de novia, un monstruo de encaje y cristales, todavía estaba en el maniquí, intacto.

Pero la maleta negra había desaparecido. Y la ventana que daba a las escaleras de incendios de la parte trasera estaba abierta de par en par, dejando entrar el aliento cálido y húmedo del día que hacía allá afuera.

Caminé hasta el tocador. Había una nota sobre el cristal, escrita con lápiz labial rojo en el espejo: "Diviértete con el monstruo".

La sangre se esfumó de mi rostro. Se había ido. La novia del presidente se había fugado.

Y yo estaba allí, sola en la habitación, con los bolsillos llenos de dinero sucio, sosteniendo un trapeador, mientras el hombre más peligroso del país iba camino al altar.

La puerta del pasillo se abrió de repente. Pasos pesados. Botas militares.

Giré mi cuerpo, derribando el balde. El agua con jabón se esparció por la alfombra persa.

Un hombre enorme, con ojos que parecían agujeros de bala, se detuvo en la puerta.

Miró la habitación vacía, la ventana abierta y luego me miró a mí.

Rocco Moncada. El hermano del presidente. El general.

Sonrió, pero no fue una sonrisa. Fue una promesa de dolor.

— ¿Dónde está? — preguntó, con una voz demasiado tranquila.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. Ya no era invisible, sino la única testigo del mayor desastre en la historia de Santera y los muebles rotos suelen terminar en la hoguera.



Stefano Moncada

Capítulo 4

La espera es una forma refinada de tortura.

Estaba parado frente al altar mayor de la Catedral Metropolitana de Santera desde hacía exactamente treinta y cinco minutos.

La estructura gótica, construida con el dinero manchado de sangre de mis abuelos, debería ser fresca, pero el calor de ese maldito día había penetrado incluso en las piedras sagradas.

El aire olía a incienso, a lirios blancos y al sudor nervioso de quinientos invitados de la élite.

Apreté la mandíbula, manteniendo el rostro impasible. Una estatua de mármol en un traje de tres piezas.

A mi lado, Salvatore Valente parecía a punto de sufrir un colapso cardíaco.

Verificaba su reloj de oro cada treinta segundos, secándose la frente con un pañuelo que ya estaba empapado.

— Está retrasada — susurró, con voz temblorosa. — Es el tráfico.

El operativo de seguridad... debe haber cerrado las calles.

No lo miré. Mi atención estaba fija en las gigantescas puertas de madera a la entrada de la nave, esperando a que se abrieran y revelaran a la mujer que sellaría mi poder.

— El tráfico se detuvo para mí, Salvatore — respondí, sin mover los labios.

— Mi equipo controla cada semáforo de esta ciudad. Si está retrasada, no es por los coches.

Un murmullo comenzó a crecer en los bancos detrás de nosotros.

El sonido de cientos de susurros ahogados, como el zumbido de avispas.

Ministros, embajadores, jefes de cárteles disfrazados de empresarios... todos comenzaban a notar que algo andaba mal.

Se hace esperar al presidente.

Sentí mi celular vibrar en el bolsillo interno del saco. Una vez. Dos veces. Lo ignoré...

Entonces, la puerta lateral de la sacristía se abrió. No era la novia. Era Rocco.

Mi hermano caminó hacia mí. No corría, pero sus pasos eran pesados, urgentes.

Ignoró el protocolo y al cura que intentó detenerlo.

Su rostro era una máscara de furia contenida. Había una mancha oscura en la manga del saco del presidente. ¿Sangre?

¿Grasa? Se detuvo a mi lado y se inclinó hacia mi oído.

— Tenemos un problema, Stefano.

— Si no es un ataque nuclear, Rocco, vuelve a tu lugar — gruñí, sonriendo a la congregación como si estuviéramos compartiendo una broma fraternal.

— Es peor — susurró. — El pájaro voló.

El mundo se detuvo. El sonido de los susurros, el zumbido de los ventiladores, el latido de mi propio corazón... todo enmudeció.

Giré la cabeza lentamente para mirarlo a los ojos.

— ¿Qué dijiste?

— La suite está vacía. La ventana trasera abierta. Dejó la ropa, las joyas y una nota.

— Rocco hizo una pausa, con sus ojos oscuros fijos en los míos. — Elena huyó, Stefano. Te dejó en el altar.

Sentí una ola de frío recorrer mi cuerpo, tan intensa que por un segundo olvidé el calor sofocante.

No fue dolor, sino asco y odio. Un odio puro, cristalino y absoluto.

Miré a Salvatore. El padre de la novia le sonreía nerviosamente a un senador en la primera fila. Él no lo sabía.

El desgraciado realmente creía que su hija venía en camino. Me vendió mercancía defectuosa.

— Trae el coche — le dije a Rocco, con mi voz tranquila y letal.

— Voy a anunciar la cancelación y después voy a quemar la casa de los Valente con ellos adentro.

— Espera — Rocco me sujetó el brazo discretamente. — Si sales solo por esa puerta ahora, el gobierno cae.

La bolsa se desplomará. *Los Bravos* atacarán. Parecerás débil, Stefano.

Un presidente cornudo, abandonado el día de su toma de posesión.

— ¡No tengo novia, Rocco! ¿Qué quieres que haga? ¿Que me case con el cura?

— Encontré algo en la suite — susurró Rocco, tan bajo que tuve que inclinarme para escucharlo.

— No a Elena. Sino... a una chica. Una recamarera.

Fruncí el ceño.

— ¿Me estás haciendo perder el tiempo con el equipo de limpieza?

— Stefano, escucha. La chica... tiene la misma altura. El mismo cabello. El mismo rostro.

La encontré con el dinero que le dejó Elena para que se quedara callada.

Si le ponemos el vestido... si le cubrimos el rostro con el velo...

Lo miré como si se hubiera vuelto loco.

— ¿Quieres que me case con una empleada doméstica para salvar una alianza política?

— Lo que quiero es que no destruyas la *imagen* — replicó Rocco, implacable.

— Nadie le verá la cara debajo de ese velo de encaje antiguo. El contrato ya está firmado.

Solo tienes que decir "sí" frente a las cámaras y salir de aquí con una mujer del brazo.

Manejaremos el intercambio después, en el Palacio.

Miré a la multitud. Vi las miradas de lástima y las sonrisas burlonas de mis rivales.

Si salía de allí solo, estaría acabado. La debilidad es sangre en el agua para los tiburones de Santera.

Miré a Salvatore Valente, que se mordía las uñas, sudando a cántaros. Su hija había intentado destruirme.

Pero yo le daría la vuelta al juego.

— ¿Dónde está? — pregunté.

— En la sacristía. Atada y, a estas alturas, probablemente aterrorizada. Las maquilladoras ya están ahí.

Respiré hondo. El olor a lirios parecía olor a funeral. Pero no sería mi fin.

— Tienes diez minutos — decreté. — Pónle el vestido.

Amenaza a su familia, su vida y a su gato, no me importa. Haz que esa chica camine hasta este altar.

— ¿Y si tropieza? ¿Y si grita?

Sonreí a la cámara de televisión que transmitía en vivo para todo el país.

— Entonces seré viudo antes que marido. Ve.

Rocco asintió y desapareció por la puerta lateral. Me giré hacia Salvatore.

— ¿Qué pasó? — preguntó él, alarmado. — ¿A dónde fue Rocco? ¿Le sucedió algo a Elena?

Puse una mano sobre su hombro. Apreté hasta sentir su clavícula crujir bajo mis dedos.

Su sonrisa vaciló, transformándose en una mueca de dolor.

— Elena tuvo un pequeño problema con el vestido, Salvatore — mentí, con mi voz suave como terciopelo envenenado.

— Pero no te preocupes. Mi equipo lo resuelve todo.

Lo solté y volví a mirar hacia las puertas principales. Diez minutos.

Tenía diez minutos para transformar a una mujer de la limpieza en una reina.

O para comenzar una guerra que quemaría este país hasta las cenizas.

El reloj de la Catedral dio la hora en punto. El sonido resonó como el gong de una pelea de boxeo.



Clara Mendes

Capítulo 5

No hubo preguntas, ni súplicas. Solo la fuerza bruta de la gravedad y el olor a cuero del asiento de un coche a toda velocidad.

Mi mente estaba fragmentada, intentando armar el rompecabezas de los últimos veinte minutos.

Rocco Moncada no me mato en la suite del Palacio. En lugar de eso, me arrastró por los pasillos de servicio, me lanzó dentro de un SUV negro y condujo como un maníaco por las calles bloqueadas de Santera hasta la Catedral.

En ese momento, me estaban empujando hacia el interior de la sacristía.

El ambiente era opresivo, olía a siglos de incienso quemado, madera vieja y cera de vela.

Las paredes de piedra eran altas, ahogando el sonido de la multitud afuera, pero no lo suficiente como para esconder el

zumbido de expectativa que hacía vibrar el aire.

Rocco me soltó. Tropecé con mis propios pies y caí de rodillas sobre la alfombra roja gastada.

El fajo de dinero que Elena me había dado se cayó de mi bolsillo, esparciendo los billetes sucios por el suelo sagrado.

Levanté la vista, temblorosa. La sacristía no estaba vacía. Había percheros con ropa, cajas de maquillaje abiertas y tres mujeres vestidas de negro, inmóviles como estatuas, con expresiones de pánico contenido y, en el centro de todo, colgando como un fantasma, estaba el vestido de novia.

— Levántate — ordenó Rocco. Puso seguro a la puerta detrás de nosotros con un clic que sonó como un disparo.

Obedecí, con las piernas como gelatina.

— Por favor... — mi voz salió como un siseo. — No vi nada. Lo juro.

Devuelvo el dinero. Solo quiero ir a casa. Mi hermana...

Rocco caminó hacia mí. Era enorme, una montaña de músculos y violencia contenida. No gritó.

Apenas invadió mi espacio personal hasta que pude ver los poros de su piel y la frialdad absoluta en sus ojos oscuros.

— Tu hermana se llama Luiza, ¿verdad? — dijo.

El aire abandonó mis pulmones.

— Cómo...

— Luiza Mendes. Once años. Está enferma, con neumonía crónica y sospecha de fibrosis.

Pero no está recibiendo tratamiento médico adecuado.

El terror, que antes era una niebla, se solidificó en una piedra en mi estómago. Ellos lo sabían.

En veinte minutos, lo sabían todo.

— No la toques — susurré, con las lágrimas brotando calientes y rápidas.

— Eso depende de ti, Clara — dijo Rocco, con voz casual, como si estuviera hablando del clima.

— Tenemos un problema. La novia se fugó y mi hermano, el Presidente, necesita una esposa en los próximos diez minutos.

Señaló hacia el vestido.

— Tienes su altura, su cuerpo y su rostro.

Negué con la cabeza frenéticamente, retrocediendo hasta que mi espalda chocó contra una mesa de madera maciza.

— No... no, eso es una locura. ¡Soy una recamarera! ¡No puedo... se darán cuenta!

Rocco me sostuvo la cara con una mano. Sus dedos eran fuertes, apretándome la mandíbula con la fuerza suficiente para dejar marcas.

Me obligó a mirarlo a los ojos.

— Escucha bien, porque no voy a repetirlo. El hombre que está en ese altar no acepta un "no" por respuesta.

Si sale de esa iglesia solo, el gobierno cae y, si el gobierno cae, quemará este país antes de entregar la banda presidencial.

Acercó su rostro al mío.

— Tienes dos opciones, Clara. Opción A: Sales por esa puerta trasera ahora mismo.

Llamo a mis hombres para que vayan tras tu madre y tu hermana.

Después, te cazo y te meto en una fosa sin nombre.

Sollocé, con el llanto atrapado en la garganta.

— Por favor...

— Opción B — continuó, ignorando mi súplica. — Te pones ese vestido, te colocas el velo, caminas hasta el altar y dices "sí".

Salvarás el día del presidente y, a cambio, yo pagaré el tratamiento de tu hermana.

El mejor tratamiento que el dinero pueda comprar. De por vida.

Me soltó abruptamente.

— Elige. ¡Ahora!

Lo miré, luego miré el vestido y el dinero esparcido por el suelo, que ahora parecía calderilla comparado con el precio de mi vida.

Pensé en Luiza. En su carita pálida sobre la cama, luchando por respirar. Yo moriría por ella.

Ya estaba muriendo por ella, un día a la vez, limpiando el suelo de aquel palacio.

— No sé cómo ser ella — susurré, derrotada.

Rocco se giró hacia las tres mujeres inmóviles en el rincón.

— Tienen ocho minutos. Si no parece una reina cuando salga de aquí, ustedes tres pierden las manos. ¡A trabajar!

El caos estalló. Las mujeres avanzaron sobre mí como una bandada de pájaros. Manos desconocidas me desvistieron.

El uniforme gris me lo arrancaron, no me lo quitaron. Sentí el aire acondicionado helado sobre mi piel desnuda, encogiéndome de vergüenza, pero no había tiempo para el pudor.

— ¡El cabello! ¡Recójanle el cabello! — gritó una de ellas, tirando de mis mechones con cepillos duros.

— La base es muy oscura, ¡Elena es más pálida que ella!

— ordenó otra, aplicando productos en mi rostro con esponjas que golpeaban mi piel.

Yo era una muñeca. Un maniquí de carne. Cerré los ojos, intentando disociarme.

El olor a laca para el cabello y polvo compacto me asfixiaba.

Sentí cómo me apretaban un corsé alrededor de las costillas, exprimiéndome el aire, moldeando mi cintura para que encajara en la silueta de otra mujer.

— ¡El vestido! ¡Ahora!

Abrí los ojos cuando la seda blanca descendió sobre mi cabeza. Era pesado.

La tela rozó mi piel, fría y lujosa. Subieron la cremallera, cortándome la respiración. Encajó.

Maldita sea la naturaleza, me quedó perfecto.

Una de las asistentas me puso los zapatos de tacón de aguja en los pies.

Eran de un número más pequeño y me apretaban los dedos; un dolor agudo que me anclaba a la realidad.

— El velo — ordenó Rocco. Estaba apoyado en la puerta, revisando su reloj. — Cúbranle el rostro.

Una nube de encaje antiguo y tul fue colocada sobre mi cabeza. El mundo se nubló. Se volvió blanco y borroso.

Estaba escondida. Pero también estaba atrapada.

— Listo — dijo una de las maquilladoras, jadeando. Me giró hacia el espejo antiguo que estaba apoyado en la pared.

Miré el reflejo. La recamarera había desaparecido. La mujer que me devolvía la mirada era una visión espectral de encaje y riqueza.

Los ojos estaban muy abiertos por el terror, sí, pero bajo el velo, parecían simplemente... recatados. Yo era Elena Valente.

Una mentira de un millón de dólares.

Rocco se acercó. Se detuvo detrás de mí, mirando mi reflejo. — Perfecto.

— Mis manos — susurré, levantándolas. Temblaban. Las uñas cortas, la piel áspera. — Se dará cuenta.

Rocco tomó un par de guantes de seda blanca de la mesa y me los lanzó.

— Póntelos. Y no te los quites hasta que el anillo esté en el dedo.

Me puse los guantes. La seda ocultó los callos y la pobreza.

El sonido del órgano comenzó a tocar afuera. Un acorde grave, profundo, que hizo vibrar el suelo de la sacristía.

Era la marcha nupcial. O la marcha fúnebre.

— Es la hora — dijo Rocco, abriendo la puerta que daba al pasillo lateral de la nave.

El calor invadió la habitación, mezclado con el sonido de cientos de personas poniéndose de pie. Mis piernas se paralizaron.

— No puedo — me atraganté. — Me voy a caer.

Rocco me sujetó el brazo. No con brutalidad esta vez, sino con una firmeza de acero.

— No te vas a caer, Clara. Porque si te caes, tu hermana cae contigo. ¡Camina!

Me empujó hacia la luz. Di el primer paso. Luego, el segundo. El pasillo era largo.

Las puertas principales de la Catedral estaban abiertas frente a mí, revelando el altar a lo lejos.

Ahí estaba él. Stefano Moncada. El presidente. Estaba parado en la cima de la escalera de mármol, vestido de negro, inmóvil como la muerte.

Incluso a esa distancia, podía sentir el peso de su mirada.

No estaba mirando a una novia, sino a un problema que necesitaba ser resuelto.

El aire estaba denso, sofocante. El velo se me pegaba al rostro con el sudor.

Cada paso era una mentira y me alejaba de Clara para transformarme en propiedad de los Moncada.

Miré el altar y la cruz gigante que colgaba sobre él. *Perdóname, Padre, porque voy a pecar*.

Respiré hondo, tragándome el llanto, y comencé a caminar hacia el hombre que podría destruirme con un chasquido de dedos.



Stefano Moncada

Capítulo 6

Cuando las puertas dobles de caoba de la Catedral finalmente se abrieron, el sonido del mundo exterior invadió el silencio sagrado.

El calor, el ruido de la multitud contenida por la policía, el flash estroboscópico de las cámaras... todo eso formaba una ola de caos que rompió contra la entrada de la iglesia.

Pero no parpadeé. Mis ojos estaban fijos en la silueta blanca que surgió contra la luz cegadora del mediodía.

Ahí estaba ella. Mi mentira de un millón de dólares.

La mujer caminó fuera de la luz y entró en la penumbra de la nave.

El órgano explotó en una marcha triunfal, vibrando en las piedras bajo mis pies. Quinientas cabezas se giraron simultáneamente.

El suspiro colectivo de la élite de Santera resonó como el crujir de hojas secas.

Ellos veían la belleza, el vestido de alta costura, el símbolo de unión.

Yo solo veía el miedo.

Caminaba demasiado despacio. Cada paso parecía calculado para no desmoronarse.

Las manos, enguantadas en seda blanca, apretaban el ramo de rosas rojas con tanta fuerza que podía ver las flores temblar a la distancia.

Elena Valente caminaba como si el pasillo fuera una pasarela. Esta mujer caminaba como si el pasillo fuera el patíbulo.

Salvatore Valente, a mi lado, soltó el aire que parecía haber estado conteniendo durante una hora.

— Gracias a Dios — susurró, secándose el sudor que le escurría hacia dentro del cuello de la camisa. — Ha venido.

Lo miré de reojo. El idiota realmente se lo creía. Rocco había hecho un trabajo impecable. La altura era la misma.

El cabello, recogido en ese moño aristocrático bajo el velo denso, era del mismo tono.

Salvatore bajó los escalones para buscar a su "hija". Observé la interacción. Le ofreció el brazo.

La mujer retrocedió un milímetro, un reflejo instintivo de repulsión o pavor, antes de aceptar.

Salvatore le susurró algo duro, probablemente una amenaza para que sonriera.

Ella apenas bajó la cabeza, con el velo cubriendo cualquier expresión.

Se acercaron. Su olor llegó primero. No era el perfume empalagoso y dulce que usaba Elena.

Era algo más sutil... ¿olor a laca para el cabello, polvos de arroz y... limón? Un olor cítrico, simple, limpio.

Salvatore se detuvo frente a mí y puso la mano de ella en la mía.

— Cuídala, Stefano — dijo, con la falsa solemnidad de quien entrega un paquete.

— Ella es el futuro de nuestro país.

— El futuro está en buenas manos, Salvatore.

Tomé la mano de la chica y fue en ese exacto segundo que la realidad me golpeó como un puñetazo.

La mano era pequeña, delicada. Pero cuando apreté sus dedos dentro de mi palma, lo sentí.

Incluso a través de la barrera del fino guante de seda, la textura era incorrecta.

Elena tenía manos de pianista que nunca habían lavado un plato en su vida. Manos suaves como la mantequilla.

La mano que yo sostenía era firme. Había una rigidez en los tendones.

Y, cuando mi pulgar rozó su palma por encima de la tela, sentí la sutil irregularidad de unos callos en la base de los dedos.

Manos de alguien que trabajaba, de quien sostenía escobas, no copas de cristal.

Un escalofrío me subió por la columna. No de miedo, sino de una excitación sombría e inesperada.

La impostora no era una actriz contratada. Era una superviviente.

Tiré de ella hacia mi lado, tal vez con un poco más de fuerza de la necesaria.

Tropezó levemente y su hombro chocó contra mi brazo. Su cuerpo irradiaba un calor febril.

La joven temblaba tanto que parecía vibrar.

El sacerdote, el cardenal Ricci, comenzó a hablar en latín. Las palabras de unión, de lo sagrado, de lo eterno. Todo basura.

Me incliné levemente hacia ella mientras nos arrodillábamos en los cojines de terciopelo.

— Respira — susurré, con mis labios casi tocando el encaje del velo que cubría su oreja.

— Si te desmayas, te arrastro afuera por los pelos.

La sentí tensarse. El miedo dio paso a algo más rígido. Instinto de defensa. Bien.

Prefería luchar contra un animal acorralado que cargar un peso muerto.

— Stefano Moncada — llamó el cardenal, su voz resonando en la cúpula.

— ¿Acepta a esta mujer como su legítima esposa, para amarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe?

Miré el crucifijo dorado sobre el altar. La muerte ya había intentado separarnos esta mañana con un disparo de fusil.

Tendría que esforzarse más.

— Acepto — mi voz salió grave, firme, proyectada para que hasta el último reportero en el fondo de la iglesia la escuchara.

Era la voz del presidente.

— Y usted, Elena Valente... — el cardenal se giró hacia ella.

Hubo un silencio. Un segundo. Dos. Tres... La tensión en la iglesia se volvió palpable.

El silencio se estiró hasta el punto de ruptura. Salvatore, detrás de mí, se removió inquieto.

Le apreté la mano. No fue una caricia. Fue una advertencia. Le aplasté los dedos, lastimándola deliberadamente.

Un dolor agudo para traerla de vuelta a la realidad.

— Acepto — susurró ella.

La voz era diferente. Ronca. Temblorosa. No tenía la arrogancia estridente de Elena.

Era la voz de alguien que estaba firmando su propia sentencia de muerte y lo sabía. Pero lo dijo.

Deslicé la alianza por su dedo y el cardenal decretó:

— Por el poder que me confiere la Santa Iglesia y la República de Santera... los declaro marido y mujer.

Los aplausos comenzaron afuera antes incluso de empezar adentro. El cardenal sonrió.

— Puede besar a la novia.

Este era el momento. La prueba final. Me giré hacia ella. Con ambas manos, sostuve el borde del pesado velo.

Contuvo la respiración. Podía escuchar el aire silbando en sus pulmones.

Levanté el tul blanco. El rostro de la mujer fue revelado. El maquillaje estaba impecable, ocultando su palidez mortal.

Sus ojos castaños estaban muy abiertos, con las pupilas dilatadas, fijos en los míos con un terror absoluto. Pero eran ojos hermosos y profundos.

Ojos que contaban historias de miseria que Elena Valente jamás comprendería.

Por un breve momento, el tiempo se detuvo. No veía a la multitud, no veía a Salvatore, no veía a Rocco montando guardia en el lateral.

Solo veía mi fraude. A mi prisionera.

Sonreí. Una sonrisa que no me llegó a los ojos, destinada solo a ella.

— Bienvenida al infierno, *mia cara*.

Incliné la cabeza y capturé su boca. Sus labios estaban helados e inmóviles. No me correspondió.

Solo se quedó rígida, como si mi toque fuera corrosivo. No me importó.

Usé mi mano en su nuca para mantenerla en su lugar, profundizando el beso para las cámaras, tomando su boca con una posesividad que era mitad teatro, mitad advertencia.

Quería que sintiera mi sabor y entendiera que, a partir de ese segundo, su cuerpo, su vida e incluso su miedo me pertenecían a mí.

Cuando la solté, parecía mareada. Sus labios estaban rojos e hinchados por la presión de mi beso.

Había una lágrima solitaria atrapada en las pestañas de la mujer.

Me giré hacia la multitud, sosteniendo su mano encallecida con firmeza, y alcé nuestros brazos unidos.

El flash de las cámaras explotó como una tormenta de rayos.

Tenía a mi esposa, a mi país y, que Dios me ayudara, estaba ansioso por descubrir quién diablos era la mujer que temblaba a mi lado.



Clara Mendes

Capítulo 7

El mundo era un borrón de luces estroboscópicas y gritos ahogados por el cristal blindado.

Estaba sentada en el asiento trasero de la limusina presidencial, al lado del hombre que se había convertido en mi marido ante la ley y la iglesia.

Mi mano todavía estaba atrapada en la suya, pero no era un entrelazar de dedos romántico;

era una esposa de carne y hueso. Stefano Moncada sostenía mi mano sobre el cuero negro del asiento como si estuviera sosteniendo un arma cargada: con firmeza, posesividad y la promesa silenciosa de que, si yo disparaba, él sabría exactamente hacia dónde apuntar.

— Respira — su voz cortó el silencio refrigerado del coche.

No fue un consejo. Fue una orden.

Jalé aire con fuerza, sintiendo las varillas del corsé clavarse en mis costillas.

Su olor invadió mis pulmones: sándalo, tabaco caro y ese aroma metálico a peligro que parecía emanar de sus poros.

— Voy a vomitar — susurré, sintiendo la bilis subir por mi garganta.

Stefano giró el rostro hacia mí. En la penumbra del coche, sus ojos eran dos abismos negros.

No demostró preocupación, solo me soltó la mano, tomó una botella de agua helada del frigobar y la abrió con un chasquido seco.

— Bebe — me tendió la botella. — Tienes exactamente siete minutos hasta que lleguemos al Palacio para la recepción.

Si vas a vomitar, hazlo ahora. Porque cuando esa puerta se abra, vas a sonreír como si acabaras de ganar la lotería, y no como si estuvieras yendo al matadero.

Tomé la botella con manos temblorosas. El agua helada bajó rasgando, calmando las náuseas, pero no el pánico.

Lo miré. El presidente estaba recostado, verificando algo en su tablet, indiferente al hecho de que acababa de casarse con una farsante.

— ¿Qué pasa ahora? — pregunté, con mi voz fallando. — Ellos lo sabrán.

Tu padre... el padre de ella... van a ver que no soy yo.

Stefano bloqueó la pantalla de la tablet y me miró fijamente. Una sonrisa lenta y cruel curvó sus labios.

— Salvatore Valente está demasiado ocupado contando el dinero que va a ganar con nuestra unión como para notar el color de tus ojos.

Y mi padre... bueno, él ve lo que yo quiero que vea.

Stefano se inclinó en mi dirección, invadiendo mi espacio personal. El calor de su cuerpo era sofocante.

Levantó la mano y, con un toque sorprendentemente suave, acomodó un mechón de cabello que se había escapado de mi moño.

El contraste entre la delicadeza del gesto y la frialdad de su mirada me hizo estremecer.

— El secreto de la mentira, *mia cara*, no es la perfección. Es la confianza.

Si actúas como una reina, nadie se atreverá a preguntar por qué estás usando una corona de latón.

El coche disminuyó la velocidad. Miré por la ventana y vi abrirse las puertas doradas del palacio presidencial.

Había cientos de coches de lujo en la entrada. La élite de Santera. Los tiburones... y yo era la carnada.

— ¿Y si fallo? — pregunté, con el miedo reemplazado por una fría resignación.

Stefano me sujetó la barbilla, obligándome a mirarlo.

— Entonces seré un viudo muy triste.

El coche se detuvo y la puerta se abrió.

El ruido de la fiesta nos golpeó. Música clásica, risas y el tintineo de las copas.

Stefano salió primero. Se arregló el saco, asumió la postura de presidente: hombros anchos, barbilla en alto, arrogancia imperial, y me tendió la mano.

No había elección. Nunca la hubo.

Puse mi mano en la suya.

Me tiró hacia afuera, hacia la luz.

El Salón de Baile era obscenamente lujoso. Candelabros de cristal del tamaño de coches pequeños colgaban del techo abovedado.

El suelo de mármol reflejaba los vestidos de seda y las joyas que costaban más que el barrio entero donde crecí.

Había flores blancas por todas partes y el mismo olor empalagoso de la iglesia.

En cuanto entramos, cayó el silencio. Quinientos pares de ojos se volvieron hacia nosotros.

Sentí que me flaqueaban las rodillas, pero el brazo de Stefano pasó por mi cintura, sosteniéndome.

Sus dedos se clavaron en la tela de mi vestido, anclándome.

— Sonríe — me susurró al oído, rozando sus labios contra mi piel, causando un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

— Están hambrientos. Dales lo que quieren.

Forcé mis labios a curvarse. Debía parecer una mueca de dolor, pero nadie pareció notarlo.

Comenzamos a caminar por el salón. Era como atravesar un tanque de tiburones.

Personas venían a saludarnos, a besar mi mano, a darnos felicitaciones. Yo no escuchaba los nombres.

Apenas asentía, murmuraba "gracias" e intentaba no desmayarme.

— ¡Elena! ¡Mi querida!

La voz vino de mi izquierda. Me congelé.

Un hombre alto, con cabello canoso y una sonrisa que mostraba demasiados dientes, caminaba hacia nosotros. Salvatore Valente.

Mi "padre".

El pánico explotó en mi pecho. Él lo sabría. Tenía que saberlo.

Un padre reconoce a su propia hija, no importa el maquillaje, ni el vestido.

Apreté el brazo de Stefano, clavando mis uñas en su traje.

— Ahí viene — susurré, desesperada.

— Mantén la calma — respondió Stefano, sin alterar el paso.

Salvatore se detuvo frente a nosotros. Sostenía una copa de champán y ya parecía levemente alterado por el alcohol.

Miró a Stefano con deferencia y luego volvió sus ojos hacia mí.

Contuve la respiración, esperando el grito de "¡Impostora!".

Salvatore me miró a los ojos y sonrió.

— Estás radiante, hija — dijo, besando mi mejilla. Su olor era a alcohol caro y a hipocresía.

— Tu madre estaría orgullosa.

Él no lo sabía.

Miró mi rostro, mis ojos, y no vio nada más que lo que quería ver: el contrato firmado.

Su hija no era una persona para él; era un activo.

Sentí una ola de asco tan fuerte que casi me ahogo. Sin embargo, extrañamente, el asco me trajo claridad.

Si a su propio padre no le importaba lo suficiente como para reconocerla, a nadie más le importaría.

— Gracias... papá — la palabra sonó extraña en mi boca, pero Salvatore solo asintió, satisfecho.

— El senador Moretti está preguntando sobre las importaciones del Norte, Stefano — dijo Salvatore, volviéndose hacia su yerno, ignorándome por completo después de haber cumplido con el protocolo social.

— Después, Salvatore — lo cortó Stefano, con voz gélida. — Ahora, voy a bailar con mi esposa.

Antes de que Salvatore pudiera protestar, Stefano me jaló hacia el centro del salón.

La orquesta empezó a tocar un vals lento.

Puso una mano en mi cintura y con la otra sostuvo mi mano enguantada.

Empezamos a girar. El mundo a nuestro alrededor se volvió un borrón de colores. Yo solo lo veía a él.

Los ojos de Stefano estaban clavados en los míos, intensos y analíticos.

No estaba sonriendo, me estudiaba como un científico estudia una nueva especie de bacteria bajo el microscopio.

— Temblaste cuando se acercó — murmuró Stefano, guiándome con una facilidad que denotaba fuerza bruta controlada.

— Pensé que me iba a desenmascarar.

— Salvatore Valente no mira a las personas, Clara. Él mira a través de ellas. Ve signos de dólares y votos.

Podrías tener tres ojos y él no lo notaría, siempre y cuando estuvieras sosteniendo el brazo del presidente.

— Eso es triste — dejé escapar.

Stefano enarcó una ceja.

— La tristeza es un lujo de los que tienen tiempo para sentir. Nosotros no lo tenemos.

Me hizo girar, y mi espalda chocó contra su pecho.

Por un segundo, sentí su corazón latir contra mis omóplatos. Ritmo constante. Lento.

El corazón de un hombre que no teme a nada.

— Lo hiciste bien — concedió, con voz ronca cerca de mi oído.

— Pero la verdadera prueba no es el padre. Es la loba.

Me giró de vuelta hacia él.

Seguí su mirada hacia una esquina del salón.

Sentada en un sillón de terciopelo rojo, como si fuera un trono, estaba una mujer mayor.

Cabello blanco impecable, perlas en el cuello y un bastón de plata en la mano.

A su lado, estaba Don Arturo en la silla de ruedas.

— ¿Tu madre? — pregunté.

— Doña Isabella. Ella huele el miedo y las mentiras a kilómetros de distancia y te está mirando ahora mismo.

Me giré discretamente. Los ojos de la matriarca Moncada estaban fijos en mí. Eran ojos negros, duros, sin ningún rastro de gentileza.

No sonreía, solo observaba.

— ¿Qué hago? — pregunté, sintiendo que el sudor volvía.

Stefano me jaló más cerca, eliminando el espacio entre nosotros. Nuestros cuerpos se pegaron.

Sentí la rigidez de sus muslos contra los míos, el calor irradiando a través de las capas de tela.

— Le devuelves la mirada — ordenó. — No bajes los ojos.

Si agachas la cabeza ante Isabella Moncada, te comerá viva antes del postre.

Ahora eres mi esposa. Actúa como tal.

Levanté la barbilla. Respiré hondo. Y miré directamente a la anciana del otro lado del salón.

Le sostuve la mirada mientras Stefano me hacía girar.

Un segundo... dos... tres...

Doña Isabella no sonrió. Pero hizo algo que me sorprendió: alzó levemente su copa de champán en mi dirección.

Un brindis silencioso. O tal vez un desafío.

— Bien — susurró Stefano, y había una nota de aprobación en su voz que hizo que mi estómago se revolviera de una manera diferente.

No de miedo, sino de... algo cálido. — Sobreviviste a la primera hora.

La música terminó. Él no me soltó de inmediato. Nos quedamos parados en el centro del salón, bajo los candelabros de cristal, marido y mujer, depredador y presa.

— ¿Y ahora? — pregunté, sin aliento.

Los ojos de Stefano se oscurecieron, pero no de deseo. Apartó la mirada de mi boca y barrió el salón a nuestro alrededor con el aburrimiento de un general que acaba de ganar una batalla sin disparar un tiro.

Su intensidad se enfrió, transformándose en algo puramente práctico.

— Ahora, las luces se apagan, Clara. El espectáculo público terminó.

— Soltó mi cintura, pero sostuvo mi codo con una firmeza posesiva, guiándome fuera de la pista.

— Cumpliste tu papel por hoy.

Comenzó a llevarme hacia la gran escalera de mármol, lejos de las miradas curiosas.

— Vamos a subir — decretó, con voz baja y sin emoción. — El espectáculo exige descanso.

Mañana la mentira continúa, y necesito que estés impecable.

Tragué saliva, sintiendo que el alivio y el pavor se mezclaban en mi garganta.

El Baile era un teatro ruidoso y peligroso. La habitación sería una celda silenciosa y solitaria.

Y no sabía en cuál de los dos me sentía más asfixiada.



Stefano Moncada

Capítulo 8

La puerta de la suite presidencial se cerró con un clic suave, cortando el sonido ahogado de la orquesta que aún tocaba tres pisos más abajo.

El silencio fue instantáneo. Me solté la pajarita, deshaciendo el nudo con un tirón seco, y caminé hacia el bar.

El cristal de la botella de whisky brilló bajo la luz amarilla de la lámpara.

Me serví dos dedos de *single malt*, sin hielo.

El líquido ámbar me quemó la garganta, limpiando el sabor a champán barato y a sonrisas falsas.

Me giré hacia la habitación. Clara estaba parada en el medio de la alfombra persa, exactamente donde la había dejado.

Parecía una estatua de cera a punto de derretirse. Tenía los hombros encorvados y sus manos apretaban la tela del vestido de novia como si fuera lo único que le impedía desplomarse en el suelo.

No me miró. Sus ojos estaban fijos en mis zapatos, esperando... ¿Qué? ¿El ataque? ¿La violencia?

¿El derecho del marido? Temblaba. Una vibración fina que hacía que la seda del vestido crujiera casi imperceptiblemente.

— Quítate eso — ordené, con voz baja y sin emoción.

Su cabeza se alzó de golpe. El pánico en sus ojos castaños era crudo.

— ¿Q-qué?

— El vestido. ¡Quítatelo! Cuesta cuarenta mil dólares y le pertenece a una mujer que huyó.

Tú no eres esa persona y no quiero mirarlo ni un segundo más.

Tragó saliva y llevó las manos a su espalda, tanteando la cremallera invisible.

Sus dedos temblaban tanto que no lograba encontrar el cierre.

Luchó contra la tela, con la respiración acelerándose, rozando la hiperventilación.

Suspiré, impaciente. Dejé el vaso en la mesa de centro.

— Date la vuelta.

Obedeció, rígida como una tabla. Me acerqué y su olor me golpeó.

No el perfume caro que la obligaron a usar, sino el olor que venía de debajo de este: miedo, sudor frío y algo cítrico, simple, que parecía ser su esencia natural.

Le aparté el cabello de la nuca. Su piel allí era pálida y suave.

Con un movimiento preciso, bajé la cremallera hasta el final de la espalda.

El vestido se abrió. Sostuvo la parte delantera contra su pecho, protegiéndose. Di un paso atrás, creando distancia.

El espacio entre nosotros era frío y calculado.

— Puedes dormir con el camisón que está en el cajón de la izquierda — señalé hacia el armario.

— El baño es todo tuyo. Tienes diez minutos.

Parpadeó, confundida. Esperaba ser arrojada a la cama y ser tomada.

La falta de acción la desestabilizó más de lo que lo habría hecho la violencia.

— Usted... tú no vas a...

— No — la corté, tomando mi vaso de nuevo.

Se quedó inmóvil, boquiabierta.

Caminé hacia ella, deteniéndome lo suficientemente cerca para intimidar, pero lo suficientemente lejos para no tocarla.

— Vamos a dejar una cosa muy clara, Clara Mendes. — Mi voz era hielo puro.

— No eres mi esposa. Eres una solución de emergencia.

Eres un peón en un tablero de ajedrez que se está incendiando. — La señalé con el vaso.

— Los peones son útiles. Protegen al Rey. Bloquean los ataques.

Pero los peones también son las primeras piezas en ser sacrificadas si hacen un movimiento en falso.

Vi cómo el color abandonaba su rostro.

— Haré lo que sea necesario — susurró.

— Lo harás. Porque si obedeces, si mantienes la boca cerrada y las piernas juntas para cualquier otro hombre... sobrevives.

Tu hermana respira.

Asintió. La mención a su hermana era la única palanca que yo necesitaba.

— Mi hermana... ¿fue al hospital?

— La ambulancia salió del Hospital Santa María hace treinta minutos.

Va camino al Ala VIP del Hospital Central. Mi equipo de seguridad está con ella.

Nadie entra, nadie sale sin mi orden.

Cerró los ojos por un segundo y vi escapar una lágrima solitaria. Alivio...

— Gracias.

— No me lo agradezcas. Es el pago por el alquiler de tu vida. Ahora ve a cambiarte.

Corrió hacia el baño como si el diablo le pisara los talones. Tal vez lo estaba.

Mientras el agua de la ducha caía allí dentro, me terminé el whisky y comencé a desvestirme.

Me quité el saco, la corbata, los gemelos. Me quedé solo con los pantalones de pijama de seda negra.

Apagué las luces principales, dejando encendida solo la lámpara de mi lado de la cama.

La puerta del baño se abrió. Clara salió. Llevaba puesto un camisón de seda blanca que Caterina le había elegido.

Era recatado, pero la seda moldeaba cada curva de su cuerpo.

Iba descalza, con la cara lavada y el cabello húmedo suelto sobre los hombros.

Se detuvo, mirando la cama *king size*. Luego, observó el sofá.

— ¿Dónde yo...? — empezó a decir.

— En la cama — señalé hacia el lado vacío.

— ¿En la misma cama?

— Las recamareras entran aquí a las seis de la mañana para cambiar las toallas y traer el café.

Si ven el sofá arrugado o almohadas en el suelo, el chisme se esparce. Si el chisme se esparce...

— Luiza pierde el tratamiento médico — completó ella, con voz firme.

— Exactamente. Aprendes rápido.

Caminó hacia la cama. Sus movimientos eran cautelosos. Levantó la sábana y se acostó en la punta extrema del colchón, lo más lejos posible de mí, dándole la espalda.

Se encogió en posición fetal, subiéndose la manta hasta las orejas.

Apagué la lámpara. La oscuridad se tragó la habitación. El único sonido era el zumbido suave del aire acondicionado y su respiración irregular.

Me acosté de mi lado. Había un océano de sábanas de algodón egipcio entre nosotros. Casi un metro de distancia.

Pero podía sentir su presencia y el calor de su cuerpo irradiando en la oscuridad.

El corazón de Clara latía tan rápido, como el de un pajarito atrapado en la mano.

Cerré los ojos, forzando a mi cuerpo a relajarse. Estaba exhausto, pero mi mente seguía alerta.

Tenía a una extraña en mi cama. Una mujer que venía del barro y que, de alguna manera, tenía más dignidad en el dedo meñique que toda la corte de Santera reunida en el salón de baile.

— Buenas noches, Clara — murmuré hacia el techo oscuro.

Hubo un largo silencio. Pensé que no iba a responder.

— Buenas noches... Stefano.

El sonido de mi nombre en su boca, susurrado en la oscuridad, envió un escalofrío inesperado por mi columna. Lo ignoré.

Me giré hacia el otro lado, dándole la espalda.

Ella era un peón y yo era el rey. No me podía permitir el lujo de dormir con las piezas del juego.

Sin embargo, mientras el sueño me vencía, la única cosa que lograba sentir era el olor a limón que invadía mi almohada.



Clara Mendes

Capítulo 9

Me desperté con el silencio.

En mi vida pasada, aquella que había terminado la noche anterior, solía despertarme con el ruido de la vecina gritándole al perro, con la música alta del bar de la esquina o con la tos seca de Luiza desgarrando la delgada pared del cuarto en la vecindad.

Esa mañana, sin embargo, desperté con el zumbido casi imperceptible del aire acondicionado central y el olor a café recién hecho que alguien había dejado silenciosamente en una bandeja de plata sobre la mesita de noche.

Abrí los ojos, desorientada. El techo era demasiado alto. El candelabro de cristal parecía una araña de diamantes a punto de caerme encima.

Giré la cabeza. El lado de la cama donde Stefano había dormido estaba vacío. La sábana permanecía estirada, fría.

Ni siquiera parecía que un hombre de un metro noventa de estatura se hubiera acostado allí.

Era como un fantasma: ocupaba todo el espacio cuando estaba presente y borraba cualquier rastro cuando partía.

Me senté en la cama, sintiendo cómo la seda del camisón se deslizaba por mi piel. Había una nota junto a la taza de café.

Papel membretado de la Presidencia, grueso, color crema. La letra era angulosa, agresiva, escrita con pluma estilográfica negra.

"El coche la espera en la entrada lateral. El Dr. Hélio, director del Hospital Central, aguarda su llegada a las 09:00. La mudanza de su madre se realizará de forma simultánea. Cumpla su papel. S."

No había un "Con amor". No había un "Buenos días". Solo "S". Una orden. Un recordatorio.

Me bebí el café de un trago, quemándome la lengua. El sabor amargo me ayudó a enfocarme.

Me puse un conjunto de lino beige que encontré en el armario, algo que Elena usaría para parecer "caritativa", y bajé.

El coche que me esperaba no era la limusina oficial, sino un SUV blindado negro, discreto como un tanque de guerra urbano.

Dos guardias de seguridad con traje oscuro me abrieron la puerta sin decir una palabra. No me miraron a los ojos.

Para ellos, yo era un cargamento preciado, no una persona.

El trayecto hasta el hospital fue rápido. Las calles de la capital pasaban por el cristal oscuro como en una película muda.

Vi a personas en las paradas de autobús, sudando bajo el sol de las ocho de la mañana. Vi a niños vendiendo dulces en los semáforos.

El día anterior, yo era una de ellos. En ese momento, los observaba desde el interior de una burbuja de aire refrigerado y cuero.

Cuando el coche se detuvo en la entrada privada del Hospital Central, el estómago se me revolvió.

El Dr. Hélio estaba afuera, sudando en su bata blanca, rodeado por tres enfermeras que parecían nerviosas.

El guardia abrió la puerta. Bajé.

— Señora Moncada — el médico hizo una reverencia exagerada, casi cómica si no fuera trágica. — Es un honor.

El presidente nos informó de la... delicada situación de su protegida.

Protegida. Así llamaban a mi hermana en ese mundo. No "paciente indigente". "Protegida de la Primera Dama".

— ¿Dónde está? — pregunté, con mi voz sonando más firme de lo que me sentía.

— En la Suite Presidencial del Ala Pediátrica. Por favor, acompáñeme.

Caminamos por los pasillos de mármol del ala privada. Allí no olía a lejía ni a enfermedad.

Olía a lavanda y a dinero. No había camillas en los pasillos, ni familiares llorando en el suelo.

Había silencio y cuadros abstractos en las paredes.

El médico abrió la puerta de la habitación 401. Me detuve en el umbral. Mis piernas flaquearon.

Luiza estaba acostada en una cama que parecía una nave espacial, llena de botones y luces suaves.

La habitación era enorme, con un televisor de pantalla plana, un sofá para acompañante y un inmenso ventanal con vista al jardín, no a los callejones sucios de la zona baja.

Pero lo más importante no era el lujo. Era la máquina al lado de la cama.

Un respirador de última generación, silencioso, moderno, y los dos monitores que mostraban sus signos vitales en tiempo real.

Estaba despierta, con los ojos muy abiertos, mirando a su alrededor con miedo.

— ¿Clara? — Su voz salió limpia, sin el silbido habitual, gracias a la mascarilla de oxígeno de alto flujo que usaba.

Corrí hacia ella y sostuve su manita. Su piel estaba menos caliente. El aire acondicionado mantenía la fiebre bajo control.

— Hola, mi amor. Estoy aquí.

— ¿Dónde estamos? — susurró, apretándome los dedos.

— Mamá dijo que nos ganamos la lotería.

Me tragué el nudo en la garganta.

— Es casi eso, Lu. Es casi eso.

Una enfermera entró con una bandeja de desayuno que tenía frutas cortadas en forma de estrella, yogur importado y jugo natural.

— El tratamiento empieza esta tarde — explicó el Dr. Hélio, verificando el historial digital.

— Iniciaremos con la terapia genética moduladora. Es un medicamento experimental suizo, pero los resultados prometen ser excelentes.

Cuesta... bueno, el costo no importa para la familia Moncada.

Miré a Luiza comer un pedazo de melón con voracidad. Parecía... viva.

Por primera vez en años, no parecía estar desapareciendo.

El costo no importaba para ellos, pero yo sabía el costo: mi vida y mi dignidad.

— Gracias, doctor — le dije, sin apartar los ojos de mi hermana.

— Cuide de ella como si fuera la hija del presidente.

— Por supuesto, señora.

Me quedé allí durante una hora, hasta que Luiza se quedó dormida, sedada por los nuevos medicamentos que reconstruirían

sus pulmones.

Besé su frente. El olor a enfermedad se desvanecía, siendo reemplazado por el olor a limpieza y a esperanza.

Salí de la habitación y los guardias estaban en la puerta, inmóviles.

— A la casa segura, señora — informó uno de ellos.

El siguiente trayecto fue a un barrio de clase alta, lejos de la periferia, pero también lejos del Palacio.

Una zona neutral. La casa era un chalé blanco, con rejas altas y un jardín en la parte delantera.

Mi madre estaba en la sala, sentada en un sofá de terciopelo azul, viéndose desubicada y pequeña.

Había unas pocas cajas de mudanza, todo lo que teníamos, apiladas en un rincón.

— ¡Clara! — Se levantó cuando entré. — Hija mía... ¿esto es... esto es verdad?

Abracé a doña Carmen. Olía a jabón barato y a mi infancia.

— Es verdad, mamá. Es su nueva casa.

Se apartó y me miró a los ojos. Su mirada barrió mi rostro, mi vestido de lino y el anillo de diamantes en mi dedo.

— ¿De verdad te casaste con ese hombre? ¿Con el Presidente?

— Sí, mamá.

— Las vecinas dijeron que era mentira. Que te habías convertido en... otra cosa. — Bajó la voz, avergonzada.

— Pero la televisión te mostró en la iglesia. Tan hermosa... Parecías una santa.

Tocó mi rostro con sus manos deformadas por el trabajo.

— ¿Te trata bien?

Pensé en la frialdad de la habitación y en la velada amenaza de descartarme como a un peón. Miré a mi alrededor.

El refrigerador de acero inoxidable en la cocina estaba lleno. El aire era limpio.

Mi madre ya no tendría que planchar ropa ajena hasta que le sangraran los dedos. Luiza respiraba sin dolor.

Sonreí.

— Es un hombre poderoso, mamá. Él cuida de lo que es suyo.

— Gracias a Dios — suspiró, aliviada. — Recé tanto, Clara. Dios me escuchó.

No tuve el valor de decirle que Dios no tenía nada que ver con aquello.

Quien había escuchado era el Diablo, y se cobró el alma en el acto.

— Tengo que irme, mamá. El protocolo... la agenda está llena.

— ¡Claro, claro! Eres importante. Ve, hija mía.

Regresé al coche blindado. Cuando la pesada puerta se cerró, aislándome nuevamente en el silencio del aire acondicionado, dejé que mis hombros cayeran.

Había vendido mi libertad, mi nombre, mi cuerpo y mi futuro.

Pero mientras el coche se deslizaba de regreso a mi prisión dorada, recordé el suave sonido del respirador de Luiza y la sonrisa aliviada de mi madre.

Stefano Moncada había cumplido su palabra. En ese instante, me convertí en prisionera de mi propia gratitud. No podía huir.

No podía luchar. No podía odiarlo por completo. Le pertenecía a él. No por amor, ni por miedo.

Sino por una deuda, y esa era la cadena más pesada que existía.



Stefano Moncada

Capítulo 10

La Sala de Guerra del Palacio de Santera estaba tres pisos bajo tierra, un búnker de hormigón y acero donde el aire se reciclaba y el silencio pesaba más que la gravedad.

Allí, no había ventanas hacia la puesta de sol sangrienta de la capital.

Solo estaba el brillo azulado de los monitores que cubrían las paredes, mostrando mapas fronterizos, rutas de tráfico e imágenes satelitales granuladas.

Estaba en la cabecera de la mesa de cristal, observando al general Borja sudar dentro de su uniforme lleno de medallas que probablemente había comprado en una casa de empeño, ya que nunca había ganado una batalla real en su vida.

— La situación en el Norte es... delicada, señor presidente — tartamudeó Borja, señalando con un bolígrafo tembloroso la mancha

roja en el mapa digital.

— *Los Bravos* interpretaron el atentado en su boda como una señal de inestabilidad.

Avanzaron tres kilómetros en la Zona Desmilitarizada. Están poniendo a prueba nuestras cercas.

— No están poniendo a prueba las cercas, general — mi voz salió baja, reverberando en las paredes acústicas.

— Están midiendo el tamaño de mis pelotas.

Rocco, sentado en una silla en el rincón oscuro de la sala, soltó una risa corta y afiló un cuchillo de combate contra la suela de su bota.

El sonido rítmico era lo único que impedía que Borja sufriera un colapso nervioso.

— ¿Qué sugiere, Excelencia? — preguntó el general, secándose la frente con un pañuelo.

— ¿Debemos enviar una nota diplomática? ¿Reforzar la patrulla?

Me levanté. El cuero de la silla crujió. Caminé hacia el mapa, observando los puntos rojos que representaban a los enemigos de mi familia y de mi Estado.

— La diplomacia es para naciones civilizadas, Borja. Los cárteles no leen notas de repudio; leen cadáveres. — Me giré hacia él.

— Quiero a la Fuerza Aérea en la frontera en dos horas. No patrullen. Bombardeen las plantaciones. Quemen todo.

Si avanzaron tres kilómetros, nosotros avanzaremos treinta. Quiero que el humo de sus campos se vea desde el balcón de la casa de su líder.

Borja palideció.

— Pero... ¿y los tratados de derechos humanos? La prensa internacional...

— La prensa estará demasiado ocupada cubriendo la cena benéfica de mi esposa la próxima semana — lo corté, implacable.

— Haga lo que le ordené. ¡Ahora!

El general hizo el saludo militar y salió de la sala casi corriendo, tropezando con sus propios pies.

Cuando la puerta blindada se cerró, Rocco dejó de afilar el cuchillo.

— Sabes que esto iniciará una guerra abierta — comentó, con el tono casual de quien habla del clima.

— La guerra ya empezó cuando le dispararon a mi coche, Rocco. Solo estoy decidiendo el calibre de la respuesta.

— Me masajeé las sienes, sintiendo un dolor de cabeza latente palpitar detrás de mis ojos. — ¿Y la chica?

¿Cómo se comportó?

— Impecable — Rocco guardó el cuchillo. — No lloró, no hizo una escena, no intentó huir. Les dio las gracias a los guardias de seguridad.

El jefe de la escolta dijo que tiene "clase". Poco sabe él que se crió en un agujero de ratas.

— Sabe adaptarse. Es una superviviente.

— Es una actriz, Stefano. No lo olvides. No dejes que te engañe.

Rocco se levantó y caminó hacia la salida. — Voy a coordinar el ataque aéreo. Intenta dormir.

Pareces un cadáver que olvidó acostarse.

Me quedé solo en el búnker. El zumbido de los servidores llenaba el vacío.

Debería subir, comer algo, revisar los discursos para el parlamento.

Sin embargo, mi cuerpo estaba lleno de adrenalina estancada y mi mente no lograba desconectarse.

Acerqué el teclado del terminal principal hacia mí. En lugar de acceder a los informes de inteligencia, tecleé el código de seguridad de las cámaras internas del Palacio.

Acceso Autorizado: Nivel Alfa.

Las pantallas de la pared cambiaron. Dejaron de mostrar fronteras y pasaron a mostrar los pasillos vacíos, las cocinas industriales, los salones de baile a oscuras.

Mis dedos volaron por las teclas, buscando una cámara específica. Ala Este. Biblioteca.

La imagen apareció en alta definición. La biblioteca del Palacio era un monumento de dos pisos, con estanterías de madera oscura.

Clara estaba allí.

Acerqué la imagen. No sabía que la estaban observando.

Creía que estaba sola en su laberinto de papel y tinta. Se había quitado los zapatos.

Los tacones altos estaban tirados descuidadamente cerca de la puerta. Caminaba descalza sobre la alfombra oriental, con los pies hundiéndose en la suave lana.

No estaba leyendo. Estaba... tocando. Vi su mano deslizarse por los lomos de cuero de los clásicos.

Se detuvo ante una edición antigua de *Dante*. Sacó el libro con una reverencia casi religiosa.

Lo abrió y acercó el rostro a las páginas, inhalando profundamente.

Fruncí el ceño. Elena olía a cocaína. Clara olía a libros viejos.

Cerró el libro y lo puso de vuelta en su lugar, alineándolo perfectamente con el borde del estante.

Entonces, hizo algo que me paralizó. Empezó a dar vueltas. Despacio al principio, luego más rápido.

Con los brazos abiertos, la falda del vestido de lino arremolinándose alrededor de sus piernas.

Giraba en el centro de la gigantesca biblioteca, sola, con una pequeña y secreta sonrisa en los labios.

No era la sonrisa entrenada de Caterina, la hermana de Stefano.

No era la sonrisa fría que usaba conmigo. Era una sonrisa de libertad.

De alguien que pasó su vida entera en una caja de zapatos y, de repente, descubrió que el mundo tenía techos altos.

Para cualquier otra persona, el Palacio de Santera era una jaula de oro, un nido de víboras y asesinos.

Sin embargo, mientras la observaba bailar sin música en el silencio de esa sala, me di cuenta de una verdad perturbadora.

Para Clara Mendes, mi prisión era el paraíso.

Dejó de girar, mareada, y se dejó caer en un sillón de cuero demasiado grande para ella.

Se encogió allí, abrazándose las rodillas, luciendo minúscula y contenta. Estaba a salvo. Su hermana estaba a salvo.

Su madre estaba cobijada. La simplicidad de su felicidad era un enigma que mi cerebro paranoico no lograba descifrar.

No quería joyas. No quería poder. Solo quería... paz, y eso la convertía en la criatura más peligrosa que jamás hubiera pisado aquel palacio.

Porque a las personas que quieren paz es imposible sobornarlas con ambición.

Apagué el monitor bruscamente, dejando la pantalla negra. Su sonrisa se me quedó grabada en la retina. Necesitaba odiarla.

Necesitaba usarla y descartarla. Pero allí, en la oscuridad del búnker, con el sabor a guerra en la boca, me sorprendí imaginando cómo sería si esa sonrisa estuviera dirigida a mí.

No al presidente. No a Salvatore. Sino al hombre.

Aparté el pensamiento con un gruñido, tomando el teléfono para ordenar la destrucción de medio hemisferio norte.

Era más fácil lidiar con el fuego de *Los Bravos* que con la chispa que esa chica estaba encendiendo dentro de mi casa.



Clara Mendes

Capítulo 11

La sala a la que fui arrastrada después del almuerzo no tenía nombre oficial, pero en mi cabeza, la bauticé inmediatamente como "La Cámara de Tortura de Terciopelo".

Era un salón más pequeño en el Ala Oeste del Palacio de Santera, decorado en tonos azul pálido y oro, con espejos del suelo al techo que multiplicaban mi imagen y mi insuficiencia hasta el infinito.

El aire allí parecía más enrarecido, o tal vez era solo el corsé de las expectativas de doña Isabella apretándome los pulmones.

— Postura — la voz de Caterina Moncada cortó el aire como el chasquido de un látigo de montar.

Enderecé la espalda al instante, sintiendo una punzada aguda en la base lumbar. Llevaba de pie cuatro horas.

Mis pies, embutidos en tacones de aguja de diez centímetros que Caterina juraba que eran "cómodos", latían a un ritmo constante, en una tortura pulsante que me subía por las pantorrillas.

— No es suficiente — Caterina caminó a mi alrededor, rodeándome como un tiburón evaluando a una foca herida.

La hermana diplomática de Stefano era aterradoramente perfecta. A los treinta y seis años, tenía una piel de porcelana fría y ojos que no parpadeaban lo suficiente.

Sostenía una copa de agua con gas con una elegancia que parecía genética, algo que no se aprende, que solo se hereda con el dinero sucio.

— Elena tenía una postura natural — comentó Caterina, deteniéndose detrás de mí y pinchándome los omóplatos con una uña afilada y bien arreglada.

— Caminaba como si el suelo tuviera suerte de ser pisado por ella.

Tú caminas como si le estuvieras pidiendo disculpas al piso por existir.

— Lo estoy intentando — murmuré, con los dientes apretados para no gemir de dolor.

— No lo intentes. *Sé*. — Se apartó, y el olor a perfume cítrico y caro dejó un rastro empalagoso.

— La primera dama de Santera no pide permiso. Ocupa el espacio.

Si entras a una sala y nadie deja de hablar, has fallado, y si tú fallas, Stefano falla.

Si Stefano falla, el país arde.

Sentada en un sillón Luis XV en la esquina de la sala, como una gárgola vestida de Chanel, doña Isabella observaba.

La matriarca no hablaba mucho. No lo necesitaba. Su presencia era una gravedad en sí misma, tirando de toda la energía de la sala hacia el agujero negro de sus ojos oscuros.

Apoyaba ambas manos sobre su bastón de plata, golpeando el dedo índice contra el metal a un ritmo irritante.

En la otra esquina, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y una laptop en el regazo, estaba Sofia.

La menor, de quince años, no había dicho una palabra desde que había llegado.

Llevaba unos auriculares grandes alrededor del cuello y masticaba chicle con la boca abierta.

Sus ojos estaban fijos en mí con una curiosidad clínica, como si yo fuera una rata de laboratorio a punto de ser disecada.

— Caterina — sonó la voz de la madre, ronca y baja, interrumpiendo el silencio. — La sonrisa.

La sonrisa es el arma más importante. Más letal que la pistola de Rocco. Enséñaselo.

Caterina se detuvo frente a mí. Quedamos cara a cara. Ella era unos centímetros más alta, pero su arrogancia la hacía parecer una torre.

— Sonríeme, Clara — ordenó.

Forcé a mis labios a curvarse. Sentí que el músculo de la mejilla me temblaba. Caterina suspiró, emitiendo un sonido de agotamiento genuino.

— ¡Patético! Parece que tienes cólicos.

— Tal vez porque me están sangrando los pies — repliqué, sintiendo que el filtro del miedo me fallaba por un segundo.

Los ojos de Caterina brillaron. No con enfado, sino con interés.

— El dolor es irrelevante. ¿Crees que yo no siento dolor?

— Dio un paso adelante, invadiendo mi espacio personal. — Una mujer Moncada sonríe mientras el mundo se desmorona.

Sonríe mientras su marido la engaña. Sonríe mientras entierra a sus hijos.

Tu sonrisa no es una expresión de felicidad, idiota. Es una barrera.

Es una advertencia de "no te acerques".

Me tocó el rostro, con sus dedos fríos moldeándome las mejillas con fuerza. — Inténtalo de nuevo.

Pero esta vez, no uses los ojos. Los ojos felices son para niños y perros. Usa solo la boca.

Una sonrisa social es fría. Dice: "Te veo, te tolero, pero soy mejor que tú".

Lo intenté de nuevo. Pensé en Stefano. En su frialdad de la noche anterior.

En la forma en que me miró antes de apagar la luz. Levanté la barbilla. Entrecerré mínimamente los ojos.

Curvé los labios sin mostrar los dientes, en una sonrisa contenida y misteriosa.

Caterina dio un paso atrás, evaluándome.

— Mejor. — Se giró hacia su madre. — ¿Qué le parece, *Mamma*?

Doña Isabella arqueó una ceja y su mirada barrió mi rostro.

— Aún veo la favela en sus ojos — dijo, cruel y directa.

— Nos mira esperando aprobación. Elena nunca buscó aprobación; exigía adoración. Pero... sirve. Por ahora.

Isabella hizo un gesto con la mano.

— Francés. Ahora.

Caterina tomó un libro de tapa dura de la mesa.

— *Répétez après moi : "Je suis ravie de vous rencontrer, Monsieur l'Ambassadeur."*

— *Je su ravie de vu rencontrer...* — lo intenté, con la lengua tropezando en las sílabas extrañas.

Caterina cerró el libro de un golpe que me hizo sobresaltar.

— *¡Non!* — gritó. — ¡Suenas como una lavandera borracha!

La 'R' viene de la garganta, no de la punta de la lengua. Es gutural. Es elegante. ¡Otra vez!

Repetí la frase diez, veinte, treinta veces... Se me secó la garganta. La cabeza me empezó a palpitar.

— *Je suis ravie de vous rencontrer...*

— ¿Acaso no estudiaste en el Instituto Le Rosey, en Suiza? — preguntó Caterina, sarcástica.

— Porque eso es lo que dice tu biografía falsa. Pasaste cuatro años en Gstaad esquiando y aprendiendo idiomas.

Si el embajador francés te escucha hablar así, sabrá que lo único que has esquiado ha sido cuesta abajo en la vida.

Sentí que las lágrimas me picaban detrás de los ojos. La humillación era física, caliente, subiendo por mi cuello. Me tragué el llanto.

Luiza está respirando, repetí mentalmente. *Luiza está en una habitación con vista al jardín.*

— De nuevo — ordenó Caterina.

— Tiene acento del Norte — interrumpió una voz joven.

Todas miramos hacia la esquina. Sofia había apartado los ojos de la pantalla de la computadora y explotó una burbuja de chicle.

— ¿Qué? — preguntó Caterina, irritada.

— La forma en que pronuncia las erres — dijo Sofia, encogiéndose de hombros. — No suena a favela, Caterina.

Suena a dialecto norteño. Si se equivoca en la pronunciación, solo di que su abuela era de una provincia rural y que ella se le pegó el acento.

Le da un encanto rústico. A los embajadores les encanta esa mierda de la "autenticidad".

Caterina miró a su hermana menor, y luego a mí. Consideró la idea. — Dialecto norteño... — murmuró.

— Podría funcionar. Es exótico.

Doña Isabella resopló.

— El encanto rústico no gana guerras, Sofia. Pero sirve para esconder la incompetencia. — Se levantó, apoyándose en su bastón.

Caminó hacia mí. Su olor era antiguo: polvos de arroz, lavanda y algo metálico.

La mujer tomó mi mano izquierda, la que ostentaba la pesada alianza.

— Tienes manos de trabajadora — dijo Isabella, pasando su pulgar sobre mi palma encallecida.

— Tendremos que tratar esto con parafina caliente todas las noches. Pero las manos no son lo peor.

Me soltó la mano y me agarró de la barbilla, clavándome las uñas en la piel. — El problema es la mentira.

No sabes mentir, Clara.

Le sostuve la mirada, aunque mi instinto gritaba que agachara la cabeza. — He mentido toda mi vida, señora.

Mentía diciendo que no tenía hambre para que mi hermana comiera. Mentía diciendo que no estaba cansada para que mi madre no llorara.

Los ojos de Isabella se entrecerraron.

— Eso no es mentira... es supervivencia. Estoy hablando de la mentira como arte.

La mentira que te cuentas a ti misma hasta creerla. — Apretó con más fuerza.

— Cuando pregunten sobre tu infancia, no te acordarás de la vecindad.

Recordarás los veranos en la Toscana, el olor a los pinos, no a aguas residuales.

Tienes que matar a Clara Mendes. Entiérrala. Si ella asoma a tus ojos siquiera por un segundo frente a las cámaras, regresarás a

la basura de donde saliste.

¿Entendido?

— Sí, señora — susurré.

Me soltó con un empujón brusco. — ¡Basta por hoy! Caterina, llévala a hacerse la manicura.

Quiero esas garras de proletaria limadas y pintadas de *nude* para la cena.

Doña Isabella salió de la sala sin mirar atrás. Caterina recogió sus libros, lanzándome una última mirada crítica.

— Estate lista en veinte minutos. ¿Y Clara? — Se detuvo en la puerta. — No llores.

El rímel es a prueba de agua, pero la hinchazón de los ojos no lo es.

Cuando la puerta se cerró, mis piernas finalmente cedieron. Caí sentada en el suelo, quitándome los malditos zapatos y masajeándome los pies adoloridos.

Solté el aire que había estado conteniendo durante horas.

— Lo hiciste bien.

Levanté la cabeza. Sofia aún estaba allí, en el rincón. Cerró la laptop y se levantó. — ¿Qué?

— pregunté, confundida.

Sofia caminaba hacia la puerta, acomodándose los auriculares.

— Yo lloré el primer día — dijo, con la voz monótona de quien comenta el clima.

— Tú aguantaste cuatro horas sin derramar ni una lágrima.

Se detuvo y me miró. Por primera vez, vi algo más que aburrimiento en sus ojos. Vi reconocimiento.

— Mi madre tiene razón con respecto a tus ojos, cuñada. Son demasiado honestos.

Pero Caterina se equivoca en cuanto a tu postura. — Sofia esbozó media sonrisa.

— No caminas como quien pide disculpas. Caminas como alguien que está cargando un peso invisible y se niega a soltarlo.

Antes de que pudiera responder, se puso los auriculares, aislando el mundo, y salió de la sala, dejándome sola con mi reflejo multiplicado en los espejos.

Miré a la "nueva" Clara en el cristal. Cansada, adolorida, pero aún de pie.

Mata a Clara Mendes, había dicho Doña Isabella. Pero Sofia había visto la verdad.

Clara Mendes era lo único que me mantenía en pie y no iba a matarla.

Simplemente iba a esconderla muy bien, detrás de una sonrisa fría y de una mentira perfecta.



Stefano Moncada

Capítulo 12

El Comedor Oficial del Palacio de Santera era un campo minado disfrazado de banquete.

El embajador D'Amico, un hombre corpulento con un bigote canoso y una risa que hacía balancear las medallas en su pecho, estaba sentado a mi derecha.

Hablaba sin parar sobre la cosecha de uvas en la Toscana y la inestabilidad del mercado de diamantes, mientras cortaba la codorniz con movimientos precisos.

Yo no escuchaba ni una palabra.

Mis ojos, entrenados para detectar amenazas en multitudes y francotiradores en los tejados, estaban fijos en la mujer sentada al otro lado de la mesa.

Clara...

Llevaba puesto el vestido de terciopelo azul marino que yo le había elegido.

Llevaba el cabello recogido en un moño complejo, trenzado con hilos de oro, exponiendo su nuca larga y pálida.

Parecía una reina bizantina, casi sagrada. Pero yo sabía la verdad.

Por debajo de la mesa, había visto cómo le temblaban las manos al sentarse.

— Y bien, *Madame* Moncada — tronó D'Amico, volviendo su atención depredadora hacia ella.

— ¿Qué le pareció la cosecha de este *Cabernet*?

Su padre siempre se jactó de la bodega de los Valente, pero he oído decir que el paladar de la nueva generación es más... aventurero.

La sala se quedó en silencio. Mi madre, sentada en el extremo opuesto, detuvo el tenedor a medio camino de la boca.

Caterina entrecerró los ojos. Era una pregunta trampa. Si Clara lo elogiaba demasiado, parecería frívola.

Si lo criticaba, ofendería el regalo que había traído el embajador y, si no sabía cómo describir el vino... bueno, la farsa comenzaría a desmoronarse.

Clara levantó la copa. El cristal tembló levemente.

— Tiene cuerpo, embajador — dijo, con una voz suave, pero firme. — Tiene notas de... tierra.

Vi a Caterina cerrar los ojos con fuerza. "Tierra" no era un término que se usara en cenas de esa magnitud.

Era rústico y pobre.

Entonces, sucedió. El camarero sirvió el siguiente plato: *Escargots à la Bourguignonne*. Caracoles.

La pesadilla de cualquier novato en etiqueta. Las pinzas de metal eran resbaladizas, y las conchas estaban calientes y

mantecosas.

Vi el momento exacto en que el pánico golpeó los ojos de Clara.

Miró el plato como si fuera una bomba de relojería. Caterina se había olvidado de enseñarle eso.

Clara tomó la pinza. Dudó. Intentó sujetar la concha. El metal resbaló. *Clang*.

La concha salió volando del plato, golpeó el borde de oro de la mesa y aterrizó con un ruido sordo en la alfombra persa, dejando un rastro de mantequilla de ajo en el mantel de lino inmaculado.

El sonido del metal golpeando la porcelana resonó como un disparo. El silencio que siguió fue absoluto y mortal.

Doña Isabella soltó un suspiro audible de desaprobación. Caterina parecía a punto de desmayarse.

Sentí que mi cuerpo se tensaba, listo para derribar mi propia copa de vino y causar una distracción, o tal vez ordenar un apagón en el edificio.

D'Amico miró el caracol en el suelo, luego a Clara, con una ceja arqueada.

El juicio estaba ahí, listo para ser dictado.

Pero Clara no me miró en busca de ayuda, ni miró al suelo.

Miró directamente al embajador y sonrió. No con la sonrisa helada que había practicado, sino con una sonrisa pequeña, casi... divertida.

— Parece que la comida en Santera está tan viva que intenta huir del plato, Excelencia — dijo, con una calma que yo no sabía de dónde había sacado.

— Le pido perdón. Mis manos aún no se han acostumbrado a la idea de que algo tan pequeño necesite una armadura tan complicada para ser apreciado.

D'Amico parpadeó, sorprendido.

— ¿Armadura?

— La concha — explicó ella, señalando el plato. — La naturaleza protege lo que es valioso.

A veces, nosotros complicamos la manera de llegar al interior, ¿no cree? Yo siempre he preferido la simplicidad.

El sabor debería valer el esfuerzo de la batalla.

Hubo un segundo de tensión. Entonces, D'Amico soltó una carcajada. Una risa genuina, estruendosa, que hizo que le temblara la barriga.

— *¡Magnifique!* — exclamó, golpeando la mesa. — "El sabor debe valer la batalla".

¡Tiene usted el alma de un poeta, querida mía! Y tiene toda la razón.

Esas pinzas fueron inventadas por alguien que odiaba la comida.

Tomó su propio caracol con los dedos, ignorando la pinza, y se lo comió.

— ¡Por la simplicidad! — brindó.

Solté el aire que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Miré a Clara.

Estaba sonrojada, pero le sostuvo la mirada al embajador. No intentó ser Elena Valente.

No intentó ser una aristócrata. Fue Clara Mendes, la chica que veía valor en el esfuerzo y que, de alguna manera, transformó un desastre diplomático en un triunfo personal.

Por primera vez en días, sentí algo diferente a irritación o lujuria al mirarla. Respeto.

La chica tenía determinación.

***

Una hora después, la puerta de la suite se cerró, aislándonos del mundo.

Clara se apoyó en la madera maciza y soltó un largo suspiro, deslizándose hasta quedar en cuclillas, abrazándose las rodillas.

La postura de reina desapareció, dando paso al agotamiento de la plebeya.

— Casi lo arruino todo — susurró, con la voz apagada por el vestido de terciopelo.

Caminé hasta el bar y me serví un vaso de agua. No, de whisky. Agua. Tenía la garganta seca.

— No — dije, volviéndome hacia ella. — No lo arruinaste. Lo encantaste.

Levantó la cabeza, sorprendida.

— Se rio de mí.

— Se rio *contigo*. Hay una diferencia, Clara.

D'Amico está acostumbrado a las mujeres de plástico que repiten frases hechas. Tú le diste algo real.

— Caminé hacia ella y le tendí el vaso. — Levántate. Los Moncada no se arrastran.

Tomó el vaso, y sus dedos rozaron los míos. Estaban helados.

Se levantó, bebiendo el agua con la sed de quien ha cruzado un desierto.

— Date la vuelta — ordené. — Voy a soltarte el collar.

Obedeció, dándome la espalda. Era una pieza pesada de zafiros y diamantes, una herencia de mi abuela.

El broche era antiguo y complicado, difícil de manipular sola.

Le aparté el cabello de la nuca. Su piel allí era pálida, suave, marcada por algunos cabellos sueltos que se habían escapado del peinado durante la cena.

Su olor se elevó: a limón y a calor. Ese maldito olor que empezaba a acechar mi habitación.

Mis dedos tocaron la piel caliente de su cuello mientras yo luchaba con el minúsculo broche. Ella se estremeció.

El movimiento fue sutil, un escalofrío que recorrió su columna, pero lo sentí. E, inevitablemente, mi cuerpo respondió.

El broche cedió. El collar pesó en mi mano, pero no me aparté. Me quedé parado detrás de ella, demasiado cerca.

Podía ver nuestros reflejos en el espejo del vestidor que estaba enfrente. Yo, alto, sombrío, con expresión indescifrable.

Ella, más pequeña, vulnerable, con los labios entreabiertos y la respiración acelerada.

— Estuviste... impresionante hoy — murmuré. Las palabras salieron más bajas de lo que pretendía, casi rozando su oreja.

Clara giró la cabeza levemente hacia un lado, sin apartarse. Nuestros rostros quedaron a centímetros de distancia.

— Solo dije la verdad — susurró ella.

El aire de la habitación cambió. Se volvió denso. Cargado. Podía escuchar cómo su respiración se volvía irregular.

Podía ver el pulso en la base del cuello de Clara dispararse. Bajé la mirada hacia su boca.

Sus labios estaban rojos, sin lápiz labial, mordidos por el nerviosismo. La atracción me golpeó como un puñetazo físico.

No era solo deseo sexual; era una curiosidad voraz. Quería saber a qué sabía esa verdad que ella llevaba consigo y si se quebraría o se derretiría si yo la tocara, sin contratos, sin público.

Me incliné hacia adelante. Inconscientemente. Ella no retrocedió. Clara se inclinó hacia atrás, en dirección a mi calor.

Su olor invadió mis pulmones, adormeciendo mi lógica. Mi mano, que sostenía el collar, soltó la joya sobre el tocador y se cernió sobre su cintura.

Iba a tocarla. Iba a darle la vuelta y...

Peón, una voz fría susurró en mi mente. Ella es un peón. Si te involucras, el tablero se voltea.

La realidad cayó sobre mí como un balde de hielo. Detuve mi movimiento. Miré hacia el espejo.

Vi al depredador a punto de comerse a la presa que debía proteger.

Di un paso atrás. Brusco y rápido. El espacio entre nosotros se abrió de nuevo, frío y seguro.

Clara se tambaleó levemente por la repentina pérdida de mi calor. Se dio la vuelta, con los ojos turbios, confusos, las pupilas dilatadas.

— ¿Stefano?

Me alisé el saco, levantando el muro que casi había dejado caer.

— Vete a dormir, Clara — mi voz salió dura, cortante. — Mañana tenemos una visita al orfanato estatal.

El coche sale a las ocho.

No esperé respuesta. Caminé hacia el baño y cerré la puerta, girando la llave con fuerza.

Apoyé las manos en el lavabo de mármol y encaré mi reflejo. Estaba jadeando. Como un niño.

Abrí la llave del agua fría y me la eché a la cara. Había sobrevivido a disparos, bombas y traiciones.

Sin embargo, por primera vez, tuve la absoluta certeza de que esa chica de ojos honestos sería la cosa que me destruiría.



Clara Mendes

Capítulo 13

El Palacio de Santera era demasiado grande para una sola persona.

En mis primeros días, caminaba por los interminables pasillos de mármol y sentía el eco de mis pasos como una acusación.

Intrusa. Intrusa. Intrusa...

Stefano pasaba el día encerrado en el Despacho Presidencial o en el búnker subterráneo.

Doña Isabella se quedaba en el Ala Este, gobernando a las criadas con mano de hierro. Caterina viajaba. ¿Y yo?... yo sobraba.

Mi agenda oficial consistía en apenas una hora al día: el "entrenamiento" con la Matriarca.

El resto del tiempo era un vasto desierto de aburrimiento lujoso.

Había intentado leer en la biblioteca, pero los libros eran demasiado valiosos como para tocarlos con las manos sin guantes.

Intenté pasear por el jardín, pero los guardias me seguían a cada paso, transformando un paseo en una marcha fúnebre.

Necesitaba hacer algo. Necesitaba ser útil. En mi vida pasada, el trabajo era la única constante.

Me picaban las manos por la familiaridad de una tarea.

Así fue como encontré la cocina trasera.

Era un lugar prohibido para la "Primera Dama". Estaba en el sótano, lejos de los ojos de los dignatarios.

Allí, el olor a ajo, cebolla y especias era fuerte y reconfortante.

Las ollas de cobre chocaban, los chefs gritaban órdenes en italiano y español, y el vapor subía en nubes blancas.

Nadie me vio entrar. Llevaba puesto un vestido sencillo de algodón y unas zapatillas silenciosas.

Me escondí detrás de una pila de cajas de vino y observé.

Había una señora mayor, Doña María, pelando papas a un ritmo lento y doloroso.

Le temblaban las manos, muy parecidas a las de mi madre.

Sin pensarlo, me quité los zapatos caros, me arremangué y me acerqué.

— Permítame ayudarle, señora — susurré.

Doña María casi dejó caer el cuchillo. Me miró, con los ojos muy abiertos.

— ¡*Madame* Moncada! Qué... usted no puede...

— Shhh. — Me llevé un dedo a los labios. — Nadie tiene por qué saberlo. Yo solo... necesito hacer algo con las manos.

Por favor.

Dudó, pero el dolor en sus articulaciones habló más fuerte. Entonces, me pasó el cuchillo y un delantal sucio.

Pasé las siguientes dos horas pelando papas. El movimiento repetitivo calmó mi mente.

El olor a tierra en mis manos me hizo sentir humana de nuevo.

Escuchar los chismes de las cocineras sobre quién engañaba a quién, sobre el humor del presidente, sobre el precio de los tomates... era mejor que cualquier ópera.

Cuando terminé, me lavé las manos en el fregadero de servicio, sintiendo una extraña satisfacción. Había contribuido.

Aunque fuera solo para el puré de la cena de los guardias.

Iba de regreso a mi habitación, subiendo por la escalera de servicio a las tres de la mañana (el sueño aún me eludía), cuando escuché un ruido.

Venía de la biblioteca. No era el sonido de páginas pasando. Sino el sonido de cristales rompiéndose.

Me detuve. El corazón se me aceleró. ¿Un ladrón? ¿Un asesino? Pero los guardias no habían hecho sonar la alarma.

Me acerqué a la puerta entreabierta. La luz de la luna entraba por las altas ventanas, iluminando el caos. Había libros esparcidos por el suelo.

Una botella de coñac de cristal yacía hecha pedazos sobre la alfombra persa, el líquido oscuro manchando la preciosa lana y, en medio de los cristales rotos, acurrucado contra la estantería de Derecho Penal, estaba Adriano.

El hermano menor de Stefano. El príncipe rebelde. Estaba sollozando. No era el llanto de borracho y ruidoso que esperaba.

Era un llanto silencioso, convulsivo, de alguien que intenta sostener los pedazos de sí mismo.

Sostenía una foto antigua en las manos. Me acerqué despacio. El olor a alcohol era fuerte, mezclado con vómito seco en

su camisa.

— ¿Adriano? — llamé en voz baja.

Levantó la cabeza con un sobresalto. Tenía los ojos rojos, hinchados, vidriosos.

Intentó enfocarme, pero se tambaleó, golpeándose la espalda contra la madera.

— ¡Sal de aquí! — gruñó. — ¿Vas a delatarme con Stefano? ¡Ve!

¡Cuéntale a papá que el fracaso de la familia rompió la botella de cien años!

Intentó levantarse para atacarme o huir, no lo sé, pero las piernas le fallaron.

Se resbaló de nuevo, cortándose la mano con un cristal roto. La sangre empezó a gotear sobre la alfombra.

Mi instinto me gritó. No vi al *playboy* arrogante que me había insultado en el desayuno.

Vi a Luiza cuando tenía crisis de fiebre y deliraba, necesitando a alguien que le tomara la mano y le dijera que todo iba a estar bien.

Vi a un niño perdido en un mundo demasiado grande y cruel.

Corrí hacia él, ignorando los cristales rotos que podían perforarme los pies descalzos.

— Oye, oye. Tranquilo. — Me arrodillé frente a él y le sujeté las muñecas antes de que se cortara más.

— No voy a contar nada.

— Mentirosa — escupió, intentando soltarse. — Son todos iguales. Robots. Stefano es un robot.

Caterina es un robot. Solo yo... yo siento toda esta mierda.

— Yo no soy un robot, Adriano. Y estás sangrando.

Me quité el pañuelo de seda que llevaba al cuello y le envolví la mano, apretando para detener la hemorragia.

Siseó de dolor, pero dejó de resistirse. Miré la foto arrugada que había dejado caer en medio de los cristales rotos.

Era una imagen antigua, tomada en las escalinatas del Palacio. Ocho niños formados de mayor a menor, todos vestidos de manera impecable, con posturas rígidas.

Adriano era el más pequeño, en la punta.

— El ejército perfecto de papá — susurró, y su enojo se desmoronó en tristeza pura.

— Parecen tan serios... — observé con suavidad.

— Nos enseñaron a ser serios — se rio, con un sonido amargo y húmedo. — Ocho hijos legítimos.

Ocho herederos criados por Isabella y Arturo para no sentir absolutamente nada. Stefano se convirtió en el Rey de Hielo.

Rocco se convirtió en el arma. Caterina, en la víbora. Y yo... — Se señaló su propio pecho manchado, y las lágrimas finalmente se desbordaron.

— Yo soy el defecto de fábrica. El hermano menor inútil.

El único de los ocho que no puede matar su propia alma para honrar este apellido.

La conmoción me recorrió. Sabía que su familia era fría, pero escuchar eso... La presión de ser un Moncada no era un privilegio;

era una picadora de carne a diario. No era de extrañar que bebiera.

Intentaba anestesiar una humanidad que su padre le había enseñado a odiar.

— Aquí nadie acepta los fracasos — continuó, con la voz quebrada y los hombros temblando.

— Y yo soy el mayor de todos. Veo la forma en que Stefano me mira. La decepción.

¡Odio eso! Odio no ser lo suficientemente fuerte.

Tiré de su cabeza hacia mi hombro. Se resistió por un segundo, rígido, pero luego se derrumbó.

Lloró sobre mi vestido barato de algodón, ensuciándolo de sangre y mocos.

Me quedé allí, acariciando su cabello sudado, haciendo los mismos movimientos circulares que hacía en la espalda de Luiza cuando tosía.

— No eres débil por sentir las cosas, Adriano — le dije, susurrándole al oído.

— Y no tienes que ser un monstruo para tener valor.

Nos quedamos así por mucho tiempo. Hasta que los sollozos se detuvieron y su respiración se volvió pesada. Se quedó dormido, exhausto.

Miré el reloj. Las cuatro de la mañana. Stefano se despertaría en una hora. Si encontraba a su hermano así... Tenía que actuar.

Con dificultad, levanté a Adriano. Era pesado, pero yo estaba acostumbrada a cargar sacos de cemento para arreglar la choza.

Pasé su brazo por encima de mi hombro y lo arrastré fuera de la biblioteca. El pasillo estaba desierto.

Logré llevarlo hasta su habitación, en el Ala Norte. Lo arrojé sobre la cama, le quité los zapatos y lo cubrí con el edredón.

Puse un vaso de agua y dos analgésicos en su mesita de noche.

Volví corriendo a la biblioteca. Recogí los cristales rotos con mis propias manos.

Froté la mancha de coñac con el dobladillo de mi vestido hasta que salió la mayor parte.

Escondí los cristales rotos en el fondo de la papelera de mi suite. Puse los libros de nuevo en la estantería.

La foto... la foto de aquellos ocho niños tristes me la guardé en el bolsillo.

Se la devolvería a Adriano cuando estuviera sobrio.

Cuando terminé, el sol estaba saliendo. Regresé a mi habitación, sucia, con cortes minúsculos en las manos y exhausta.

Sin embargo, cuando me acosté en la cama fría junto a la almohada vacía de Stefano, no me sentí sola.

Había protegido a alguien. Había sido útil. Y, por primera vez, sentí que tal vez, solo tal vez, podría sobrevivir a esta familia.

Porque sabía dónde estaban sus heridas y donde hay heridas, hay humanidad. Incluso en los monstruos.



Stefano Moncada

Capítulo 14

Odio las sorpresas. En mi línea de trabajo, las sorpresas generalmente vienen acompañadas de detonadores o fiscales.

Pero la sorpresa que me aguardaba en mi despacho personal a las siete de la mañana era de una naturaleza diferente.

Era doméstica y eso me irritó más que cualquier amenaza externa.

Me detuve en la puerta de la biblioteca. El olor me golpeó primero. No el olor habitual a cuero antiguo y papel envejecido.

Había un olor fuerte, dulzón y alcohólico en el aire. Coñac y no cualquier coñac.

El aroma complejo de frutos secos y especias era inconfundible.

Mis ojos barrieron el espacio. La botella de *Rémy Martin Louis XIII*, que pertenecía a mi abuelo y estaba valorada en más de treinta mil dólares, no estaba en su lugar de honor en el estante de cristal.

Caminé hasta el centro de la sala. La alfombra persa, una pieza del siglo XIX, tenía una mancha oscura, recién lavada, pero aún húmeda.

Había un olor a producto de limpieza intentando enmascarar el alcohol, pero fallando miserablemente.

Miré hacia la mesa lateral. Había un libro fuera de lugar y, atrapado entre las páginas, algo blanco. Tiré de ello.

Era un pañuelo de seda. Estaba manchado de sangre seca y arrugado, como si lo hubieran usado para detener una hemorragia.

Mi sangre se heló, luego hirvió. Sangre en mi biblioteca. Una botella rota y silencio.

Alguien había estado aquí, se había herido y había limpiado la escena del crimen.

Apreté el botón del intercomunicador en mi escritorio.

— Rocco. Quiero las grabaciones de las cámaras del pasillo del Ala Este entre las tres y las cinco de la mañana. ¡Ahora!

Cinco minutos después, estaba viendo el video en mi *tablet*. La imagen era granulada, pero lo suficientemente clara.

Vi a Clara arrastrando a Adriano fuera de la biblioteca. Él se caía de borracho.

Ella lo sostenía con una fuerza que yo no sabía que tenía, con su rostro pegado al de él, susurrándole algo.

Clara lo llevó a la habitación. Luego regresó, sola, y pasó una hora limpiando el suelo de rodillas.

No llamó a seguridad. No llamó a los médicos, ni a mí. Protegió a mi imprudente hermano.

Apagué la *tablet* con fuerza. ¿Lealtad o manipulación? ¿Estaba intentando ganarse la confianza de Adriano para usarlo en

mi contra?

¿O solo estaba siendo... decente? La duda era un veneno. Yo necesitaba el antídoto.

Y el antídoto era la verdad, arrancada a la fuerza si fuera necesario.

***

La encontré en la misma biblioteca, dos horas después. Estaba subida a una escalera de madera, intentando alcanzar un tomo en el estante más alto.

El vestido de algodón sencillo se le subió un poco, revelando sus delgadas pantorrillas.

Entré y cerré la puerta tras de mí. El sonido de la cerradura girando fue fuerte en el silencio de la sala.

Clara se asustó. El libro se le resbaló de la mano, pero lo atrapó en el aire, desequilibrándose.

Avancé rápido y sostuve la escalera antes de que ella cayera.

Miró hacia abajo, con los ojos muy abiertos.

— ¿Stefano?

— Baja — ordené.

Obedeció, bajando escalón por escalón hasta llegar al suelo. Quedamos frente a frente.

Clara retrocedió un paso, chocando la espalda contra la estantería de madera maciza. La acorralé.

Apoyé las manos en la estantería, una a cada lado de su cabeza, atrapándola en mi jaula de brazos.

— ¿Dónde está? — pregunté, con voz peligrosamente baja.

— ¿Q-qué?

— La botella de Louis XIII y no me mientas, Clara.

El olor a coñac todavía está impregnado en esta alfombra.

Vi cómo su garganta subía y bajaba. Clara desvió la mirada.

— Yo... yo tropecé con ella. Fue un accidente. Estaba limpiando y...

— Mentira. — Acerqué mi rostro al suyo. — Apenas tocas los objetos de esta casa por miedo a romperlos.

Tú no bebes y ciertamente no sangras coñac...

Saqué el pañuelo manchado del bolsillo y lo levanté a la altura de sus ojos.

— ¿De quién es esta sangre, Clara?

Ella miró el pañuelo. Su máscara de calma se resquebrajó.

— Es mía — intentó, débilmente. — Me corté el dedo recogiendo los cristales.

— ¿Ah, sí? Déjame ver. Le agarré la mano. Las palmas estaban ásperas, con algunos cortes minúsculos, sí, pero nada que justificara la cantidad de sangre en el pañuelo.

— Estos cortes son superficiales. La sangre en el pañuelo es arterial. Alguien se cortó profundamente.

Le solté la mano y la sostuve por la barbilla, obligándola a mirarme a la cara.

— Fue Adriano, ¿no es así?

Apretó la mandíbula y sus ojos castaños se volvieron desafiantes.

— Si lo sabes, ¿por qué preguntas?

— Porque quiero saber por qué estás encubriendo su desastre. ¿Qué ganas con esto?

¿Te prometió dinero? ¿Favores? ¿Estás creando una alianza a mis espaldas?

La rabia explotó en sus ojos. Por primera vez, vi emerger a la Clara Mendes del cerro, la que luchaba por comida.

— Crees que todo en el mundo es una transacción, ¿no? — siseó.

— Que nadie hace nada sin esperar un pago.

— En mi mundo, sí.

— Entonces, tu mundo es triste, Stefano. — No retrocedió. — Adriano estaba borracho y sangrando.

No lo ayudé porque quisiera algo, sino porque es un niño roto que necesitaba una curita, no un juicio.

— ¿Niño roto? — Solté una risa seca. — Él es un Moncada.

Tiene todo lo que el dinero puede comprar.

— El dinero no compra un lugar en la mesa, Stefano. — Me sostuvo la mirada. — Él siente que no encaja.

Que es el único error en una familia de éxitos. Bebe para olvidar que nunca va a ser el general que es Rocco, o el presidente que eres tú.

Sus palabras me golpearon como una bofetada. No se trataba de bastardía.

Se trataba de la sofocante expectativa de perfección que mi padre, Don Arturo, nos imponía a todos.

Adriano era simplemente el único que no sabía cómo matar su propia alma para sobrevivir.

— ¿Él habló de eso? — Mi voz falló por una milésima de segundo.

— Habló de la soledad. Del peso de llevar un apellido que exige que seas un monstruo, cuando todo lo que él quiere es ser humano.

— Su voz se suavizó, pero no perdió la fuerza. — Conozco esa soledad, Stefano.

La veo en sus ojos y en los tuyos también, cuando crees que nadie te está mirando.

Me quedé paralizado. Ella me estaba diseccionando. Allí, acorralada, sin armas, sin poder, estaba arrancando mis capas con una precisión quirúrgica.

Miré su boca. Sus labios estaban entreabiertos, temblorosos por la emoción.

La rabia que sentía empezó a transformarse en otra cosa. Algo más caliente... más denso.

La proximidad de nuestros cuerpos era sofocante. Podía sentir su calor a través del vestido fino, el olor a limón y jabón, mezclado con el aroma antiguo de los libros.

Mi mente me gritó que me alejara. Ella es un problema. La chica sabe demasiado.

Pero mi cuerpo se inclinó hacia adelante. Mis ojos cayeron sobre sus labios nuevamente.

Quería callar esa boca insolente. Quería probar su audacia.

Bajé la cabeza. Clara dejó de respirar. No se movió.

Solo se quedó allí, esperando, con los ojos fijos en los míos, dilatados de... ¿miedo? ¿Deseo? Nuestros narices se rozaron.

El aire que ella soltaba me dio en la cara, cálido y dulce.

Faltaban milímetros. Podía cerrar la distancia. Podía tomarla allí mismo, contra la estantería de libros, y olvidar quién era yo, quién era ella...

Alguien tocó a la puerta de la biblioteca.

El sonido fue como un disparo de cañón. Me aparté de un sobresalto, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Clara soltó el aire en un suspiro tembloroso, llevando sus manos al pecho, como si intentara contener el corazón que yo sabía que estaba acelerado.

Me enderecé el saco, recuperando mi máscara de frialdad en segundos, aunque mi corazón latía como un tambor de guerra en mis oídos.

— Adelante — gruñí, con voz ronca.

La puerta se abrió. Era Rocco. Me miró a mí, luego a Clara, que estaba roja y apoyada contra la estantería.

Una sonrisa cínica curvó sus labios.

— ¿Interrumpo? — preguntó, con ironía.

— No — respondí, seco. — Solo estábamos... discutiendo la reorganización del acervo.

Rocco arqueó una ceja, claramente sin creerse ni una palabra.

— El helicóptero está listo. La frontera espera.

Miré a Clara por última vez. Aún estaba jadeando, con los ojos confusos, vulnerables.

— El asunto no ha terminado — advertí, señalándola con un dedo.

— No creas que tu caridad con Adriano te da un salvoconducto para ocultarme cosas.

La próxima vez que limpies sangre en esta casa, quiero ser el primero en saberlo. ¿Entendido?

— Sí, señor — susurró.

Salí de la biblioteca sin mirar atrás, pasando junto a Rocco como un huracán.

Necesitaba salir de ese palacio e ir a la guerra.

Porque la batalla que se libraba dentro de mi pecho era mucho más peligrosa que cualquier cártel armado y yo estaba empezando a perder.



Clara Mendes

Capítulo 15

El miedo tenía un sabor. Lo descubrí aquella tarde de martes.

Tenía sabor a bilis y a té de manzanilla frío.

— Ha llegado — anunció Caterina, entrando en el Salón de Té como un vendaval de seda y perfume.

Estaba pálida. Si la inquebrantable Caterina Moncada estaba nerviosa, yo debía estar en pánico.

Me levanté del sofá de terciopelo, con las piernas temblando bajo el vestido de lino blanco.

— ¿Qué hago? — pregunté, sintiendo que la garganta se me cerraba. — ¿Y si se da cuenta?

Caterina, es su padre. Conoce el rostro de su propia hija.

— Conoce a la hija que crio para ser un trofeo, no una persona — replicó Caterina, arreglando un mechón suelto de mi

cabello con dedos impacientes.

— Elena y Salvatore Valente no se veían desde hace seis meses. Pasó el invierno en París. La gente cambia.

Te cortaste el pelo, perdiste peso, te casaste. Usa eso. Recuerda: Salvatore no busca amor en los ojos de su hija.

Busca obediencia.

Las puertas dobles se abrieron de golpe.

El aire en la sala cambió instantáneamente. Se volvió más pesado, cargado con el olor a puros caros y colonia masculina antigua.

Salvatore Valente entró.

Era un hombre enorme, con hombros anchos que estiraban la tela de su traje de rayas.

Tenía el cabello negro, peinado hacia atrás con fijador, y su rostro... era una máscara de brutalidad refinada.

Sus ojos eran oscuros, pequeños y crueles.

Se detuvo en el centro de la sala y me miró.

Mi corazón se detuvo. Podía escuchar la sangre rugiendo en mis oídos.

Salvatore se dará cuenta, sacará un arma y me disparará en la cabeza ahora mismo.

— Hija — gruñó. No fue un saludo cariñoso. Fue una intimidación.

— Papá — susurré, bajando la cabeza como Caterina me había instruido. La sumisión era el idioma que él entendía.

Salvatore caminó hacia mí. El sonido de sus pasos era pesado sobre el suelo de madera.

Se detuvo frente a mí, bloqueando la luz de la ventana, proyectando una sombra fría sobre mí.

El hombre extendió la mano. Por un segundo, pensé que iba a golpearme. Cerré los ojos instintivamente.

Pero me agarró de la barbilla, apretándome las mejillas con unos dedos que parecían pinzas de acero.

Giró mi rostro hacia la derecha, luego hacia la izquierda, examinándome como si fuera un caballo de carreras.

— Estás delgada — decretó, soltándome el rostro con desprecio. — ¿El presidente no te alimenta?

¿O volviste a usar ese polvo blanco que te prohibí?

Abrí la boca para negarlo, pero las palabras murieron. ¿Elena usaba drogas? Eso no estaba en el expediente.

— Yo... yo estoy limpia — tartamudeé.

— Limpia — se burló. — Tú nunca has estado limpia, Elena. Estás sucia desde el día en que naciste.

Igual que tu madre.

La conmoción me paralizó. Esperaba frialdad, pero eso era odio puro.

¿Cómo un padre podía mirar a su hija y ver suciedad?

Sentí una punzada de lástima por la verdadera Elena. Huir de ese hombre ya no parecía un acto de capricho, sino de supervivencia.

— Siéntate — ordenó, dejándose caer en el sillón de enfrente. — Vamos a hablar de negocios. Tu marido... se está ablandando.

— Stefano no es blando — lo defendí, sin pensar. La lealtad surgió automáticamente.

Salvatore entrecerró los ojos.

— Ah, ¿ahora defiendes al carcelero? Interesante. Antes de la boda, llorabas en mi oficina diciendo que preferías morir a acostarte con un Moncada.

¿Qué cambió? ¿Coge bien o solo te gusta el poder?

Me sonrojé violentamente. Su vulgaridad fue una bofetada en la cara.

— El matrimonio... cambia a las personas — recité la frase de Caterina.

— Tonterías. — Se inclinó hacia adelante, invadiendo mi espacio. — Escucha bien, niña ingrata.

Invertí millones en esta unión. Si Stefano no entrega la ruta del Puerto Norte para mis barcos a finales de mes, te lo voy a cobrar a ti.

¿Entendido?

— Yo no me meto en política — murmuré, mirándome las manos.

Salvatore se levantó de un salto. La taza de té sobre la mesa tembló.

— ¡Mírame cuando te hablo! — gritó.

Levanté la vista, aterrorizada.

Me agarró del brazo izquierdo, apretando lo suficientemente fuerte como para lastimarme. Tiró de mí hacia arriba, sacándome del sofá.

— Eres inútil — siseó, con el rostro a centímetros del mío, escupiendo las palabras. — Siempre lo fuiste.

Solo sirves para abrir las piernas y sonreír. Si arruinas este trato, juro por Dios que te traigo de vuelta a casa y te enseño lo que es la verdadera disciplina, como en los viejos tiempos.

El miedo se volvió hielo en mis venas. "Como en los viejos tiempos". ¿Qué le hacía a ella?

Intenté soltarme, pero su mano era un tornillo de banco.

— Me estás lastimando — gemí.

— Voy a hacer algo mucho peor que lastimarte si tú...

— Quítale la mano de encima.

La voz vino de la puerta. No fue un grito. Fue una orden baja, letal, vibrando con una autoridad absoluta.

Salvatore se congeló.

Miramos hacia la entrada.

Stefano estaba allí.

Estaba apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos del pantalón de vestir.

El hombre parecía relajado, pero sus ojos... sus ojos eran dos pozos de oscuridad violenta.

Había una energía emanando del tipo que hizo que el aire en la sala se volviera enrarecido.

No era la rabia ardiente de Salvatore. Era la furia fría de un depredador que acaba de ver a alguien meterse con su comida.

— Stefano — Salvatore soltó mi brazo, pero no retrocedió. Intentó sonreír, con una mueca nerviosa.

— Solo estábamos teniendo una conversación de padre e hija. Educando a la niña.

Stefano se apartó de la puerta y caminó hacia nosotros. Se movió lentamente, sin prisa, pero cada paso parecía disminuir el tamaño de Salvatore.

Se detuvo a mi lado. No me tocó. Simplemente se interpuso entre Valente y yo, usando su propio cuerpo como escudo.

— Su educación ahora es problema mío, Salvatore — dijo Stefano, con una voz suave como terciopelo sobre hojas de afeitar.

— Y yo tengo métodos muy diferentes a los tuyos.

— Ella es mi hija — insistió Salvatore, hinchando el pecho, intentando recuperar el dominio.

— Su sangre es Valente.

Stefano ladeó la cabeza, analizando al otro hombre con un desprecio indisimulado.

— Era tu hija. Hasta el momento en que me la vendiste a cambio de un acuerdo comercial y protección política.

— Stefano dio un paso adelante, obligando a Salvatore a retroceder. — Firmaste el contrato y recibiste el pago.

La transacción ha concluido.

Stefano bajó la voz a un susurro que hizo que los vellos de mi nuca se erizaran.

— Ahora, ella es una Moncada. Elena lleva mi apellido. Duerme en mi cama y vive en mi casa.

Miró la marca roja que los dedos de Salvatore habían dejado en mi brazo blanco.

Los ojos de Stefano se entrecerraron y vi saltar un músculo en su mandíbula.

— Y en esta casa, Salvatore, nadie toca lo que es mío. Nadie. Ni siquiera Dios, y mucho menos tú.

El silencio que siguió fue terrible.

Vi el miedo pasar por los ojos de Salvatore Valente. Él era un hombre cruel, pero Stefano... Stefano era el Estado.

Stefano era el poder que podía borrar su existencia con una firma.

— Fue un malentendido — murmuró Salvatore, acomodándose el traje, retrocediendo hacia la puerta.

— Solo quería asegurarme de que estuviera cumpliendo con sus deberes de esposa.

— Ella los cumple — respondió Stefano, sin apartar la mirada. — Mejor de lo que tú cumpliste como padre.

Ahora vete. Antes de que decida que tu presencia ofende a mi esposa.

Salvatore me miró por última vez, con rabia contenida, y salió de la sala a toda prisa, con las botas resonando contra el suelo, huyendo del monstruo mayor.

Cuando la puerta se cerró, mis piernas cedieron.

Caí en el sofá, temblando, sosteniéndome el brazo adolorido.

Stefano se giró hacia mí. La oscuridad en sus ojos todavía estaba allí, pero ahora estaba enfocada en mí.

Se agachó frente a mí, poniéndose a mi altura.

— Déjame ver.

Extendí el brazo. Tocó la piel enrojecida con una delicadeza que no sabía que poseía.

Sus dedos eran cálidos y firmes. El contraste entre la violencia de sus palabras y el cuidado de su toque me mareó.

— ¿Va a volver? — pregunté, con la voz quebrada.

— No mientras yo respire — prometió Stefano. Levantó la vista hacia mi rostro.

— Tienes miedo.

— Él es un monstruo — susurré.

— Sí. Lo es. — Stefano acercó el rostro a mi brazo y, con un gesto que me dejó sin aliento, besó la piel magullada.

Fue un beso suave, seco, pero posesivo. — Pero es un monstruo viejo y estúpido.

Y tú ahora le perteneces a un monstruo mucho peor, Clara.

Levantó la cabeza y sostuvo mi mirada.

— Me perteneces a mí, y yo protejo lo que poseo.

Sentí un escalofrío recorrer mi columna, bajando hasta mi vientre. No era miedo.

Era otra cosa. La vertiginosa sensación de estar al borde de un abismo y querer saltar.

Acababa de llamarme su propiedad. Su objeto.

Y, que Dios me perdone, escuchar eso de su boca, mientras acariciaba mi brazo lastimado, me hizo sentir más segura y más deseada de lo que me había sentido en toda mi vida.

— Gracias — murmuré, sin saber si le agradecía por la protección o por la posesión.

Stefano se puso de pie, y su máscara de frialdad volvió a su lugar, pero sus ojos se demoraron en los míos un segundo más de lo necesario.

— Ponte hielo en eso. Tenemos una cena en dos horas.

Salió, dejándome sola en la sala fría. Sin embargo, el frío ya no me molestaba.



Stefano Moncada

Capítulo 16

La muerte no avisa cuando llega. No envía un memorándum, no programa una reunión y no llama a la puerta.

Simplemente irrumpe en la realidad.

Eran las 21:42. La lluvia castigaba el cristal blindado del SUV presidencial, transformando las luces de la Vía Expresa Norte en borrones de neón anaranjados.

Yo estaba en el asiento trasero, con la tablet iluminando mi rostro con una luz azul fría, revisando la lista de nombres para el nuevo Ministerio de Defensa.

El silencio dentro del coche era hermético. Olía a cuero nuevo y a aire acondicionado filtrado. Una burbuja de seguridad impenetrable.

O eso creía yo.

— Tenemos un camión detenido en el arcén más adelante, kilómetro doce — informó Santos, el conductor y ex infante de marina, por la radio interna.

Su voz era tranquila y profesional. — Parece averiado.

Rocco, en el asiento del copiloto, enderezó la postura.

Vi cómo sus hombros se tensaban bajo el saco; su instinto era más rápido que cualquier radar.

— Santos, cambia al carril izquierdo y acelera. *Ahora*.

Antes de que Santos pudiera pisar el acelerador, el mundo se acabó.

Un destello blanco azulado iluminó la noche a nuestra derecha. No escuché la explosión de inmediato; sentí la onda expansiva.

Fue como si un gigante invisible hubiera pateado el lateral del SUV de tres toneladas.

El coche fue levantado del asfalto. La gravedad desapareció. Giramos en el aire.

El sonido llegó una milésima de segundo después: un rugido que me reventó los tímpanos e hizo que me vibraran los dientes desde la raíz.

Metal desgarrando metal. Cristales estallando. El SUV aterrizó de lado, raspando el concreto del muro central en una lluvia de chispas que parecían fuegos artificiales en el infierno.

Fui arrojado contra la puerta blindada. El cinturón de seguridad se bloqueó, cortándome el pecho, pero mi cabeza golpeó violentamente contra el pilar B. El sabor a cobre llenó mi boca al instante.

— ¡Emboscada! ¡Santos! — La voz de Rocco parecía provenir del interior de un túnel submarino.

El coche dejó de deslizarse. Quedamos inclinados, atrapados entre el muro y la pista. Miré hacia el frente.

El parabrisas era una telaraña blanca. Santos no respondió.

Había un agujero irregular donde debería haber estado su cuello.

La sangre cubría el tablero, brillando negra bajo la luz de los faros rotos.

— ¡Sal! — gritó Rocco, soltándose el cinturón y arrastrándose hacia el asiento trasero, sacando una ametralladora MP5 de debajo del asiento.

— ¡Van a venir a rematarnos!

Otro impacto sacudió el coche. Balas de grueso calibre martillaron la carrocería.

El cristal de mi ventana, ya comprometido por la explosión, comenzó a ceder.

— ¡La puerta está atascada! — grité, pateando el metal retorcido con el pie.

Mi hombro izquierdo ardía como si lo hubiera tocado un hierro al rojo vivo.

— ¡Cúbrete la cabeza!

Rocco se giró y disparó contra el cristal trasero, haciendo añicos lo que quedaba del blindaje. Pateó los cristales rotos.

— ¡Vamos!

Me arrastré hacia afuera, cayendo sobre el asfalto mojado y frío. La lluvia empapó mi ropa en segundos, mezclándose con la sangre que me escurría por la frente.

El escenario era de guerra. Dos sedanes negros bloqueaban la pista treinta metros más adelante.

Hombres con fusiles de asalto avanzaban, usando los coches como escudos. Eran profesionales. *Los Bravos*. Se movían en formación táctica.

— ¡Detrás de la rueda! — Rocco tiró de mí por el cuello de la camisa, arrojándome detrás del eje del SUV volcado.

Se levantó por un segundo, disparó una ráfaga corta y precisa, y se agachó de nuevo cuando las balas picaron el concreto alrededor de nuestras cabezas.

Uno de los atacantes cayó.

Intenté sacar mi pistola de la funda, pero mi brazo izquierdo no respondió. Miré hacia abajo.

Un pedazo de metal retorcido, metralla de la puerta del coche, estaba clavado en mi deltoides, atravesando el músculo y el costoso traje.

La sangre pulsaba alrededor del objeto, oscura y rápida. Arterial.

— Mierda — gruñí, el dolor finalmente rompiendo la barrera de la adrenalina.

— ¡Aguanta! — gritó Rocco, cambiando el cargador del arma a una velocidad alucinante.

— ¡Los refuerzos están a dos minutos!

— ¡No tenemos dos minutos! ¡Nos están flanqueando!

Vi sombras moviéndose por el muro a nuestra izquierda. Querían rodearnos.

Acorralarnos contra el concreto y fusilarnos como a perros. Rocco también lo vio.

Su rostro, iluminado por los destellos de los disparos, era una máscara de furia controlada.

— ¡Sostén esto! — Lanzó su pistola a mi regazo.

— ¡Dispárale a cualquier cosa que no sea yo!

Rocco salió de su cobertura. Fue un acto de locura o de genialidad.

Corrió hacia el coche de los atacantes, disparando mientras se movía, gritando para atraer el fuego hacia sí mismo.

Los hombres de *Los Bravos* se giraron hacia él.

Levanté la pistola con la mano derecha temblorosa. Un hombre saltó el muro, a cinco metros de mí.

Levantó el fusil. No lo pensé. No dudé. Apreté el gatillo. Dos veces.

El hombre cayó hacia atrás, y su pecho explotó en rojo.

— ¡El coche! — gritó Rocco. Había eliminado al conductor de uno de los sedanes enemigos y estaba abriendo la puerta del conductor, empujando el cuerpo hacia afuera.

Corrí. Fue la carrera más larga de mi vida. Treinta metros de asfalto expuesto.

Sentí el viento de una bala pasar junto a mi oreja.

Otra impactó en el suelo cerca de mi pie, arrojando esquirlas de asfalto contra mi espinilla.

Me arrojé al asiento del pasajero del sedán robado. Rocco pisó el acelerador a fondo antes incluso de que yo cerrara la puerta.

Los neumáticos chirriaron, quemando caucho. El coche dio un giro brusco y salió disparado en sentido contrario, huyendo del infierno.

— ¿Te dieron? — gritó Rocco, con los ojos fijos en la carretera y los nudillos blancos en el volante.

— En el hombro — jadeé, presionando la mano derecha sobre la herida.

La sangre me escurría entre los dedos, caliente y viscosa. — Metralla. Está profunda.

— ¿Hospital Central?

— ¡No! — Mi visión se estaba volviendo borrosa en los bordes. El *shock* estaba llegando.

— Si ingreso al hospital con un disparo... la bolsa cae, el gobierno se tambalea.

Nadie puede saber que fui herido.

— ¡Te vas a desangrar hasta morir en el asiento de este coche, Stefano!

— Palacio. — Mi voz se estaba apagando. — Estacionamiento subterráneo. Ascensor privado. Llama a Francesca.

Me desmayé.

Recuerdo destellos. Luces de túnel. El olor a diésel. El sonido de una sirena distante.

A Rocco maldiciéndome para mantenerme despierto.

***

— Llegamos. ¡Despierta, carajo!

El coche se detuvo bruscamente. Abrí los ojos. Estábamos en el estacionamiento privado, bajo el Palacio. El silencio allí era sepulcral.

Rocco me arrastró hacia afuera. Mis piernas estaban hechas de gelatina.

Me apoyé en él, dejando un rastro de gotas rojas en el suelo de epoxi gris.

Entramos en el ascensor de servicio. El zumbido del motor subiendo los pisos parecía un taladro en mi cerebro.

La puerta se abrió en la antesala de mi suite.

Rocco me llevó hasta el sillón de cuero cerca de la ventana y me soltó. Caí pesadamente.

El mundo dio vueltas y se detuvo de repente. Miré mi pecho. Mi camisa blanca estaba negra de sangre.

La metralla de metal brillaba, obscena, clavada en mi carne.

La puerta del baño se abrió. Salió Clara. Llevaba un pijama de seda sencillo, el pelo suelto y sostenía un libro.

La viva imagen de la paz doméstica. Se detuvo. El libro se le cayó de la mano, golpeando la alfombra con un ruido sordo.

Rocco se giró, empuñando el arma por reflejo, pero la bajó al ver de quién se trataba.

Estaba cubierto de hollín y sangre ajena.

— No grites — advirtió, con voz ronca y peligrosa. — La situación está controlada.

Esperé el grito y el llanto histérico. Elena se habría desmayado. Mi madre habría llamado a los abogados.

Clara no hizo nada de eso.

Sus ojos barrieron la habitación. Vieron el arma de Rocco, la sangre en el suelo y el metal en mi hombro.

Palideció. Se volvió transparente. Pero no retrocedió, respiró hondo, tragándose el terror, y soltó el aire con determinación.

— Cierra la puerta con llave, Rocco — dijo. Su voz era firme, una orden, no una petición.

— Y trae el botiquín de trauma que está al fondo del armario del baño. El naranja.

Caminó hacia mí. Rápida y eficiente. Se arrodilló entre mis piernas, ignorando la sangre que manchaba la alfombra persa de cien mil dólares.

— Mírame — me ordenó.

Levanté mi pesada cabeza. Mi visión era de túnel, enfocada solo en su rostro.

— Clara... sal... de aquí...

— Cállate la boca, Stefano — dijo, sin enfado, con total concentración.

— Estás entrando en *shock* hipovolémico.

Me tocó la cara con sus manos; estaban heladas y temblorosas, pero lo suficientemente firmes para mantenerme allí.

Clara me dio unas palmaditas suaves en la mejilla, el pánico luchando con la determinación en sus ojos.

Luego, su mirada descendió hacia mi hombro destrozado.

— No toques — gruñí, apretando los dientes cuando rozó la camisa cerca del metal.

— No lo voy a sacar. Si lo saco, te desangrarás hasta morir.

— Miró a Rocco, que regresaba corriendo con el botiquín naranja.

Su voz salió vacilante, temerosa al dirigirse a él: — La ayuda... quienquiera que sea...

— Francesca está a diez minutos — respondió Rocco, arrojando el botiquín abierto junto a ella.

Miraba a Clara con desconfianza, con la mano aún cerca de la funda del arma, evaluando si era un riesgo o un recurso.

— ¿Diez minutos? — Ella miró el charco de sangre que se estaba formando bajo el sillón y negó con la cabeza, murmurando para sí misma.

— No tiene diez minutos. Se está poniendo gris.

Tomó unas tijeras del botiquín. Sus manos dudaron por un segundo sobre mi costoso traje, como si esperara una reprimenda.

— Yo... tengo que cortarte la ropa — me avisó, con los ojos suplicando permiso. — No te muevas.

El sonido de la tela desgarrándose fue fuerte. Me expuso el pecho y el hombro. La herida era fea.

Carne desgarrada, metal retorcido, sangre pulsando a un ritmo aterrador. Tragó saliva, pero no apartó la mirada.

Su expresión cambió. El miedo dio paso a una concentración fría, de esas que solo aparecen cuando no hay alternativa.

Tomó un frasco de suero.

— Esto te va a arder. Te va a arder mucho.

Clara vertió el suero sobre la herida abierta. Gemí, con un sonido gutural que no pude contener.

Mi mano agarró el brazo del sillón con la fuerza suficiente para rasgar el cuero.

El dolor fue blanco, cegador y absoluto.

Mi joven esposa no se detuvo, aunque vi lágrimas en las esquinas de sus ojos. Tomó paquetes de gasa.

Miró a Rocco, sin atreverse a dar una orden directa, pero con urgencia en la voz. — Sosténlo. Por favor.

Necesito aplicar presión alrededor del metal y él va a intentar soltarse.

Rocco dudó una milésima de segundo, luego obedeció, sujetándome el hombro bueno y sujetándome contra el respaldo.

Clara hundió los dedos en la herida, embutiendo la gasa alrededor de la metralla para crear un dique contra la sangre.

Grité. Pero ella no se detuvo. Siguió presionando, murmurando "perdón, perdón, perdón" en voz baja, hasta que el flujo disminuyó.

— ¿Dónde diablos aprendiste a hacer eso? — preguntó Rocco, jadeando, mirando el vendaje improvisado, pero eficaz.

Clara sujetó el vendaje con cinta adhesiva, con las manos ahora sucias con mi sangre. No miró a Rocco.

— Donde yo vivía, la ambulancia no subía al cerro después de las seis de la tarde por los tiroteos — respondió, con voz baja, casi avergonzada.

— O aprendíamos a remendar a los vecinos para que llegaran vivos a la avenida. O limpiábamos el suelo después.

Rocco se quedó en silencio.

Terminó, tomó una toalla húmeda y comenzó a limpiarme la sangre seca del rostro.

Su toque cambió al instante. Dejó de ser una intervención desesperada y se volvió... humano. Suave.

Yo estaba mareado, flotando al borde de la inconsciencia, pero mi mente se ancló a ella.

En el hecho de que la chica que había comprado había hundido sus manos en mi carne para mantenerme vivo.

En su rostro, tan cerca del mío. No había repulsión ni miedo hacia el monstruo, solo cuidado.

— No te desmayaste — susurré, con voz arrastrada, que salió como un secreto.

Dejó de limpiarme la frente por un segundo y me miró a los ojos.

El castaño de sus ojos era el color más cálido del mundo en esa habitación fría.

— La sangre no me asusta, Stefano. La sangre es solo vida saliendo por el lugar equivocado. — Hizo una pausa.

— Lo que me asusta es el silencio de cuando deja de salir.

Tomó mi mano derecha, que estaba helada y temblorosa, y la sostuvo entre las suyas, frotándola para generar calor.

— Quédate despierto. Mírame. Ni te atrevas a cerrar los ojos y dejarme sola con tu hermano armado.

Le apreté la mano. Débil, pero la apreté. Me habían disparado y había matado hombres. Había visto la muerte de cerca.

Pero allí, sentado en el sillón destruido, sintiendo su pulso contra mi palma, sentí una paz extraña y aterradora.

Me había pasado la vida creyendo que necesitaba a una reina guerrera a mi lado para gobernar el infierno.

Estaba equivocado; necesitaba a alguien que supiera restañar la herida cuando el infierno subiera a la tierra.

La puerta de la suite se abrió de golpe. Entró Francesca corriendo, seguida por dos enfermeros de confianza.

Clara se apartó de inmediato para darles espacio, retrocediendo hacia las sombras como si no perteneciera a esa luz.

Pero antes de que me soltara la mano por completo, tiré de ella hacia mí por un segundo. Un tirón débil, desesperado.

Ella me miró. — Quédate — murmuré.

Dudó y luego asintió levemente. — Estoy aquí.

Francesca empezó a gritar órdenes, inyectándome morfina en el brazo. La oscuridad empezó a llevarme, dulce y pesada.

Pero lo último que vi antes de desmayarme no fue el techo del palacio, ni el rostro preocupado de mi hermano.

Fue Clara Mendes, parada en la esquina de la habitación, con el pijama manchado de rojo, montando guardia sobre mi cuerpo roto.



Clara Mendes

Capítulo 17

La habitación estaba sumida en la penumbra. Francesca se había ido hacía una hora, llevándose consigo el caos médico, las agujas y el olor acre a adrenalina.

Rocco estaba de guardia en el pasillo, como un centinela silencioso.

Solo quedábamos nosotros dos y el silencio.

Stefano estaba sentado al borde de la cama, con el torso desnudo y vendado.

El vendaje blanco en su hombro izquierdo contrastaba violentamente con su piel bronceada.

Estaba atontado por los analgésicos, pero sus ojos oscuros seguían cada movimiento mío con una intensidad febril.

Me acerqué con una palangana de agua tibia y una toalla limpia.

— Todavía tienes sangre seca en el cuello — susurré, con voz ronca. — Y en la espalda.

Necesito limpiarte antes de que te duermas.

Él no respondió. Solo asintió, con un movimiento mínimo, y relajó los hombros, permitiéndome invadir su espacio.

Mojé la toalla. Escurrí el exceso de agua. El sonido de las gotas cayendo en la palangana fue el único ruido en la habitación.

Toqué el trapo tibio sobre su piel, justo debajo de la línea de la mandíbula. Stefano se estremeció.

Mis dedos, protegidos apenas por la fina toalla, sintieron la tensión en sus músculos. Estaba duro como una piedra.

Cada centímetro suyo irradiaba calor y un peligro contenido.

Deslicé la toalla despacio, limpiando el rastro rojo que había escurrido desde su sien hasta la clavícula. Era un acto íntimo.

Demasiado íntimo... Estaba tocando al presidente. Al hombre que me había obligado a casarme.

Pero allí, sin el traje de tres mil dólares, sin el arma, sin la arrogancia... era solo un sujeto que había sangrado.

— Tienes manos ligeras — murmuró. Su voz era grave, arrastrada, y vibraba contra mi pecho, ya que yo estaba parada entre sus rodillas separadas.

— Mi madre decía que las manos pesadas abren las heridas y que las ligeras las cierran — respondí, concentrada en limpiar una mancha oscura en su pectoral.

Mientras limpiaba, mis ojos trazaron el camino de sus músculos. Tenía una fina línea blanca cruzándole las costillas.

Una marca circular de quemadura en el bíceps derecho. Y otra, larga e irregular, en la espalda, que vi cuando me incliné para limpiarle la nuca.

— ¿Qué fue eso? — pregunté sin pensar, trazando la cicatriz de las costillas con la punta del dedo, olvidándome de la toalla.

Stefano miró hacia abajo, observando mi dedo sobre su piel.

— Un cuchillo. Tenía dieciocho años. Una pelea de bar en un puerto que no debíamos estar visitando.

— ¿Y esta? — le toqué la quemadura en el brazo.

— Un puro. Una lección de mi padre sobre "no interrumpir a los mayores". Tenía doce años.

Me detuve. El aire se me quedó atrapado en la garganta. Doce años... Su propio padre. Miré su rostro.

Por primera vez, vi el cansancio profundo, antiguo, que escondía detrás de su máscara de poder.

— Eres un mapa de dolor, Stefano — susurré.

Levantó la cabeza. Nuestras miradas se entrelazaron. El ambiente en la habitación cambió. Se volvió denso... eléctrico.

La palangana con agua quedó olvidada. La toalla se me cayó de la mano, aterrizando en el suelo con un ruido sordo.

— El dolor enseña, Clara — dijo, y levantó su mano buena.

Sus dedos rozaron mi cadera, empujándome un paso más cerca.

— Te enseña dónde no debes tocar y qué debes proteger.

Mis piernas chocaron con sus muslos. El calor de su cuerpo atravesó la fina tela de mi pijama, quemándome la piel.

Mi corazón se disparó, latiendo contra mis costillas como un pájaro enjaulado.

Debería retroceder, desearle buenas noches y correr hacia el sofá. Pero no pude.

Estaba hipnotizada por la oscuridad de sus ojos. Una oscuridad que parecía querer tragarme entera.

— ¿Y qué proteges tú? — pregunté en un hilo de voz.

Su mano subió de mi cadera a mi cintura, apretando la tela de seda, ascendiendo despacio hasta mi nuca.

Hundió los dedos en mi cabello, sosteniendo mi cabeza, inclinándola hacia atrás.

— ¿Hoy? — susurró, observando mi boca. — Hoy te protejo a ti.

Su respiración chocó contra mis labios. Olía a whisky, a menta y a sangre.

Era el olor más embriagador que jamás había sentido. Mi cuerpo reaccionó instintivamente. Mis senos se volvieron pesados, mi vientre se contrajo.

Me incliné hacia adelante. Él también se inclinó.

Faltaban milímetros. Podía ver sus pestañas y la dilatación de sus pupilas, negras, voraces. Quería besarme.

Vi el hambre, la necesidad cruda, despojada de cualquier política y, que Dios me ayudara, quería que me besara.

Anhelaba sentir la aspereza de su barba, la fuerza de esa boca que daba órdenes de muerte.

Cerré los ojos, entreabriendo los labios, esperando el impacto. Sentí el roce de su nariz contra la mía y cómo su mano apretaba mi nuca con fuerza, de manera posesiva.

Entonces... se detuvo.

Nos quedamos congelados en ese casi... al borde del abismo. Su respiración era irregular, pesada. La mía estaba suspendida.

De repente, su mano me soltó. Bruscamente. Stefano se apartó, girando el rostro hacia un lado, rompiendo el hechizo con la violencia de un cristal hecho añicos.

Abrí los ojos, mareada y confundida. Él estaba mirando a la pared, con la mandíbula apretada y el pecho subiendo y bajando rápidamente.

— Vete a dormir, Clara — dijo con un gruñido bajo y áspero. No por enfado, sino por un control forzado.

— Stefano... — Intenté tocarle el hombro.

— ¡No! — Se levantó de un salto, tambaleándose levemente por el mareo, pero apartándose de mí como si fuera contagiosa.

— Vete al sofá. Ahora.

— ¿Por qué? — pregunté, con la frustración y la vergüenza quemándome las mejillas.

— Lo deseabas. Sentí que lo deseabas.

Se giró para mirarme. Sus ojos estaban salvajes.

— Es exactamente por eso que debes irte.

Se pasó la mano por el cabello, frustrado.

— No sabes quién soy, Clara. Ves al hombre herido y crees que puedes curarlo.

Pero yo no soy el paciente. Soy la enfermedad.

— Dio un paso en mi dirección, de forma amenazadora, pero se detuvo.

— Si te beso ahora... con tu olor en mi piel y mi sangre en tus manos... no voy a parar en un beso.

Te voy a destruir. Y tú eres demasiado valiosa para que te rompa por un momento de debilidad.

Señaló hacia el sofá.

— Acuéstate y ponte de cara a la pared. Si escucho tu respiración, saldré de esta habitación.

Me tragué el llanto que me subió por la garganta. No de tristeza, sino de deseo frustrado y de rabia. Stefano tenía razón.

Era peligroso. Pero, por primera vez, el peligro no me asustaba; me atraía.

Asentí, recogiendo mi dignidad y la toalla del suelo.

— Buenas noches, Stefano.

Caminé hacia el sofá y me acosté, subiéndome la manta hasta la barbilla. Me di la vuelta, dándole la espalda.

Pero no me dormí. Me quedé escuchando su respiración al otro lado de la habitación.

Sabiendo que él también estaba despierto y que, esa noche, la herida más grande no era el disparo en su hombro.

Era la distancia insoportable entre nosotros dos.



Stefano Moncada

Capítulo 18

El dolor en mi hombro izquierdo era un latido rítmico, sordo y constante, sincronizado con las pulsaciones de mi corazón.

Tres días después del atentado, la metralla de metal que Clara había ayudado a contener aún acechaba mi carne, cosida con hilos quirúrgicos y escondida bajo el blindaje de un saco de sastrería italiana.

La narrativa oficial, difundida por Caterina a los periódicos matutinos, era que el presidente estaba "trabajando en aislamiento debido a un leve agotamiento".

La realidad, sin embargo, exigía que yo estuviera presente en el Baile de Invierno de la Fundación Nacional esa noche.

La Fundación era la columna vertebral de nuestro lavado de imagen pública, el brazo "caritativo" del gobierno Moncada, y la Primera Dama era, por tradición, su patrona.

Ausentarme sería lo mismo que gritarles a *Los Bravos* y a la oposición que el atentado había tenido éxito en debilitarme.

El trayecto en el asiento trasero del coche blindado hasta el Teatro Municipal se hizo en un silencio que pesaba más que el plomo de las puertas.

Clara estaba sentada a mi lado, rígida como una estatua de mármol a punto de agrietarse.

Caterina y Doña Isabella habían hecho un trabajo aterrador en ella.

La chica del Cerro de la Esperanza, con las manos encallecidas y olor a jabón barato, había sido enterrada bajo capas de lujo obsceno.

El vestido era una obra maestra de seda esmeralda que moldeaba sus curvas de forma casi predatória, cayendo en una abertura peligrosa en la pierna derecha que exigía precisión para ser usada.

El cabello oscuro, normalmente recogido de cualquier manera, caía en ondas brillantes y simétricas sobre un hombro, dejando el otro lado y el cuello largo completamente desnudos.

Lo único que adornaba aquella piel pálida era un collar de diamantes que probablemente compraría el barrio entero donde ella nació y aún sobraría cambio.

Estaba deslumbrante. Intocable. Una reina bizantina forjada bajo presión.

Pero, a pesar del barniz perfecto, yo veía las señales del terror.

Yo conocía el olor del miedo y ella lo estaba exhalando.

La forma en que apretaba el bolso dorado en su regazo, con tanta fuerza que los nudillos de sus dedos estaban blancos como el hueso.

El ritmo superficial y acelerado de su respiración, haciendo que el escote del vestido subiera y bajara erráticamente.

La forma en que sus ojos saltaban de un punto a otro, como un animal acorralado aguardando el matadero.

Clara no solo estaba nerviosa. Estaba aterrorizada. Esa noche, ella no solo sería vista;

sino diseccionada por la élite más venenosa de Santera. Cada mujer en aquel salón, cada esposa de ministro y heredera de banco, estaría buscando una grieta, un fallo en la costura, para rasgar a la "nueva" Elena Valente por la mitad y Clara lo sabía.

— Relaja las manos — murmuré, mirando hacia el frente, mi voz grave cortando la tensión del coche.

— Si rompes el cierre de ese bolso, los fotógrafos se darán cuenta de que estás en pánico incluso antes de que pisemos la alfombra.

Clara parpadeó, arrancada de su propia pesadilla, y miró sus propias manos, aflojando el agarre lentamente.

— Es fácil para ti decirlo — susurró, con la voz fina y temblorosa, cargada de una vulnerabilidad que me irritó y me fascinó al mismo tiempo.

— Tú naciste en esta pecera de tiburones. Yo voy a entrar ahí y todos lo van a saber.

Van a mirarme y verán el fraude, verán a la chica que limpiaba el suelo y contaba monedas para el autobús.

Giré el rostro hacia ella. El pánico en sus ojos castaños era palpable, húmedo, casi rompiendo la barrera del maquillaje a prueba de agua que Caterina había exigido.

Senti una punzada en el pecho que no tenía absolutamente nada que ver con la herida de bala.

Era un instinto irracional, bruto y animal de protección. Yo la había puesto en esa posición.

Su cobardía era un reflejo de mi propia tiranía, pero, por algún motivo enfermizo, yo no quería que ella sintiera miedo.

Al menos, no miedo de *ellos*. Si Clara debía temer a alguien, debería ser a mí.

Extendí mi mano derecha, la única que no me causaba agonía al mover, y cubrí su mano sobre el bolso.

Sus dedos estaban congelados, como si la sangre hubiera huido hacia sus órganos vitales.

— Escúchame bien, Clara — dije, la voz cayendo a un registro peligrosamente bajo.

— Ellos no van a ver a la señora de la limpieza, porque esa ya no existe.

Ella murió en el momento en que subiste a aquel altar.

Hoy, van a ver a la mujer que el Presidente de Santera eligió y esas personas no respetan la verdad;

respetan el poder.

Apreté su mano, obligándola a mirarme.

— Si alguien te mira mal, sosténle la mirada hasta que *ellos* bajen la cabeza.

Tú eres una Moncada. Actúa como la dueña del maldito lugar. No te disculpes por existir.

Tragó saliva. Mi firmeza, bruta y sin filtro, pareció anclarla. Su respiración se estabilizó mínimamente.

Clara asintió, una sola vez, la mandíbula tensándose en una imitación frágil, pero valiente, de la arrogancia que yo exigía.

El coche disminuyó la velocidad y se detuvo. Los flashes de las cámaras explotaron afuera como disparos de artillería, iluminando el interior oscuro del SUV incluso antes de que el guardia abriera la puerta blindada.

Bajé primero. El aire frío de la noche de invierno me golpeó en la cara, mezclado con el olor a ozono y perfume caro de la multitud.

Ignoré los gritos de los reporteros y extendí mi mano buena hacia la oscuridad del coche.

Cuando Clara puso su mano en la mía y salió, el murmullo de la multitud subió una octava. Era audible.

Ella era un impacto visual devastador. El color esmeralda del vestido parecía iluminar la propia noche, y el contraste con mi figura austera en un *smoking* negro creaba una imagen de poder absoluto.

Puse mi mano en la base de su columna, justo encima del final de la cremallera del vestido, guiándola por la alfombra roja.

La tensión en el cuerpo de Clara era evidente bajo la seda, vibrando contra mis dedos, pero Clara caminó con la cabeza en alto.

El sonrisa fría e indescifrable que Caterina le había enseñado estaba perfectamente plantada en los labios pintados de carmín. *Perfecta*.

Una obra maestra forjada en la mentira.

Entramos al salón principal del teatro. El lugar apestaba a dinero viejo, corrupción institucionalizada y ambición política.

El gigantesco techo estaba adornado con auténticos frescos renacentistas, y las inmensas lámparas de araña de cristal arrojaban una luz dorada sobre la pista de baile ya abarrotada.

Los camareros circulaban con bandejas de plata que llevaban copas del champán más caro del hemisferio.

La primera hora fue una prueba táctica de resistencia. Presentaciones, saludos, sonrisas ensayadas y conversaciones vacías sobre el tipo de cambio del dólar y los viajes de verano a Europa.

Clara ejecutó su papel con una precisión casi militar. La vi saludar al Ministro de Economía en un francés aceptable y asentir a la ácida esposa del Presidente del Banco Central con la dosis exacta de condescendencia simpática que impedía cualquier intimidad indeseada.

Ella estaba sobreviviendo.

Mi hombro, sin embargo, estaba empezando a gritar. La morfina que Francesca me había dado antes de salir estaba perdiendo la guerra contra el dolor.

Necesitaba cinco minutos lejos del zumbido de esa élite parásita para no demostrar debilidad.

— Voy al bar — murmuré en su oído, lo suficientemente cerca como para sentir el perfume que ella usaba mezclarse con su olor.

— Quédate con Caterina. Ella está cerca del pilar central con el embajador suizo. No te alejes.

Me aparté, manteniendo la postura erguida, aunque cada paso era un esfuerzo consciente para no cojear o proteger mi brazo izquierdo.

Pedí un whisky solo al barman, me apoyé en el mármol oscuro y observé el salón, dejando que la visión periférica barriera el ambiente en busca de amenazas veladas.

Mis ojos, entrenados para la paranoia, buscaron inmediatamente a Clara.

No estaba con Caterina, sino aislada cerca de una de las pilastras de mármore laterales, intentando claramente fundirse con la piedra para esconderse en la periferia del evento.

Y peor: no estaba sola.

Un hombre acababa de acercarse a ella. Julian Vane.

Treinta y cinco años. Heredero del mayor conglomerado de medios de Santera, dueño de tres canales de televisión y, más importante, el carismático líder de la oposición en el Senado.

Julian era exactamente el tipo de hombre al que las revistas de chismes llamaban "el soltero de oro".

Alto, rubio, atlético, con una sonrisa predatória diseñada específicamente para desarmar a mujeres y votantes.

Él era un enemigo político declarado de mi gobierno y de mi familia.

Un buitre esperando que cayera el cadáver del Estado.

Mi agarre en el vaso de whisky de cristal se intensificó hasta que me dolieron los nudillos de los dedos.

Julian se inclinó hacia Clara. El espacio entre ellos era demasiado pequeño.

Demasiado íntimo para un evento público, especialmente considerando con quién estaba casada.

Dijo algo, mostrando sus dientes blancos y perfectos en una sonrisa encantadora.

Vi a Clara retroceder medio paso, los hombros encogiéndose imperceptiblemente. Estaba claramente incómoda, la sonrisa social vacilando como una luz parpadeando antes de apagarse.

Miró a su alrededor buscando la ruta de escape que yo había bloqueado al dejarla sola. Julian no retrocedió.

Dio un paso adelante, cerrando el espacio que ella había intentado crear nuevamente, y, en un gesto de falsa familiaridad, le tocó el brazo desnudo.

Una furia fría, ciega y absoluta detonó en mis venas.

El dolor en mi hombro desapareció, devorado por una ola de adrenalina tóxica.

No era política, ni el cálculo frío de ver a un rival abordando a la Primera Dama para acaparar titulares.

Era algo mucho más primitivo y territorial.

Él estaba tocando lo que era mío.

Dejé el vaso de whisky intacto en la barra del bar con un ruido sordo y atravesé la multitud.

La gente se apartaba de mi camino por puro instinto de preservación;

la aura de violencia que yo exhalaba debía ser casi visible, como el calor distorsionando el aire sobre el asfalto caliente.

Llegué a ellos en cinco segundos.

— Senador Vane — mi voz cortó el aire como la hoja de una guillotina, helada, pesada y letal.

Julian quitó la mano del brazo de Clara como si hubiera tocado fuego y se giró hacia mí.

La sonrisa pulida y falsa permaneció pegada en su rostro, pero los ojos revelaban la precaución de quien acaba de pisarle la cola a una cascabel.

— Presidente Moncada. Buenas noches. Solo le estaba diciendo a su deslumbrante esposa que su vestido es la cosa más hermosa de este salón.

Una verdadera obra de arte que honra el evento.

Me detuve al lado de Clara. El alivio que pasó por sus ojos cuando me vio fue instantáneo, visceral.

Inconscientemente se inclinó hacia mí, buscando la sombra del monstruo conocido para escapar del depredador sonriente.

Pasé mi brazo derecho firmemente por su cintura, tirando de ella contra mi costado con una posesividad que no me molesté en ocultar.

Su cuerpo cedió contra el mío, encajando perfectamente. Su calor atravesó mi traje oscuro, calmando al animal irracional que rugía dentro de mi cabeza, pero solo una fracción.

— Mi esposa no necesita tu evaluación sobre obras de arte, Julian — dije, en un tono civilizado, encubriendo una amenaza de muerte tan clara como el agua.

— Tiene un excelente gusto propio y, francamente, su compañía es exclusiva esta noche.

La sonrisa de Julian vaciló, los bordes cayendo. Sintió el cambio drástico en la presión atmosférica.

— Por supuesto, Stefano. Solo cordialidad política, como siempre. Incluso, escuché rumores de que no te estabas sintiendo bien esta semana.

Agotamiento, dijeron los periódicos. Espero que estés totalmente recuperado para los debates de la próxima sesión.

Apreté los dedos en la cintura de Clara, clavándolos ligeramente en el tejido de seda, enviando un mensaje silencioso tanto para ella como para él: *Ella es mía.*

Y yo no estoy sangrando.

— Estoy en excelente forma, Julian. Más fuerte y más enfocado que nunca.

No creas todo lo que publica tu propio periódico; su ficción ha sido pésima últimamente.

Si me disculpan, mi esposa y yo tenemos que saludar al embajador ruso antes de la cena.

Sin esperar ninguna respuesta, giré a Clara con facilidad y la saqué de allí, conduciéndola lejos del centro del salón.

Caminamos en silencio tenso por unos metros, hasta que estuvimos en uno de los pasillos laterales del teatro, forrado con terciopelo rojo, mal iluminado y lejos de los ojos curiosos de la turba.

Solté su cintura de repente y la acorralé contra la pared tapizada, inmovilizándola con mi brazo bueno apoyado en la madera justo por encima de la cabeza de Clara.

Su pecho subía y bajaba rápidamente, la respiración agitada llenando el espacio minúsculo entre nosotros.

El olor cítrico y fresco, que era intrínsecamente suyo, invadió mis sentidos, mezclándose de forma embriagadora con la furia y el celo irracional que aún pulsaban pesadamente en mi sangre.

— ¿Qué diablos hacías hablando con ese gusano? — gruñí, en un susurro áspero, peligroso.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos por mi explosión repentina.

— ¡Yo no estaba conversando! ¡Estaba intentando salir de ahí! Me acorraló cerca de la pilastra.

Empezó a hablar sobre la junta de la Fundación, sobre cómo las donaciones estaban cayendo, y... y a acercarse.

— ¿Y tú no sabes decir un maldito "no"? ¿No sabes retroceder y dejarlo hablando solo?

— Me incliné, reduciendo el espacio entre nosotros a casi cero.

La ira me cegaba ante el hecho de que estaba actuando como un lunático posesivo y no como el presidente calculador que yo era.

— ¿Acaso Caterina no pasó tres días enseñándote cómo destruir la dignidad de un hombre con una sola mirada de desprecio?

— ¡Lo intenté! — susurró de vuelta, la rabia finalmente reemplazando el pánico y la sumisión en sus ojos.

La Clara luchadora, la chica del cerro que no aceptaba insolencias, emergía bajo el maquillaje de la Primera Dama.

— ¡Pero yo no soy ustedes, Stefano! ¡Yo no nací sabiendo cómo humillar a las personas educadamente en un salón de baile!

¡No conozco las reglas de este juego asqueroso! ¡Tenía miedo de ofenderlo, de ser grosera con un senador y causar un maldito problema diplomático o un escándalo para ti!

¡Estaba intentando no arruinarlo todo!

La confesión cruda, lanzada en mi cara con los ojos llorosos de frustración, me golpeó como un puñetazo físico.

Ella no estaba coqueteando, ni siendo débil. Ella estaba intentando, desesperadamente, protegerme.

Intentando proteger el maldito contrato, la farsa y el juego de poder que la mantenían cautiva y que mantenían respirando a su hermana.

La rabia que sentía por Julian se evaporó, transfiriéndose instantáneamente hacia mí mismo. Por exponerla. Por obligarla a estar allí.

Por dejarla sola en un ambiente donde cada sonrisa era un cuchillo afilado.

Bajé el rostro. Mi instinto superó a la razón. Mi nariz rozó su cuello, en el hueco sensible justo debajo de la oreja.

La piel allí era caliente, suave y el pulso latía de forma errática y acelerada bajo mis labios, que estaban a milímetros de tocarla.

— Nunca debes tener miedo de causarme problemas, Clara — susurré.

Mi voz perdió el filo, transformándose en un murmullo grave, ronco y obscenamente posesivo que reverberó en el estrecho espacio entre nosotros.

— Nunca te acobardes ante basuras como Julian Vane. Nunca.

Me detuve, cerrando los ojos por un segundo interminable, embriagado por la proximidad, por su olor, sintiendo la necesidad aplastante de probar esa piel, de borrar el toque del otro hombre con mi boca.

Mi control, famoso en todo el continente por ser inquebrantable, se estaba desmoronando miserablemente en las manos y en la mirada de una chica de los suburbios.

— Si algún hombre de ese salón intenta invadir tu espacio de nuevo, si alguno de ellos intenta tocarte... lo destruyes — terminé la frase, retrocediendo apenas un centímetro para poder mirarla a los ojos.

La oscuridad posesiva en los míos se encontró con la tormenta confusa en los de ella.

— Y si no puedes, me llamas, y yo acabo con él.

Su respiración falló.

— ¿Por qué te importa? — susurró, la voz quebrándose. — Soy solo una sustituta.

— Porque eres mía — dije, la verdad saliendo antes de que yo pudiera filtrarla a través de la razón.

Clara contuvo la respiración. Sus labios se entreabrieron, temblorosos.

La palabra "mía" quedó suspendida en el aire entre nosotros, pesada, densa e innegable.

Ya no se trataba de un acuerdo financiero o de política. Era un hecho biológico que yo acababa de aceptar.

La había marcado en la mente de ellos, y ahora, en la mía. La farsa estaba empezando a sangrar hacia la realidad.

Lentamente, forzando a cada músculo de mi cuerpo a obedecer a la lógica, alejé mi brazo de la pared.

Enderecé mi chaqueta, en un movimiento brusco, enviando una nueva y brutal ola de dolor por mi hombro herido, recordándome el mundo real, las balas y las responsabilidades que nos rodeaban fuera de aquel pasillo.

— Vamos — dije, forzando la voz de vuelta al tono frío e intocable del Presidente Moncada, aunque mi sangre aún hervía y mi mente estaba atrapada en su aroma.

— Tenemos que volver ahí dentro y sonreír para las cámaras antes de que se sirva la cena.

Clara asintió, muda, y siguió apoyada en la pared por un segundo más, con los ojos brillando con algo profundo y caótico que yo no lograba descifrar por completo.

¿Deseo? ¿Alivio? ¿Miedo de en lo que yo me estaba convirtiendo para ella?

Tal vez todos ellos juntos...

El juego político en el salón seguía siendo el mismo. Pero la dinámica entre nosotros dos había cambiado para siempre esa noche y ambos sabíamos que ya no había vuelta atrás.



Clara Mendes

Capítulo 19

La resaca del Baile de Invierno no era de alcohol... era de adrenalina.

Yo estaba encerrada en la suite a la mañana siguiente, sentada en la butaca de terciopelo cerca de la ventana, observando la fina lluvia lavar los jardines impecables del Palacio de Santera.

Mi cuerpo entero aún hormigueaba con la memoria de la noche anterior. La mano de Stefano apretando mi cintura.

Su cálido aliento en mi cuello. El sonido ronco y posesivo de la palabra "mía".

Yo estaba jugando con fuego, y la peor parte era que las llamas estaban empezando a parecer el único lugar cálido de aquella casa.

Dos ligeros golpes en la puerta me sacaron de mi trance. Antes de que yo pudiera responder, el picaporte giró.

Sofia Moncada entró en la habitación.

Ella vestía un suéter negro tres tallas más grande que la suya, los inseparables auriculares colgando del cuello y una piruleta roja en la boca.

Cerró la puerta tras de sí, giró la llave en la cerradura con un clic seco y atravesó la habitación sin pedir permiso, lanzándose sobre mi cama con sus zapatillas de lona sucias sobre el edredón egipcio.

Me puse de pie, observando la invasión.

— ¿Sofia? — pregunté, arqueando una ceja. — ¿Caterina ya no tiene más lecciones de postura para que asistas hoy?

Se sacó la piruleta de la boca despacio, mirando al techo.

— Ya he visto suficiente por un día.

El silencio se cernió sobre la habitación.

Sofia giró el rostro y me observó con esa mirada demasiado analítica para alguien de quince años.

— Lo hiciste bien hoy.

Crucé los brazos.

— Tu madre no pareció pensar lo mismo.

— A mi madre nunca le parece suficiente nada — respondió con naturalidad. — Pero tú estuviste cuatro horas en esos tacones.

Ni siquiera la verdadera Elena lo habría aguantado.

La frase quedó flotando en el aire.

Ninguna de las dos comentó.

Yo simplemente caminé hacia la butaca y me senté.

Sofia giró la piruleta entre sus dedos.

— Caterina sigue obsesionada con aquel detalle del acento — continuó, casual.

— Menos mal que inventé esa historia del dialecto.

La miré.

— Fue amable de tu parte.

— No fue amabilidad.

Se encogió de hombros.

— Fue pragmatismo.

Sofia se sentó en la cama, atrayendo una de las almohadas hacia su regazo.

— Este palacio ya tiene demasiados depredadores. No necesitaba uno más.

La máscara arrogante que siempre usaba parecía ausente allí.

— Entonces… ¿por qué echar llave a la puerta?

Suspiró.

— Porque necesitaba hablar contigo sin público.

Sofia se levantó de la cama y caminó hacia la ventana, observando los jardines iluminados del palacio.

— Todos aquí viven en un teatro ridículo — dijo. — Mi madre finge que no ve.

Caterina finge que se lo cree. Stefano finge que tiene el control de todo.

Se giró hacia mí.

— Y tú finges ser otra persona.

La comisura de su boca se curvó.

— Yo respeto eso.

Fruncí el ceño levemente.

— ¿Respetas?

— Claro.

Cruzó los brazos.

— Eres la única persona en este lugar que está aquí por un motivo real.

Sofia caminó hacia mí.

— Y por eso vine a pedirte un favor.

Incliné la cabeza.

— ¿Qué tipo de favor?

Tiró nerviosamente del dobladillo de su suéter.

La postura fría de heredera desapareció por un segundo, revelando solo a una adolescente.

— Conocí a un chico.

Me quedé inmóvil.

— En un juego online — continuó ella, sonrojándose ligeramente. — Él cree que soy una chica normal llamada Sofia.

Respiró hondo.

— Y mañana quiere conocerme.

— ¿Dónde?

— En la Zona Sur. En un almacén donde habrá un campeonato de máquinas recreativas.

Enderecé la postura de inmediato.

— Sofia, eso es extremadamente peligroso.

— Lo sé.

Levantó los hombros.

— Pero nunca he hecho nada normal en mi vida.

Sus ojos ahora estaban serios.

— Manipulé los turnos de los guardias de seguridad. Creen que me iré a dormir temprano mañana.

Dio un paso hacia mí.

— El problema es que no sé vivir allá afuera.

Su voz salió más baja.

— No sé tomar el autobús. No sé caminar por la calle sin parecer un blanco ambulante.

Sofia sostuvo mis manos.

Sus dedos estaban calientes y nerviosos.

— Solo quiero cuatro horas siendo una chica normal.

La miré en silencio.

La heredera Moncada había desaparecido.

Solo quedaba una niña asfixiándose dentro de una jaula dorada.

Solté el aire despacio.

— ¿Cómo se llama el chico?

El rostro de Sofia se iluminó.

— Leo.

— Está bien — dije, devolviéndole el apretón de manos. — Vamos.

Pero vamos a seguir mis reglas de la calle. Nada de ropa de diseñador.

Si te mando correr, corres. Si te digo que no mires a alguien, no miras. ¿Entendido?

— ¡Te obedeceré ciegamente! Y si sale mal, juro que asumo toda la culpa ante Stefano — prometió ella, atrayéndome a un abrazo apretado y torpe.

Me puse tensa por un segundo, pero pronto me relajé. Le devolví el abrazo, sintiendo un calor extraño en el pecho.

Yo me acababa de convertir en cómplice de la menor de los Moncada.

Y, de repente, me di cuenta de algo poderoso: yo ya no estaba allí solo como una rehén de Stefano.

Poco a poco, me estaba convirtiendo en el refugio seguro de aquella familia.

Y eso me daba una fuerza invisible que ningún contrato podría comprar.



Stefano Moncada

Capítulo 20

Caminé por los pasillos silenciosos del Palacio de Santera con pasos pesados.

Me aflojé el nudo de la corbata de seda y desabroché el cuello de la camisa.

Mi hombro izquierdo aún latía, un recuerdo fantasma de la metralla que no me mató, pero mi mente estaba a kilómetros de distancia de las reuniones de Estado.

Estaba en ella...

Por más que mi lado racional, el Rey de Hielo que gobernaba aquel país con puño de hierro, abominara la idea, yo estaba adicto.

La imagen de Clara en nuestra cama: el cabello oscuro esparcido por las sábanas, el olor a limón y jabón, el calor de su piel contra la mía, se había convertido en la única cosa capaz de calmar al animal irracional que rugía dentro de mi pecho.

Necesitaba entrar en aquella habitación, cerrar la pesada puerta de roble y enterrar el rostro en su cuello.

Me detuve ante la puerta de la suite presidencial. Los dos guardias de la Guardia Pretoriana, posicionados como estatuas a cada lado, hicieron el saludo militar.

Asentí con la cabeza y destrabé la puerta, entrando a la habitación sumida en la penumbra.

El silencio era absoluto. No se escuchaba el resonar suave de su respiración.

— ¿Clara? — murmuré, quitándome el saco del traje y arrojándolo sobre la butaca de terciopelo.

No hubo respuesta. La luz de la luna que entraba por las grandes ventanas iluminaba el centro de la habitación.

La enorme cama, de dosel oscuro, estaba perfectamente arreglada. Las sábanas de algodón egipcio estaban estiradas, frías e intactas.

Mi corazón se saltó un latido. No fue una vacilación política; fue un choque físico y brutal.

Caminé rápidamente hacia el baño. Encendí las luces. El mármol brillaba, vacío. El armario estaba en la misma situación.

Fui hasta la parte de su ropa y pasé las manos por las perchas. Faltaban prendas.

Los vaqueros viejos con los que ella había llegado al Palacio y las zapatillas.

El Rey de Hielo se hizo añicos en milésimas de segundo. Una ola de pánico puro, venenoso y paralizante inundó mi sangre, inmediatamente reemplazada por una furia homicida.

¿Había huido? ¿El cártel había invadido el Palacio?

Volví al pasillo, abriendo la puerta de par en par con tanta fuerza que la madera golpeó contra la pared con un estruendo.

Agarré al guardia más cercano por el chaleco táctico, levantándolo del suelo.

— ¿Dónde está mi mujer? — rugí, con la voz rasgando el silencio del pasillo como una motosierra.

El guardia abrió los ojos de par en par, en pánico total.

— ¡S-Señor Presidente! La Primera Dama no ha salido de la suite. Nadie ha entrado ni salido en las últimas cinco horas.

¡El turno ha sido tranquilo!

Lancé al hombre contra la pared. Mi cerebro, entrenado para tácticas de guerra, comenzó a procesar los datos a una velocidad alucinante.

Nadie escapaba al sistema de seguridad del Palacio. Las cámaras, los sensores térmicos, las patrullas... Era imposible evaporarse.

A menos que el sistema estuviera ciego.

Solo había una persona en Santera capaz de cegar mi palacio.

Dejé a los guardias temblando en el pasillo y marché en dirección al Ala Norte.

A cada paso, mi ira se volvía más densa. Llegué a la puerta de la habitación de mi hermana menor.

El guardia de ese sector intentó interponerse en el camino, pero mi mirada lo hizo retroceder.

Digité el código maestro en el teclado digital de la puerta de Sofia. La cerradura cedió con un pitido.

La habitación estaba oscura, iluminada solo por el brillo verde y azul de varias pantallas de ordenador en el escritorio.

En la cama, había un bulto bajo el edredón que simulaba un cuerpo durmiendo.

Caminé hasta la cama y aparté las sábanas con violencia. Almohadas. Miré la pantalla principal del ordenador de Sofia.

Había una ventana minimizada con un código ejecutándose en bucle continuo.

Un bucle de las cámaras de seguridad de los pasillos de servicio y de las cocinas.

Habían salido. ¡Las dos!

Apreté los puños hasta que los nudillos de los dedos crujieron. Mi respiración era pesada, los dientes apretados con tanta fuerza que me dolía la mandíbula.

Mi falsa esposa, una chica que apenas lograba protegerse de los ataques venenosos de mi hermana mayor, había tomado a la menor de quince años, la heredera más protegida del país, y había caminado hacia la noche.

¿Hacia dónde? Solo podía ser hacia el único lugar que Clara conocía.

La Zona Sur. El epicentro de la miseria, del caos y del territorio del cártel Los Bravos.

El mismo cártel que, días antes, había intentado quemarnos vivos dentro de un coche blindado.

Saqué mi teléfono celular y marqué un número de emergencia, una línea que solo usaba cuando la diplomacia moría.

El teléfono sonó apenas una vez.

— ¿Stefano? — La voz de Rocco sonó al otro lado, alerta.

— En mi despacho. ¡Ahora! — No esperé la respuesta y colgué.

Volví a mi suite a zancadas. Ese ya no era el momento para usar un traje de Estado.

Abrí la caja fuerte oculta detrás de un cuadro en el despacho anexo.

Saqué una funda de hombro de cuero negro y mi Glock de servicio militar.

Inserté un cargador lleno, el sonido metálico resonó como una promesa de muerte, y me puse una chaqueta oscura por encima de la camisa.

Cuando llegué al Despacho Presidencial, Rocco ya estaba allí, uniformado con equipo táctico completo, sosteniendo una radio comunicadora.

Él conocía mi tono de voz; sabía que algo catastrófico había ocurrido.

— ¿Cuál es el objetivo? — preguntó, directo.

— Mi mujer y Sofia han desaparecido — declaré, en una voz fría como nitrógeno líquido, escondiendo el terror abismal que consumía mis entrañas.

El General, el perro guardián de la familia, se congeló.

— ¿Cómo es posible? El perímetro está cerrado.

— Sofia manipuló el circuito cerrado. Usaron la ruta de las cocinas. Fueron a la Zona Sur, Rocco.

Lo presiento. Clara es la única que conoce esas calles.

El rostro de Rocco perdió color. Comprendió de inmediato la gravedad de la situación.

La Primera Dama y la Princesa de Santera, sin escolta, caminando en el matadero controlado por asesinos que ofrecían millones por nuestras cabezas.

— Voy a despertar a la Guardia Pretoriana — dijo Rocco, ya encendiendo la radio.

— Voy a bloquear los accesos a la Zona Sur. Nadie entra, nadie sale.

— No — lo corté, mis ojos fijos en él con una intensidad letal.

— Si envías las patrullas policiales, el cártel se dará cuenta de que hay objetivos de alto valor en la zona.

Las cazarán antes de que lleguemos. Usaremos vehículos sin distintivos. Un equipo de extracción quirúrgica.

Rastrea los móviles, las señales de las tarjetas de crédito, cada cámara de tráfico que a Sofia se le haya olvidado borrar.

Rocco asintió.

— Yo las encuentro a las dos, hermano.

— Nosotros las encontraremos. Voy contigo.

Rocco intentó intervenir, el instinto de proteger al presidente hablaba más alto.

— Stefano, eres el Jefe de Estado. Si te atrapan allí en medio...

Tiré del cerrojo de mi arma, introduciendo una bala en la recámara. El sonido metálico finalizó la discusión.

— Yo no soy el presidente esta noche, Rocco. — Caminé hacia la puerta del despacho, el aura de oscuridad y muerte expandiéndose a mi alrededor.

— Soy un marido cuya mujer ha escapado y juro por Dios, si algún hijo de puta de ese barrio toca un solo cabello de ellas, ahogaré la Zona Sur en un mar de sangre antes de que salga el sol.



Clara Mendes

Capítulo 21

El almacén olía a electricidad estática, a sudor y a cerveza barata.

Las luces de neón rosa y azul parpadeaban al ritmo de una música electrónica pesada que hacía vibrar el suelo de cemento bajo mis botas viejas.

Apoyada en la barra de madera astillada, di un trago a mi refresco caliente y observé.

A diez metros de distancia, Sofia y Leo estaban encorvados sobre una vieja máquina recreativa.

La menor de los Moncada reía tan fuerte que el sonido casi se superponía a la música.

Ella empujaba el hombro de Leo de forma juguetona cada vez que perdía una ronda, y él la miraba como si fuera la única chica en todo el mundo.

No había política, no había guardias de seguridad armados, ni el peso de un imperio manchado de sangre.

Durante aquella última hora, Sofia había sido solo una adolescente normal.

Sentí una opresión en el pecho, una mezcla de orgullo y de una tristeza profunda.

Yo le había dado aquel momento. Pero mi intuición, la misma que me había mantenido viva en el Cerro de la Esperanza durante veintitrés años, comenzó a hormiguear en la base de mi cuello.

Fue sutil al principio. La música no paró de repente, pero el dueño del almacén, un hombre viejo con los brazos cubiertos de tatuajes desteñidos, bajó el volumen drásticamente.

Las conversaciones y las risas alrededor de las mesas de billar murieron como si el oxígeno hubiera sido succionado de la sala.

Enderecé la espalda, con mis sentidos entrando en alerta máxima.

La puerta de metal de la entrada principal fue empujada con violencia, golpeando contra la pared de ladrillos.

El sonido metálico resonó por el espacio silencioso. Entraron cinco hombres.

No necesitaba ver los tatuajes de cráneos en llamas en sus cuellos para saber quiénes eran.

El olor a pólvora y la arrogancia de quienes son dueños de las calles los delataban. Eran de Los Bravos.

El cártel que controlaba la Zona Sur. Habían venido a cobrar el "impuesto" semanal del dueño de las recreativas.

— Sofia — murmuré para mí misma, con el pánico disparándose por mis venas.

Dejé la botella en la barra y caminé rápidamente por entre las máquinas.

Mi objetivo era agarrar su mano y tirar de ella hacia la salida trasera antes de que se desatara el caos.

Pero llegué demasiado tarde.

Uno de los hombres, el más joven y más corpulento, con una cicatriz que rasgaba su ceja, se separó del grupo que intimidaba al dueño del local y comenzó a caminar por entre las máquinas de juego.

Su mirada, depredadora y letal, barría el ambiente en busca de algo para divertirse... y lo encontró.

Incluso con la ropa sucia y el cabello desordenado, Sofia tenía la piel de porcelana de quien nunca ha tomado el sol en una parada de autobús.

Tenía los dientes perfectamente alineados por miles de dólares en ortodoncia. Transpiraba riqueza, incluso cuando intentaba esconderlo.

— Mira lo que tenemos aquí... — murmuró el hombre, deteniéndose detrás de Sofia y Leo.

Su voz era ronca y cargada de malicia. — Carne fresca en nuestra zona.

Leo intentó interponerse frente a Sofia, el rostro pálido de terror. — Nosotros... nosotros no queremos problemas.

Ya nos íbamos.

El miembro del cártel se rio, un sonido seco, y empujó a Leo con tanta fuerza que el chico salió volando contra una máquina, cayendo al suelo con un golpe sordo.

Sofia gritó.

— ¡Leo!

El hombre agarró el brazo de Sofia.

— Tú no vas a ir a ningún lado, princesita. Vamos a ver qué hay en esos bolsillos.

Mi cerebro apagó el interruptor de la Primera Dama y activó el de la superviviente de la favela.

No pensé en Stefano, ni en el peligro. Pensé únicamente en que esa chica había confiado en mí, y yo prefería morir a dejar que la tocaran.

Agarré una botella de cerveza vacía que estaba encima de una mesa cercana.

Sin dudarlo, golpeé el fondo de la botella en la esquina de metal de la mesa de billar.

El vidrio se hizo añicos, dejándome con un cuello puntiagudo y afilado en la mano.

Avancé como un rayo. Me agaché por debajo del brazo del hombre y me metí entre él y Sofia.

Con la mano izquierda, empujé a Sofia violentamente detrás de mí.

Con la derecha, levanté el vidrio roto, apuntándolo directamente a la arteria en el cuello del agresor.

— ¡Suéltala! — rugí, en un tono gutural, salvaje y desgarrado, que no usaba desde hacía meses.

— ¡Da un paso más y te desgarro la garganta hasta que tus pulmones se llenen de sangre!

El hombre retrocedió, sorprendido por la agresividad repentina de una mujer que parecía frágil.

Sus ojos descendieron hacia el vidrio en mi mano, que temblaba de adrenalina.

— Tranquila, perra loca... — siseó, pero la sonrisa sádica no abandonó su rostro.

Mi grito había llamado la atención de los otros cuatro hombres en la entrada.

Soltaron al dueño del almacén y comenzaron a rodearnos.

Sacaron cuchillos de hoja larga y uno de ellos sacó un revólver viejo, apuntando en nuestra dirección.

El almacén se transformó en una tumba. Los otros jóvenes que estaban allí huyeron o se encogieron en el suelo. Estábamos rodeadas.

— Clara... — sollozó Sofia detrás de mí, agarrando mi blusa con ambas manos, temblando incontrolablemente.

— No mires, Sofia. Quédate detrás de mí — ordené, sin desviar los ojos del líder del grupo, que ahora se acercaba con el arma en alto.

Mi corazón latía tan deprisa que me dolía el pecho. Iba a morir. En aquel suelo sucio. Y la culpa sería mía.

— ¿Crees que nos asustas con un pedazo de vidrio? — El líder rio, escupiendo al suelo.

— Ustedes dos vienen con nosotros y tú vas a aprender a tener respeto por Los Bravos.

Dio un paso adelante, estirando la mano para agarrar mi cabello.

Cerré los ojos, preparándome para clavar el vidrio en su carne, lista para el impacto, lista para el disparo que le seguiría.

Pero el disparo no provino de su arma.

Una explosión ensordecedora desgarró la noche. La puerta de acero del almacén no solo fue abierta;

fue arrancada de las bisagras con una carga explosiva táctica. El metal retorcido salió volando, seguido por granadas de luz y sonido que cegaron a todos en la sala.

El estruendo me hizo caer de rodillas, tirando de Sofia debajo de mí, cubriendo su cabeza con mis brazos.

Lo que siguió no fue un tiroteo policial. Fue una coreografía de exterminio.

A través del humo blanco y del zumbido en mis oídos, vi las siluetas de hombres de negro invadir el espacio.

No hubo gritos de "¡Policía!" o "¡Manos arriba!".

Solo hubo el sonido seco, ahogado y quirúrgico de disparos con silenciadores.

El hombre que iba a agarrarme por el cabello cayó hacia atrás, con la cabeza abierta por una bala, antes incluso de poder darse cuenta de lo que lo había alcanzado.

Los otros miembros del cártel fueron abatidos en cuestión de segundos, con una precisión militar aterradora.

En medio de la nube de humo disipada por los haces de láser verde de las armas, una figura destacó.

Él no usaba un traje presidencial. Vestía una camisa táctica negra y pantalones de combate.

El arma en su mano derecha aún humeaba. Sus ojos barrieron la sala llena de cuerpos caídos y se fijaron en nosotras.

Era Stefano.

Rocco estaba justo detrás de él, con el fusil apoyado en el hombro, asegurando el perímetro.

Mi pecho subía y bajaba descontroladamente. Solté la botella de vidrio, que se partió en el suelo de cemento al caer de mis manos entumecidas.

Stefano caminó en mi dirección. Cada paso que daba exhalaba un aura de violencia tan cruda y absoluta que el aire a su alrededor parecía congelarse.

Stefano miró el cuerpo del líder del cártel, a centímetros de mis piernas, y después me miró a mí.

Él no me preguntó si estaba bien. Él no me ayudó a levantarme con gentileza.

Se detuvo frente a mí y guardó el arma en la funda.

Su rostro era una máscara de piedra, impenetrable, pero sus ojos negros ardían con el fuego del infierno.

Levanté los ojos hacia él, aún arrodillada en el suelo, conteniendo la respiración.

Yo siempre supe que me había casado con un hombre peligroso.

Había leído las noticias, había visto su frialdad en las reuniones.

Pero esa fue la primera vez que lo vi en su verdadera forma.

Él no era un político. Él no era solo un líder severo. Él era un monstruo implacable.

Un segador que acababa de pintar el suelo con la sangre de cinco hombres solo porque osaron amenazarnos.

Mientras me tendía la mano, con los nudillos manchados por el caos, la constatación más aterradora de todas me golpeó como un rayo.

Yo le tenía terror a lo que él era capaz de hacer... pero, en aquel matadero de neón, rodeada por la muerte que él había traído, nunca me sentí tan aterradoramente segura en toda mi vida.



Stefano Moncada

Capítulo 22

El silencio dentro del SUV blindado durante el trayecto de regreso al Palacio era más denso que el humo de las granadas que habíamos dejado atrás en el almacén.

Rocco conducía a alta velocidad, rasgando la noche de Santera.

En el asiento trasero, Sofia temblaba incontrolablemente, abrazada a sus propias rodillas, aún en estado de shock por el baño de sangre que acababa de presenciar y, a mi lado, estaba Clara.

Olía a sudor, a cerveza barata y a pólvora.

Sus manos, las mismas que habían sostenido una botella de vidrio rota para defender a mi hermana de una banda de asesinos, descansaban en su regazo, cerradas en puños apretados.

No lloraba. No temblaba. Solo miraba fijamente hacia la ventana oscura.

El animal dentro de mí, aquel que había ejecutado a cinco hombres a sangre fría sin pestañear, aún arañaba los barrotes de mi pecho, exigiendo más sangre por haberla amenazado.

En cuanto las pesadas puertas del Palacio se cerraron tras nosotros, arrastré a Sofia por el brazo y se la entregué a dos guardias de élite.

— Llévenla a su habitación. Cierren la puerta por fuera con llave.

Si da un solo paso en el pasillo, considérense muertos — gruñí.

Sofia intentó balbucear una disculpa, pero mi mirada la silenció.

Me giré hacia Clara. No dije una palabra. Simplemente agarré su muñeca con mi mano aún sucia de hollín y tiré de ella hacia las escaleras.

Tropezó, pero siguió mi paso furioso, sintiendo la tormenta que estaba a punto de estallar.

Pateé la puerta de nuestra suite para abrirla y la arrastré hacia el centro de la habitación, echando la llave en la cerradura con un clic que sonó como un tiro de gracia.

Solté su brazo. Se tambaleó hacia atrás, casi tropezando con la alfombra persa. Mi pecho subía y bajaba violentamente.

Miré a la mujer frente a mí. La chica de la favela que debería ser solo un peón de seda en mi tablero.

La represa de hielo que mantenía mi cordura intacta finalmente cedió.

— ¡¿Has perdido el poco juicio que tenías?! — rugí, la voz haciendo eco contra las paredes forradas con papel pintado caro.

— ¿Tienes idea de que podrías haber muerto? ¡¿De que podrían haberte desgarrado la garganta antes de que yo pudiera disparar la primera bala?!

Clara enderezó la espalda. No retrocedió un milímetro. La postura sumisa que ensayaba con Caterina desapareció, dando lugar a la luchadora indomable de las calles.

— ¡Iban a tocarla! ¡Iban a llevarse a Sofia! — gritó de vuelta, los ojos castaños ardiendo de furia.

— ¿Qué querías que hiciera? ¡¿Que me quedara mirando?! ¡Tu hermana solo quería respirar, Stefano!

¡Se está asfixiando en esa jaula de oro que ustedes llaman familia!

— ¡¿Y tu brillante solución fue llevarla al matadero de Los Bravos?!

— Avancé dos pasos, cortando la distancia entre nosotros, proyectando toda mi altura sobre ella.

— Me importa un bledo la rebeldía de Sofia.

¡Me importa el hecho de que casi vi a mi mujer ser descuartizada en medio de un maldito suelo de cemento sucio!

— ¡Yo no soy tu mujer! — rebatió, echando la cabeza hacia atrás para mirarme.

— Soy una sustituta, ¿recuerdas? ¡Soy una póliza de seguro!

¡Si yo muriera, solo tendrías que encontrar a otra desgraciada para ponerle la ropa de Elena y continuar el teatro!

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

El cinismo que me arrojaba a la cara era mi propia creación, la mentira que yo la había obligado a vivir, pero escucharlo de su boca en ese momento fue intolerable.

— ¿Eso es lo que crees? — Mi voz bajó una octava, transformándose en un murmullo bajo, sombrío y letal.

Di un paso más, obligándola a retroceder hasta que su espalda golpeó contra la pesada puerta de madera de caoba.

— ¿Crees que fusilé a cinco hombres en un almacén por una farsa?

La acorralé, apoyando ambas manos en la puerta, una a cada lado de su rostro.

Su pecho jadeaba, rozando contra mi camisa táctica de combate con cada respiración.

La adrenalina del tiroteo se mezcló de forma tóxica con la rabia y con la necesidad abrumadora de comprobar que estaba viva.

Que era real y que, quisiera ella o no, era mía.

— Stefano... — susurró, y el desafío en sus ojos vaciló, reemplazado por una percepción súbita de la línea peligrosa que acabábamos de cruzar.

Ya no veía al presidente. Veía al hombre...

No esperé a que dijera nada más. Bajé el rostro y aplasté mi boca contra la suya.

No hubo gentileza, ni pedí permiso. Fue una colisión brutal, un ataque hambriento movido por el terror absoluto de casi haberla perdido.

Mis labios tomaron los suyos de forma violenta, obligándolos a abrirse, y mi lengua invadió su boca, posesiva, barriendo y exigiendo cada centímetro de aquel espacio.

Ella soltó un sonido ahogado, una mezcla de sorpresa y protesta, pero duró apenas una fracción de segundo.

Para mi absoluta ruina, ella correspondió. Sus manos, antes cerradas defensivamente, volaron a mi pecho, luego subieron, agarrando la tela negra de mi ropa y enterrando sus finos dedos en mi cabello.

Me tiró contra sí, devolviendo el beso con un hambre desesperada que reflejaba la mía.

Su sabor era embriagador: una mezcla caótica de miedo, humo y la esencia pura que era solo Clara.

Agarré su cintura con una mano, tirando del cuerpo esbelto y suave contra la dureza del mío.

Sentí el choque físico del contacto arrancar un gemido áspero de mi propia garganta.

La fricción de su cadera contra mi excitación dolorosa me hizo perder los últimos resquicios de lucidez.

Apreté su muslo, levantando la pierna para encajarla íntimamente contra mí. Quería devorarla allí mismo.

Quería arrojarla sobre nuestra cama, arrancar esas ropas y fundirme en ella con tanta fuerza que nunca más olvidaría a quién pertenecía.

Bajé mis besos por la línea de la mandíbula, chupando la piel suave y sensible del cuello, sintiendo su pulso latir descontroladamente contra mis labios ardientes.

— Clara... — murmuré contra su piel, mi voz irreconocible, ronca y cargada de una lujuria primitiva.

Jadeó, clavando sus uñas en mi espalda. Estaba entregada.

Estaba ahí, rendida y lista para ser mía, en un momento dictado por el instinto de supervivencia y por el caos que casi nos había matado.

Fue exactamente eso lo que me hizo parar.

El clic helado de la razón estalló en mi cerebro nublado. ¿Qué estaba haciendo?

Estaba actuando como los monstruos sin escrúpulos que repudiaba.

Tomándola a raíz de un trauma, movido por la rabia y el desespero, usando su cuerpo para anestesiar mi propio terror a perder el control.

El Rey de Hielo no perdía el control. El presidente de Santera no era esclavo de sus impulsos básicos y, por encima de todo, si la tomaba ahora, probaría que ella tenía razón: que yo solo la veía como un objeto para mi propio uso y alivio.

Con un esfuerzo físico atroz, como si me estuviera arrancando mi propia piel con las manos desnudas, solté su cintura.

Me alejé un paso, retrocediendo bruscamente.

El aire frío invadió el espacio minúsculo entre nosotros. Clara siguió apoyada en la puerta, con los labios rojos e hinchados, el pecho subiendo y bajando de forma jadeante, los grandes ojos castaños dilatados por la confusión y por el deseo súbito y cruelmente interrumpido.

Mi pecho dolía por la falta inmediata de su calor. Cerré los ojos por un segundo, apretando la mandíbula hasta que dolió, luchando para domar a la bestia y volver a cerrar la jaula.

— ¿Stefano? — susurró, la voz incierta y temblorosa, los brazos cruzándose sobre su pecho en un gesto defensivo instintivo.

— ¿Por qué paraste?

Abrí los ojos. La frialdad habitual había regresado, pero la grieta en la fachada era vasta e innegable.

— Porque no te voy a tomar como un premio de consolación por haber sobrevivido a un tiroteo en los muelles, Clara — respondí, la voz grave, arrastrándose como grava quebrándose.

— No movido por el miedo y no mientras creas que eres solo una conveniencia para mí.

Di la espalda antes de que ella pudiera ver la debilidad devastadora en mi rostro.

Caminé hacia el baño y entré, cerrando la puerta tras de mí.

Abrí el agua fría de la ducha, apoyé las manos en el mármol y encaré mi reflejo pálido y manchado de pólvora en el espejo.

Yo había retrocedido. Pero sabía, con la claridad aterradora de una sentencia de muerte, que las barreras de hielo se habían desmoronado por completo.

Aquel beso no curó mi obsesión. Solo la hizo irreversible y fatal.



Clara Mendes

Capítulo 23

El sonido del agua helada en la ducha de Stefano la noche anterior había sido la banda sonora de mi insomnio.

Cuando desperté, la luz pálida de la mañana ya invadía la suite presidencial, y su lado de la cama estaba intacto.

Él no había dormido allí. El Rey de Hielo se había retirado a su fortaleza mental, huyendo de la vulnerabilidad que casi nos consumió contra aquella puerta de caoba.

Toqué mis labios. Aún estaban sensibles, hinchados por la fuerza brutal y desesperada de su boca.

El sabor a humo y menta parecía tatuado en mi piel.

Stefano Moncada me besó como si yo fuera lo único que lo mantenía vivo, solo para soltarme al segundo siguiente, como si yo estuviera quemando sus manos.

Me vestí con un conjunto de sastrería neutro elegido por Caterina y bajé al comedor.

La ausencia de Stefano era palpable. La silla en la cabecera de la mesa larga e impecable estaba vacía.

— El presidente está reunido con el Consejo de Seguridad desde las cuatro de la mañana — informó uno de los guardias, notando mis ojos buscándolo.

— Nadie tiene autorización para interrumpir. Está barriendo la Zona Sur. Nadie ha dormido en el cuartel general hoy.

Me senté, con el estómago revuelto. Él estaba destruyendo el cártel. Por mí. Por su hermana...

Hablando de ella, las pesadas puertas dobles se abrieron y la menor entró. Sofia no usaba sus inseparables auriculares.

Tenía ojeras profundas, pero cuando me vio, sus hombros se relajaron visiblemente.

Corrió hacia mí y, ignorando la etiqueta gélida que su madre tanto exigía en esa casa, me echó los brazos al cuello en un abrazo apretado y rápido.

— No se lo dijiste — susurró en mi oído, la voz entrecortada.

— Stefano me gritó en el despacho, me castigó, mandó confiscar todos mis ordenadores... pero no tiene idea de por qué fuimos allá.

No le dijiste nada sobre Leo. Protegiste mi secreto incluso después de casi morir y de que él se volviera loco contigo.

Apreté su mano por debajo de la mesa, mirando su rostro joven y exhausto.

— Tenemos un acuerdo, Sofia. Las chicas de la Zona Sur no rompen sus promesas.

Ella sonrió, con los ojos oscuros brillando con una lealtad absoluta y feroz.

A partir de ese momento, supe que la princesita rebelde de Santera marcharía a la guerra por mí si fuera necesario.

Después del desayuno, me refugié en la biblioteca. El silencio era mi único consuelo, mientras la ansiedad de no ver a Stefano me devoraba por dentro.

Estaba hojeando un libro de Historia sin leer una sola palabra cuando la puerta de roble se abrió con una sacudida.

Adriano entró. Olía a whisky caro y a noches mal dormidas. Su cabello estaba desordenado y tenía los ojos rojos.

Se quedó paralizado al verme e hizo ademán de dar media vuelta.

— Perdón. Pensé que estaba vacía — murmuró, con la voz ronca, dándose la vuelta.

— Puedes quedarte, Adriano. Hay espacio suficiente para que los dos nos escondamos del mundo aquí dentro — respondí, suavemente, cerrando el libro.

Él dudó, pero acabó dejándose caer en la butaca de cuero frente a la mía.

Miró sus propias manos, que temblaban levemente. Como uno de los ocho hijos de los Moncada, el peso de aquel apellido lo aplastaba más que a cualquier otro, porque él sentía todo lo que sus hermanos habían aprendido a ignorar.

— Me enteré de que la noche de ayer estuvo animada — comentó, con una sonrisa cínica y amarga.

— Mi hermano mayor jugando a justiciero. Dejando un rastro de cuerpos. Solo otro martes normal en familia.

— No fue un juego, Adriano. Fue una pesadilla.

Levantó los ojos hacia mí. El cinismo desapareció, dejando solo a un chico roto a la vista.

— ¿Cómo lo logras? — La pregunta salió como un desahogo desgarrador.

— ¿Cómo logras mirar a Stefano, saber los monstruos que somos, ver la sangre que ensucia nuestras manos y no salir corriendo a gritos?

Yo nací con este apellido y apenas puedo soportar mi reflejo en el espejo.

Tú fuiste arrojada aquí en medio... y, aun así, pareces ser la única persona entera en esta casa.

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. Recordé lo que su madre me había exigido en la "Cámara de Tortura".

— Porque yo ya sé lo que es estar en el fondo del pozo, Adriano.

El lujo y la sangre no me asustan tanto como el hambre y la desesperación de perder a quien amo.

Tú bebes para olvidar que estás en una jaula. Yo acepto la jaula porque es el precio para mantener a mi hermana viva.

Pero necesitas entender una cosa... — Lo miré al fondo de los ojos, con una firmeza que lo sorprendió.

— Nadie va a abrir la puerta de esa jaula por ti.

Ni el alcohol, ni Stefano, ni tu madre.

El monstruo solo te devora si te tumbas en su plato por tu propia voluntad.

Se quedó en silencio por un largo minuto. Su respiración irregular se calmó.

Por primera vez, vi la mente del rebelde trabajar con claridad. Adriano asintió, despacio, y se levantó.

— Gracias — susurró, la voz firme por primera vez en días.

El día avanzó, pesado y arrastrado. Al final de la tarde, me encontré con Caterina en los pasillos del Ala Este.

Ella usaba un vestido rojo impecable y llevaba una carpeta de documentos diplomáticos.

Cuando nos cruzamos, no me ignoró como era su costumbre. Se detuvo.

Los ojos fríos y calculadores de Caterina barrieron mi rostro, como un escáner buscando un fallo en el sistema.

— Rocco me dijo que no gritaste cuando el tipo del cártel sacó el arma — dijo, en un tono clínico y evaluador.

— Dijo que te interpusiste frente a Sofia con el cuello de una botella rota, lista para matar para defender a mi hermana.

Sostuve su mirada, alzando la barbilla. — Hice lo que tenía que hacer.

Caterina cruzó los brazos. Su expresión no mostró afecto, pero lo que vi allí era mucho más raro y valioso en el oscuro mundo de los Moncada: respeto.

— La verdadera Elena se habría desmayado y habría dejado que se llevaran a mi hermana para salvar su propio pellejo — admitió Caterina, en un murmullo casi inaudible, asegurándose de que ningún guardia escuchara.

— No tienes sangre azul, Clara. Pero tienes agallas.

Tal vez Stefano no cometió un error tan grande al casarse contigo.

Le dio la espalda y siguió caminando sobre sus tacones de aguja, dejándome sola en el pasillo con los ecos de sus palabras.

Miré mis propias manos, las palmas encallecidas que Doña Isabella tanto despreciaba.

El beso de la noche anterior lo había cambiado todo. Stefano se estaba alejando, aterrorizado por su propia vulnerabilidad, escondiéndose detrás de balas y operaciones tácticas.

Sin embargo, mientras él intentaba alzar de nuevo sus impenetrables murallas de hielo, me di cuenta de lo que estaba sucediendo a mi alrededor.

Sin querer, había invadido los cimientos de aquel imperio. Sofia me protegería. Adriano me respetaba.

Caterina toleraba mi fuerza y reconocía mi valor.

El presidente de Santera me había traído para ser un escudo de carne, un peón en un juego político.

Pero, silenciosamente, me estaba convirtiendo en el corazón palpitante de una familia que había olvidado cómo sentir.

Y cuando él finalmente se armara de valor para volver a nuestra habitación, tendría que enfrentarse no a una rehén asustada... sino a la mujer que estaba conquistando su reino, pieza por pieza.



Stefano Moncada

Capítulo 24

El salón de cristal estaba abarrotado de la escoria encorbatada de la élite diplomática.

Había música clásica, champán francés y un mar de sonrisas falsas que yo, en cualquier otra noche, toleraría con la frialdad de siempre.

Sin embargo, esta noche no. Hacía exactamente siete días, yo había empujado a Clara contra la puerta de nuestra suite y la había besado con el hambre de un hombre muriendo de sed.

Siete días desde que retrocedí, aterrorizado por la fuerza de lo que sentí, encerrándome en mi despacho y evitándola como si fuera una plaga.

Creía que la distancia reconstruiría mi cordura. Creía que el Rey de Hielo podría congelar nuevamente las murallas que ella había implosionado.

Estaba siendo un completo idiota.

Apreté el vaso de whisky con tanta fuerza que el cristal amenazó con hacerse añicos en mi mano.

Mis ojos no podían dejar de mirarla. Clara usaba un vestido de seda esmeralda que abrazaba cada curva de su cuerpo como si hubiera sido pintado en su piel.

La espalda estaba desnuda, exhibiendo la delicada línea de su columna, y el cabello oscuro caía en ondas pesadas sobre uno de sus hombros.

Estaba deslumbrante. Intocable. Una verdadera reina, sonriendo educadamente al embajador de España.

El problema no era su sonrisa. Era la forma en que el embajador la miraba. El hombre babeaba.

Se inclinaba en dirección a Clara, invadiendo el espacio personal de mi esposa, con los ojos bajando descaradamente hacia el escote del vestido.

Cuando levantó la mano y tocó la base de su columna, la piel desnuda justo por encima de la seda, mi visión se volvió roja.

El ruido de las conversaciones a mi alrededor desapareció. Golpeé el vaso de whisky con fuerza en la mesa de cóctel más cercana, ignorando el líquido ámbar que salpicó el mantel de seda blanca, y avancé.

No caminé como un Jefe de Estado, sino como un verdugo camino a la horca.

El aire a mi alrededor cayó unos diez grados, y la élite diplomática abrió paso apresuradamente, sintiendo la intención asesina que irradiaba de mí.

Me detuve detrás de Clara. Mi mano agarró el pulso del embajador con la fuerza de unos alicates, arrancando sus dedos de la piel de mi mujer.

El hombre se atragantó, con los ojos muy abiertos al encontrarse con los míos.

— Señor Presidente... — tartamudeó, con el rostro perdiendo el color.

— Embajador — mi voz sonó baja, en un gruñido letal que solo nosotros tres podíamos escuchar.

— La diplomacia me obliga a estrechar su mano, pero nada me impide romperla si vuelve a tocar a mi esposa.

Retrocedió a trompicones, murmurando una disculpa ininteligible antes de desaparecer entre la multitud.

Clara se volvió hacia mí, con los ojos castaños brillando de indignación y sorpresa.

— ¿Qué estás haciendo? — susurró, con los dientes apretados.

— Caterina pasó semanas enseñándome a lidiar con estos hombres, ¡yo tenía la situación bajo control!

— La cena se acabó. — Mi mano grande envolvió su cintura, posesiva, quemando a través de la fina tela del vestido.

— Nos vamos. Ahora.

No le di la oportunidad de protestar. La conduje por el salón a zancadas, ignorando las miradas curiosas.

Rocco, percibiendo la tormenta inminente, ya había posicionado la limusina blindada en la salida de emergencia.

En cuanto Clara entró, yo entré justo detrás de ella, cerrando la puerta con fuerza. — Sube el cristal.

Aislamiento total — ordené a Rocco por el intercomunicador. El cristal oscuro y a prueba de sonido subió suavemente, separándonos del conductor.

El asiento trasero de la limusina se sumió en una penumbra sofocante, iluminada únicamente por las luces de la ciudad pasando rápidamente por las ventanas blindadas.

Clara se giró hacia mí, la furia finalmente desbordándose.

— ¿Te has vuelto loco? — gritó, con el pecho subiendo y bajando de forma errática.

— ¡Te pasas una semana entera evitándome! Me tratas como si fuera un fantasma, duermes en otra habitación, apenas me miras a la cara... ¡¿y ahora decides dar un espectáculo de celos posesivo en medio de un evento de Estado?!

— Te evité — gruñí, avanzando en el asiento de cuero hasta acorralar su cuerpo contra la puerta —, porque si pasaba un segundo más en la misma habitación que tú, Clara, no me responsabilizaría de mis actos.

— ¡Mentira! ¡Me evitaste porque tienes miedo! ¡Porque aquel beso probó que no eres de hielo, y eso te aterra!

Su audacia fue el detonante final. La represa estalló.

— ¿Quieres saber a qué le tengo miedo? — susurré contra su boca. — A esto.

Ataqué sus labios con una ferocidad que la hizo ahogarse. No había paciencia, no había política.

El beso fue una explosión de necesidad acumulada. Mi lengua invadió su boca, exigente, probando el dulce sabor del champán mezclado con la esencia pura que era solo de ella.

Para mi perdición, Clara no me empujó. Ella correspondió con la misma hambre desesperada.

Las manos de mi esposa volaron hacia mi cabello, tirando de mí con fuerza.

La agarré por la cintura y, en un movimiento brusco, levanté su cuerpo ligero y la senté en mi regazo.

Clara jadeó cuando la intimidad de nuestros cuerpos chocó.

Sintió exactamente lo duro y desesperado que yo estaba por ella.

Mis manos bajaron por su espalda desnuda, su piel estaba febril bajo mi toque. No conseguía pensar.

Su olor, el sonido de los gemidos ahogados contra mi boca... yo estaba completamente cegado por el vicio.

Tiré del tirante del vestido esmeralda, exponiendo la piel suave de su hombro, y bajé mis besos por la línea del cuello, chupando y marcando, asegurándome de que el embajador y el mundo entero supieran a quién le pertenecía.

Mi mano se deslizó por la abertura lateral del vestido, subiendo por el muslo caliente, palpando el encaje de su lencería.

Yo iba a tomarla allí mismo. En el asiento trasero de un coche, como un animal irracional que finalmente había acorralado a su presa.

— Stefano... — jadeó, sin aliento, cuando mis dedos rozaron la tela húmeda de sus bragas.

Su cuerpo se tensó de repente. Sus manos pequeñas agarraron mis muñecas, interrumpiendo mi movimiento.

Levanté los ojos, la respiración pesada, la mente nublada por la lujuria. Clara estaba temblando.

Sus ojos castaños estaban brillantes, asustados y vulnerables de una forma que yo nunca había visto.

— Espera... — susurró, la voz fallando. — Por favor...

El tono de pánico en su voz atravesó la niebla de mi excitación como un cuchillo de hielo. Me congelé.

Mis instintos de protección sofocaron instantáneamente la lujuria.

— ¿Qué pasa? — pregunté, con la voz ronca, apartando mis manos de su cuerpo.

— ¿Te lastimé?

Ella sacudió la cabeza, negando rápidamente, con el rostro sonrojado de vergüenza.

Desvió la mirada hacia su propio regazo, tirando del tirante del vestido de vuelta a su hombro.

— No... es que... — Respiró hondo, cerrando los ojos. — Yo nunca he hecho esto.

Nunca he estado con nadie, Stefano.

El silencio en la limusina se volvió absoluto. El único sonido era el zumbido de los neumáticos en el asfalto.

La revelación cayó sobre mí como un bloque de hormigón. *Virgen...* Ella era intocada.

Mi cerebro procesó rápidamente su vida antes de mí: trabajando de sol a sol, limpiando el suelo para comprar medicinas, cuidando a Luiza, huyendo de los peligros de la favela.

Ella nunca tuvo tiempo, nunca confió en nadie lo suficiente como para entregar la única cosa que era verdaderamente suya.

Yo, en el apogeo de mi egoísmo y posesividad, estaba a punto de rasgar su vestido en el asiento trasero de un coche.

Una ola de posesividad sombría y arrolladora barrió mi pecho. Nadie la había tocado.

Nadie la había visto deshecha por el placer. Ella era mía, desde el primer momento, en todos los sentidos posibles de la palabra.

Pero el animal dio paso a algo más profundo: reverencia.

Levanté la mano, tocando su rostro con una delicadeza que no sabía que poseía.

Mi pulgar acarició su mejilla sonrojada.

— Mírame, Clara — pedí, la voz baja, firme.

Abrió los ojos lentamente. El miedo a ser rechazada brillaba allí.

— Has pasado toda la vida luchando y sobreviviendo en medio del lodo — dije, cada palabra cargada de una promesa letal.

— Tu primera vez no va a ser a escondidas en el asiento de un coche.

Yo te daré mucho más que eso.

La acomodé en el asiento a mi lado, arreglando la falda de su vestido con mis propias manos.

Presioné el botón del intercomunicador.

— Rocco. Pisa a fondo hacia el palacio. ¡Ahora!

Los siguientes veinte minutos fueron la mayor tortura física y psicológica de mi vida.

Cuando el coche se detuvo en el garaje subterráneo del Palacio, no esperé a que abrieran la puerta.

Salí, tomé a Clara de la mano y la guié por los pasillos privados.

No corría, pero mis pasos eran largos y depredadores.

Los pocos guardias que se cruzaron en nuestro camino bajaron la cabeza, sintiendo la tormenta que me acompañaba.

Entramos en nuestra suite. Cerré la puerta con llave y pasé el pestillo de seguridad de acero.

El mundo exterior acababa de dejar de existir.

Me quité la chaqueta y la tiré en la butaca. Desabroché la funda y dejé mi arma sobre la cómoda.

Me aflojé la corbata, sin quitarle los ojos de encima. Clara estaba de pie en el centro de la habitación, el pecho subiendo y bajando rápidamente.

La vulnerabilidad y el deseo luchaban dentro de ella.

Caminé hacia ella despacio. Me detuve tan cerca que podía sentir el calor de su piel.

— Quítate el vestido — murmuré.

Sus manos temblaron ligeramente al alcanzar la cremallera invisible en el costado.

El sonido del metal deslizándose pareció ensordecedor en el silencio de la habitación.

La seda esmeralda resbaló por sus hombros, cayendo en un mar verde a sus pies.

Ella solo usaba lencería de encaje negro. El contraste con la piel clara y las viejas cicatrices en sus manos la convertían en la visión más deslumbrante y real que yo había visto en mi vida.

— Stefano... — Mi nombre salió de su boca como una plegaria.

— ¿Estás segura? — pregunté, sosteniendo su cintura, rozando mi pulgar en la piel desnuda de su vientre.

— Porque si dices sí ahora, Clara, no hay vuelta atrás. Serás mi esposa de verdad. Mi mujer.

Mi alma.

Ella levantó el rostro. El miedo había desaparecido, reemplazado por la valentía feroz de la sobreviviente de la Avenida de los Olvidados.

— Soy tuya.

Un gruñido escapó de mi garganta. La tomé en brazos y caminé hasta la cama, recostándola sobre las sábanas de algodón egipcio.

Me arranqué la camisa, los zapatos y todo lo que nos separaba.

Me uní a ella en la cama, cubriendo su cuerpo con el mío.

Lo que sucedió a continuación no fue una conquista, fue una adoración.

Tracé cada curva de su cuerpo con los labios, aprendiendo de memoria los bajos gemidos que dejaba escapar.

Deshice la última prenda de ropa que llevaba con una lentitud que me causaba dolor físico, prolongando la tortura.

Cuando mis dedos la tocaron íntimamente, ella arqueó la espalda, clavando las uñas en mis hombros.

La preparé con paciencia, escuchándola jadear, susurrando mi nombre en repetidas ocasiones.

Yo quería que ella estuviera enloquecida, que su primera experiencia estuviera ahogada en placer absoluto antes de que llegara el dolor.

Me posicioné sobre ella. Clara abrió los ojos, mirándome. La confianza absoluta en su mirada fue el golpe final a mis murallas.

Entrelacé mis dedos con los suyos, sujetando sus manos en el colchón por encima de su cabeza.

— Mírame — ordené suavemente.

Cuando nuestros ojos se encontraron, avancé. Lentamente, rompiendo la barrera intacta, tomándola para mí.

Clara soltó un grito ahogado, cerrando los ojos con fuerza por el dolor repentino.

Me detuve de inmediato, los músculos de mi cuerpo temblando por el esfuerzo colosal de no moverme, dándole tiempo para acostumbrarse a mi invasión, a la posesión total e irrevocable que aquello significaba.

Besé las lágrimas que escaparon de sus ojos, besé sus labios apretados, su barbilla, su cuello.

— Clara... — murmuré, la voz cargada de una devoción que yo desconocía. — Respira... Estoy contigo.

Poco a poco, la tensión en su cuerpo cedió. El agarre de sus manos en las mías se relajó y ella abrió los ojos.

El dolor había pasado, reemplazado por un brillo cálido y denso de deseo.

Ella alzó las caderas ligeramente, buscando más de mí.

Ese fue mi fin. Comencé a moverme. Al principio, lento y contenido, pero a medida que ella gemía y acompañaba mi ritmo, el control del Rey de Hielo se evaporó.

Se transformó en una necesidad primaria de fundirme en ella, de enterrarme tan profundo que nunca más lograríamos separarnos.

La habitación se llenó con el sonido de nuestras respiraciones desgarradas y el choque de nuestros cuerpos en el silencio de la noche.

— ¡Stefano! — gritó, con el cuerpo entero tensándose cuando el clímax la alcanzó.

Se deshizo en mis brazos, temblando, apretándome alrededor de la cintura con una fuerza sorprendente.

Su cúspide jaló la mía. Con un gruñido áspero, me enterré en ella una última vez, entregándome por completo, sintiendo que el mundo explotaba en blanco, mientras mi nombre salía de los labios de la única mujer capaz de destruirme.

Me desplomé sobre su pecho, jadeante, con el corazón latiendo en un ritmo frenético. El sudor pegaba nuestros cuerpos.

Rodeé su cintura con mi brazo, atrayéndola hacia mi lado hasta que su rostro quedó escondido en la curva de mi cuello.

Estaba exhausta, con los ojos cerrados y la respiración calmándose poco a poco.

Besé la coronilla de su cabeza, tirando del edredón para cubrir nuestros cuerpos desnudos.

Yo había reivindicado a Clara Mendes y quemaría Santera entera hasta las cenizas antes de permitir que alguien me la arrebatara.



Clara Mendes

Capítulo 25

La luz de la mañana invadió la suite presidencial de Santera, pero no trajo ningún calor.

Cuando abrí los ojos, lo primero que sentí fue un dolor sordo y el latir entre mis muslos.

Lo segundo fue el peso posesivo del brazo de Stefano alrededor de mi cintura, aprisionando mi espalda desnuda contra su pecho ancho y caliente.

La respiración profunda y acompasada del Rey de Hielo rozaba mi nuca.

Él dormía profundamente, con la guardia finalmente baja tras una noche que había consumido todas nuestras defensas.

Cerré los ojos, y los recuerdos de la madrugada me golpearon como un puñetazo en el estómago.

Sus manos, la adoración y el dolor inicial que se disolvió en un placer tan abrumador que me hizo olvidar mi propio nombre.

Me había entregado a Stefano Moncada en cuerpo y alma.

No como un peón, no como una Primera Dama de mentira, sino como su mujer.

Fue exactamente esa constatación lo que hizo que el pánico explotara en mis venas.

Me zafé de su abrazo con el mayor cuidado posible.

El aire frío de la habitación golpeó contra mi piel desnuda cuando me levanté, tomando la bata de seda que estaba tirada en el suelo y amarrándola con fuerza a mi cintura.

Caminé hacia el baño con pasos silenciosos. Encendí la luz y encaré mi reflejo en el espejo de cristal.

Estaba irreconocible. Mis labios estaban hinchados, mi cabello era un nido oscuro y rebelde, y había marcas enrojecidas en la curva de mi cuello y en mis hombros, las firmas territoriales que él había dejado en mí.

Abrí el grifo y me eché agua helada en la cara. Apoyada en el lavabo de mármol, la imagen de mi hermana invadió mi mente con la fuerza de un huracán.

Luiza. La máquina pitando. Su frágil pecho subiendo y bajando con la ayuda de tubos de plástico.

Mientras yo gemía el nombre del monstruo que dominaba aquel país, mi hermana luchaba por cada gota de aire en una habitación estéril de hospital.

La culpa me aplastó con un peso físico, arrebatando el oxígeno de mis pulmones.

Yo vendí mi alma para salvar a Luiza. Yo acepté ser el escudo de carne de un hombre peligroso, acepté la humillación y el terror de los cárteles por un único motivo.

¿Y ahora? Me estaba enamorando... Estaba dejando que el lujo, el poder y la lujuria de aquel hombre me anestesiaran y me

alejaran de la única razón por la que aún estaba viva.

— Estás huyendo.

La voz grave y ronca por el sueño resonó desde la puerta abierta del baño. Me giré despacio.

Stefano estaba recostado en el marco de la puerta. Llevaba solo un pantalón de chándal oscuro colgado peligrosamente bajo en sus caderas, con el pecho ancho y cubierto de cicatrices antiguas expuesto.

Su cabello estaba despeinado de una manera que lo hacía aún más letal, y sus ojos oscuros me analizaban con la precisión de un depredador que conoce los pasos de su presa.

— No estoy huyendo — respondí, alzando la barbilla, intentando invocar a la chica endurecida de la Zona Sur.

— Estoy despertando.

Él cruzó los brazos, su expresión relajada desapareciendo para dar paso a la gélida máscara de siempre.

— Te estás arrepintiendo.

— Estoy recordando quién soy, Stefano. Y por qué estoy aquí.

— Apreté el nudo de la bata, sintiendo cómo mis manos temblaban.

Caminé de regreso a la habitación, necesitando espacio, necesitando no sentir el calor de su cuerpo.

— Lo que pasó anoche... la adrenalina, el miedo, el alcohol del evento... fue un fallo en el sistema.

Una debilidad...

Él me siguió hasta el centro de la habitación, con pasos lentos y calculados.

— ¿Una debilidad? — Su tono era peligrosamente bajo. — Gritaste mi nombre, Clara.

Te deshiciste en mis manos y dijiste que eras mía.

¿Vas a tener el valor de mirarme a la cara y decir que mentiste?

— ¡No mentí! — grité, con lágrimas de frustración finalmente quemándome los ojos.

Me volví para encararlo, con el pecho subiendo y bajando. — ¡Pero eso no cambia nada!

¡No cambia el hecho de que tú eres el presidente de Santera y yo soy la señora de la limpieza que está fingiendo ser una persona que no es!

No cambia el acuerdo secreto que me obliga a sonreír para las cámaras, mientras la verdadera Elena no regresa.

Stefano apretó la mandíbula. Un músculo saltó en su mejilla, la única señal de que mis palabras lo habían golpeado.

— ¿Eso es lo que te aterra? ¿La posibilidad de que se acabe? — preguntó, su voz fría como nitrógeno líquido.

— ¡Lo que me aterra es Luiza! — Las lágrimas corrieron, y no me molesté en limpiarlas.

— ¡Mi hermana está conectada a una máquina, dependiendo del dinero de tu gobierno para no morir asfixiada!

¡Cada vez que yo te lleve la contraria, cada vez que tu madre decida que ya no sirvo, su vida está en juego.

¿Cómo puedo simplemente lanzarme a tu cama sabiendo que, si un día te cansas de mí, lo primero que harás será cortarle el oxígeno?!

La acusación quedó flotando en el aire, pesada y venenosa. Yo esperaba que gritara, que me lanzara contra la pared y exigiera obediencia.

Pero Stefano no hizo nada de eso. Me miró durante un largo y tortuoso minuto.

La furia desapareció de sus ojos, reemplazada por algo indescifrable.

Sin decir una sola palabra, se dio la vuelta y caminó hasta la caja fuerte empotrada en la pared, oculta tras un panel de roble.

Digito la contraseña, abrió la puerta de acero y sacó una carpeta negra de cuero de su interior.

Caminó de vuelta hacia mí y me extendió la carpeta.

— Lee — ordenó.

Miré de la carpeta a su rostro, desconfiada. Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y tomé el cuero frío.

Abrí los documentos. Estaba el logotipo del Hospital Central de Santera en la parte superior de varias hojas con membrete legal.

Frunciendo el ceño, comencé a leer las cláusulas, mis ojos recorriendo las líneas de jerga médica y financiera.

Paciente: Luiza Mendes. Tratamiento: Terapia Genética Moduladora Suiza (Vitalicio). Pagador: Mi corazón se detuvo.

Parpadeé varias veces, pensando que estaba leyendo mal. No decía "Fondo Gubernamental de Santera".

No decía "Gabinete de la Presidencia".

Pagador: Fondo Fiduciario Personal e Intransferible de Stefano Moncada.

Mis piernas flaquearon. Miré el final de la página. Había una cláusula de irrevocabilidad. El dinero ya estaba depositado.

Una cantidad absurda, encerrada en un fondo ciego en Suiza, destinada exclusivamente a pagar todos los gastos médicos de Luiza Mendes hasta el último día de su vida.

El fondo no exigía ninguna contraprestación. No exigía matrimonio. No exigía que yo fuera la Primera Dama...

— ¿Qué... qué es esto? — tartamudeé, mi voz reducida a un hilo.

— Este es el fin de tu excusa — dijo Stefano, su voz grave e inquebrantable resonando en la habitación silenciosa.

— La cuenta del hospital de tu hermana ya no le pertenece al gobierno de Santera.

No está ligada a contratos, no está ligada a mi madre y ni siquiera a mí como presidente.

El dinero es personal. Mío. Y es irrevocable.

Apreté las hojas de papel con tanta fuerza que los nudillos de mis dedos se quedaron blancos.

— Pero el acuerdo... la garantía de que yo no iba a huir...

— Se fue al infierno, Clara — me interrumpió, dando un paso al frente, invadiendo mi espacio, su aura imponente cercándome por todos lados.

— Tu hermana está a salvo. Ella va a tener el mejor tratamiento del mundo para siempre, independientemente de si te quedas en este palacio o si sales por esa puerta ahora mismo en vaqueros y zapatillas rotas.

Te he quitado las cadenas. Ya no eres una rehén.

Me quedé sin aire. El suelo bajo mis pies parecía haberse derretido.

Él acababa de romper la única cosa que me ataba allí.

Me había dado la opción que el universo entero me había robado desde el día en que nací.

— ¿Por qué hiciste esto? — susurré, con las lágrimas volviendo a caer, pero, esta vez, eran por un shock profundo y devastador.

— ¿Por qué renunciaste a tu control sobre mí?

Stefano levantó la mano. El calor áspero de su palma tocó mi rostro, con el pulgar secando una lágrima que corría por mi mejilla.

Me miró con una intensidad que expuso el alma misma del monstruo.

— Porque no quiero tu cuerpo a cambio de la respiración de tu hermana, Clara.

No quiero tu sumisión comprada con chantaje. Anoche... — bajó el rostro, apoyando su frente en la mía, con su aliento caliente chocando contra mis labios temblorosos — anoche tomé algo que nadie nunca había tocado y me di cuenta de que no acepto menos que todo de ti.

Bajé la cabeza, llorando en silencio, con los hombros temblando. Había destruido mi único escudo. El escudo de la culpa.

Si me quedaba, ya no sería por sacrificio. Sería por elección. Sería por él...

— A partir de hoy, las puertas del Palacio de Santera están abiertas para ti, Clara Mendes — susurró Stefano, su voz ronca y cargada de una promesa peligrosa y eterna.

— Si sales por ellas, tu hermana vive, y yo nunca más te buscaré.

Pero si decides quedarte... si te acuestas en mi cama esta noche... sabes lo que eso significa.

No necesitaba preguntar. Significaba que yo ya no era la Novia Sustituta.

Yo era la verdadera dueña del Rey de Hielo.



Stefano Moncada

Capítulo 26

La sensación de caminar por los pasillos del Palacio de Santera había cambiado por completo.

Yo ya no era una intrusa pisando huevos, con miedo de que el piso de mármol cediera bajo mis pies.

La postura ensayada exhaustivamente por Caterina ya no exigía esfuerzo; se había convertido en mi segunda piel.

Los guardias de la Guardia Pretoriana, que antes me miraban con desconfianza, ahora bajaban la cabeza en señal de respeto absoluto cuando yo pasaba.

Ellos sabían lo que había ocurrido en el almacén de la Zona Sur. Sabían que yo no era una niñata inútil.

Y, por encima de todo, sabían que yo era la única persona en el mundo capaz de calmar al monstruo que gobernaba el país.

Yo llevaba un vestido sastre azul marino, con el cabello recogido en un moño impecable, y caminaba en dirección al Despacho Presidencial.

Stefano estaba en una reunión con el Ministro de Defensa y, por primera vez desde que llegué a aquel lugar, no iba a tocar la puerta.

Iba a entrar. Era su esposa, de hecho y de derecho.

El contrato se había convertido en cenizas en nuestra cama la noche anterior.

Abrí las pesadas puertas dobles de roble, esperando encontrar el olor a puro, whisky y la presencia sofocante de Stefano.

El despacho estaba silencioso. El olor no era a puro.

Era un perfume floral, dulce y empalagoso, que se pegaba al aire como jarabe.

La inmensa silla de cuero de Stefano estaba de espaldas a la puerta, orientada hacia las ventanas panorámicas.

Pensé que él estaba al teléfono.

— ¿La reunión terminó antes? — pregunté, cerrando la puerta detrás de mí con un clic firme.

La silla giró lentamente. El aire abandonó mis pulmones en un golpe violento. Mis piernas se bloquearon en la alfombra persa.

No era Stefano. La mujer sentada allí, con las piernas cruzadas de forma arrogante sobre el escritorio de palisandro del Presidente de Santera, tenía mi rostro.

O mejor dicho, yo tenía el rostro de ella.

El cabello castaño estaba perfectamente cepillado, cayendo sobre los hombros de un traje sastre blanco que costaba más que toda mi vida entera.

Los rasgos eran los mismos que Caterina había esculpido en mí con contorno y maquillaje, pero la expresión... era tóxica, bañada en una arrogancia ácida y cruel.

Era la verdadera Elena Valente.

— Aquí está la rata de la favela que ha estado durmiendo en mi cama — dijo, con la voz arrastrada, cargada del acento de quien ha pasado toda la vida en colegios suizos.

Me evaluó de pies a cabeza, con los labios curvándose en una sonrisa de puro desprecio.

— Tengo que admitir que Caterina hizo un milagro.

Quitando esas manos toscas y la mirada de perro callejero, hasta engañas bien de lejos.

Mi corazón se disparó, latiendo contra mis costillas como un pájaro enjaulado.

El shock inicial intentó paralizarme, el viejo instinto de agachar la cabeza ante quien tenía dinero y poder intentó tomar el control.

Pero recordé el peso de las manos de Stefano en mí.

Me acordé de que había sobrevivido a tiros, al escrutinio de Doña Isabella y a los cárteles.

Yo ya no era la chica asustada que aceptó una farsa por desesperación.

Levanté la barbilla y caminé hacia el centro de la sala.

— Sal de la silla de mi marido — ordené, fría y controlada, sorprendiéndome hasta a mí misma.

La verdadera Elena soltó una carcajada aguda que arañó mis oídos. No se movió.

— ¿"Mi marido"? — repitió, burlona. — Ay, Dios mío, realmente te creíste el teatro, ¿no es así?

¿Crees que jugar a las casitas y abrirle las piernas a Stefano te hace dueña de esto?

Eres un fraude, Clara Mendes. Un trozo de carne barata encontrado en la basura para tapar un agujero.

Bajó las piernas de la mesa y se inclinó hacia adelante, con los ojos brillando con una maldad enfermiza.

— Sabes, estuve siguiendo las noticias desde París — continuó Elena, inspeccionando sus propias uñas perfectamente pintadas de rojo.

— Me reí tanto cuando vi las fotos de la boda... ¿Crees que hui por miedo a Stefano? No seas estúpida.

Se levantó, caminando alrededor de la mesa como una serpiente evaluando a su presa.

— Hui para humillar a Salvatore. Mi queridísimo padre necesitaba desesperadamente esta alianza con los Moncada para no ser aplastado.

Me vendió como ganado. Así que, decidí destruir su imperio.

Desaparecí del mapa a propósito, sabiendo que él entraría en pánico y pondría a una impostora patética en mi lugar para no perder la cabeza.

Se detuvo a menos de un metro de mí, su perfume empalagoso invadiendo mis fosas nasales.

— Mi plan era perfecto — siseó, el rostro contorsionándose de rabia.

— Esperaba que fueras un desastre. Que pasaras vergüenza en las cenas, que lloraras frente a la prensa, que ofendieras a Doña Isabella... Quería ver a Salvatore perder todo a causa de la incompetencia de una sustituta barata.

El odio puro en sus palabras me golpeó de lleno. A ella no le importaba Santera, ni Stefano.

Quería usar la farsa y mi probable ruina para vengarse.

Quería que yo fuera el cordero sacrificado en su guerra.

— Pero tenías que arruinarlo todo, ¿no? — escupió las palabras Elena, furiosa. — No fallaste.

Te adaptaste. Hiciste que la prensa te amara, hiciste que la niñata de Sofia y el inútil de Adriano se pusieran de tu lado, y lo peor de todo... hiciste que el desgraciado de Stefano consolidara su poder.

En vez de arruinar la alianza.

Sostuve su mirada de odio sin parpadear. El miedo había desaparecido por completo, dejando solo una claridad cortante.

— Huiste porque eres una niña caprichosa y egoísta — dije, con voz baja, pero afilada como vidrio roto.

— Querías ver sangrar a tu padre, pero no tuviste el valor de sostener el cuchillo.

Preferiste lanzar a una chica desesperada a la línea del frente para que recibiera los tiros por ti.

Di un paso hacia ella. La verdadera Elena parpadeó, sorprendida de que no retrocediera.

— ¿Sabes cuál fue tu error, Elena? — continué, mirándola con todo el peso de lo que había aprendido en aquellas semanas.

— Pensaste que el mundo iba a arder solo porque la princesita no estaba aquí.

Pero el mundo siguió girando. Yo no te robé tu lugar. Yo sobreviví en él.

Algo que tú fuiste demasiado débil y cobarde para intentar.

Su rostro se puso rojo de furia. Levantó la mano para darme una bofetada, pero mi reflejo de la Zona Sur fue milisegundos más rápido.

Agarré su muñeca en el aire, apretando los huesos finos con la fuerza de mis palmas encallecidas hasta que soltó un gemido de dolor.

— No lo intentes — advertí, con los dientes apretados, soltando su muñeca con un empujón que la hizo tambalearse hacia atrás y chocar contra el escritorio de palisandro.

— Puedes tener esa sangre azul, pero yo fui criada en las calles.

Te parto por la mitad antes incluso de que los guardias abran esta puerta.

Elena se masajeó la muñeca, respirando hondo, la máscara de superioridad regresando a su rostro con una sonrisa letal y sombría.

— Disfruta tus últimos cinco minutos de reina, Clara — murmuró, ajustándose el traje sastre.

— Tengo mi certificado, mi tipo de sangre y mi ADN. Yo soy la verdadera novia.

El acuerdo se hizo con la familia Valente. Y no voy a dejar que una perra callejera arruine mi venganza y se quede con mi protagonismo.

Caminó hacia la puerta, pero se detuvo con la mano en el pomo de bronce, lanzándome una última mirada por encima del hombro.

— Cuando Stefano entre por esa puerta y tenga que elegir entre la verdadera heredera de un imperio político y la limpiadora que no tiene un centavo partido por la mitad para ofrecer... las dos sabemos muy bien con quién se quedará el presidente.

Haz tu maletita barata. Estás fuera.

Abrió la puerta y salió, sus tacones haciendo eco por el pasillo de mármol. Me quedé sola en el despacho.

El frío subió por mi columna, paralizando mis manos.

Ella tenía la ley de su lado. Era la hija de Salvatore.

Si Stefano la rechazaba, estallaría la guerra, la farsa sería revelada al mundo, y todo lo que él había construido se derrumbaría.

El sacrificio político exigiría a la verdadera Elena. El monstruo que yo había domado durante la madrugada sería forzado a ser presidente una vez más.

Y, en la política, el amor siempre pierde ante el poder.



Clara Mendes

Capítulo 27

El pasillo que llevaba a mi despacho parecía más frío de lo normal.

Acababa de salir de una reunión brutal de tres horas con el Ministro de Defensa, definiendo los últimos detalles para barrer las rutas del cártel Los Bravos en el sur.

Mi cuerpo estaba exhausto, pero mi mente estaba acelerada y peligrosamente enfocada en una única cosa: la mujer que me esperaba.

El recuerdo de la noche anterior, de Clara deshaciéndose en mis brazos, de la confianza absoluta en sus ojos cuando quemé nuestro acuerdo y asumí mi posesión sobre ella, aún corría caliente por mis venas.

Estaba listo para volver a nuestra suite, cerrar la puerta con llave y alejar al resto del mundo.

Sin embargo, cuando doblé el último pasillo, me di cuenta de que el mundo había invadido mi santuario.

Rocco estaba de pie frente a las pesadas puertas dobles de roble del despacho.

Su postura no era la de un guardia; era la de un soldado en la línea del frente instantes antes del bombardeo.

Sostenía la correa del fusil con tanta fuerza que los nudillos de sus dedos estaban blancos.

Cuando me vio, sacudió la cabeza negativamente, con la mandíbula apretada.

— Están ahí dentro, Stefano — murmuró, con la voz tensa. — Todos ellos.

Intenté detenerlos, pero Don Arturo usó su autoridad de patriarca.

Mi sangre se heló. Abrí las puertas sin dudarlo, el aura de Jefe de Estado cayó sobre mí como una armadura de plomo.

Mi despacho se había transformado en un nido de serpientes.

El olor a puro cubano contaminaba el aire. Sentado en uno de los sillones de cuero frente a mi escritorio estaba Salvatore Valente, el hombre que debería haber ejecutado meses atrás.

A su lado, con un traje sastre blanco impecable y una sonrisa venenosa que me dio náuseas de inmediato, estaba la verdadera Elena.

Como si la traición no fuera suficiente, mis padres observaban la escena desde los sillones de lectura en la esquina de la sala.

Doña Isabella tenía las manos cruzadas en su regazo, con su expresión severa de siempre.

Don Arturo, el antiguo jefe de la familia, apoyaba ambas manos en su bastón de plata, con los ojos evaluando la sala como un general calculando las pérdidas de una batalla.

Caminé hasta mi escritorio, rodeándolo lentamente. Mis ojos se clavaron en Salvatore.

Las ganas de sacar la Glock de mi funda y pintar las paredes de mármol con su sangre casi me cegaron.

— Debería mandarte a ahorcar en la plaza pública por invadir mi palacio, Salvatore — mi voz salió baja, cortante y absolutamente letal.

Salvatore dio una calada al puro y soltó el humo lentamente, sin que la sonrisa arrogante desapareciera de su rostro.

— Un poco de hospitalidad, Stefano. Vine a traer a tu esposa de vuelta. La verdadera heredera del imperio Valente.

Entera, a salvo y lista para asumir su lugar al lado del presidente.

Miré a Elena. Me parpadeó con sus largas pestañas, con una sonrisa cínica estirando sus labios.

— ¿Me extrañaste, querido? — preguntó, con la voz cargada de un veneno mimado.

— Confieso que tu señora de la limpieza de compañía te sacó de un buen apuro, pero el teatro se acabó.

He vuelto a mi trono.

Apreté los puños, apoyando las manos sobre el escritorio para no cometer un asesinato frente a mis padres.

— Tú no tienes trono aquí, Elena. Tu lugar es en una zanja, al lado de tu padre, por la traición de haber armado aquel primer atentado.

Huiste porque Salvatore me quería muerto.

— Detalles, detalles... — Salvatore agitó la mano en el aire, descartando la acusación como si fuera polvo.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y arrojó un pendrive de metal sobre mi escritorio.

El sonido metálico resonó por el silencio de la sala.

— ¿Qué es esto? — pregunté, sin parpadear.

— Eso, mi querido Presidente, es su correa — respondió Salvatore, agravando la voz.

— Contiene copias del contrato de sustitución que hicieron.

Pruebas de ADN de Elena y de la sangre de la impostora que sacaron de la favela.

Documentos del hospital que prueban que estás pagando el tratamiento de la hermana de esa mujercita con fondos no declarados.

Además de fotos de la verdadera Clara Mendes limpiando el suelo antes de que la vistieran de Prada.

El aire desapareció de mis pulmones.

Yo sabía exactamente hacia dónde se dirigía con eso.

— Programé un sistema — continuó Salvatore, señalando el pendrive.

— Si algo nos sucede a mí o a mi hija... si no salimos de este palacio por la puerta grande... estos archivos se enviarán automáticamente a las cinco mayores agencias de noticias internacionales.

En minutos, el mundo entero sabrá del fraude.

— Tú serías destruido junto conmigo — gruñí. — Tu cártel no resiste a una investigación internacional.

— ¡Yo asumo el riesgo! — Golpeó el escritorio. — ¿Pero tú, Stefano? Perderías el cargo mañana.

El juicio político sería inmediato. La reputación de los Moncada, el legado de tu padre... todo se convertiría en cenizas.

Pero, admitámoslo, eres un hombre frío. Tú sobrevives. La cuestión aquí no eres tú. Es la chica.

Esbozó una sonrisa forzada, mostrando sus dientes manchados por el tabaco.

— Piensa en lo que la oposición haría con ella, Stefano. Delito de falsedad ideológica. Fraude contra el Estado.

Usurpación de funciones públicas. Tu queridita Clara no sería simplemente devuelta a la miseria.

Le caerían al menos treinta años en una prisión de máxima seguridad.

Y sabes lo que les pasa a las chicas bonitas de la favela en las celdas federales, ¿no?

No duraría una semana ahí dentro.

La mención a la prisión de Clara me golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago.

Mis manos temblaron ligeramente por la furia ciega. Salvatore me había acorralado de la manera más cobarde y brillante posible.

No estaba apuntando a mi orgullo; estaba apuntando a la única cosa en el mundo por la que me importaba.

El clic seco del bastón de Don Arturo contra el piso de madera atrajo la atención de todos en la sala.

Mi padre se levantó lentamente. Su rostro era una máscara de pragmatismo despiadado.

— Salvatore tiene razón, Stefano — dijo Don Arturo, su voz antigua y poderosa sonando como un juez dictando sentencia.

— La alianza con los Valente necesita ser restaurada. La política exige sangre fría. La señora de la limpieza cumplió su papel.

Mantuvo el trono caliente, pero ahora, ella es un riesgo inaceptable para la corona y para nuestro apellido.

Doña Isabella asintió, con sus ojos oscuros brillando de crueldad calculadora.

— Ella tiene el rostro de Elena, Stefano — señaló mi madre, ajustando los anillos en sus dedos.

— No podemos tener a dos primeras damas circulando por el mundo. El escándalo sería inminente. La impostora debe

desaparecer. Definitivamente.

Miré a mis padres, sintiendo que se me revolvía el estómago de asco.

— ¿Desaparecer? — repetí, en un susurro peligroso.

— Un trágico accidente, por supuesto — continuó Doña Isabella, con la casualidad de quien elige el menú de la cena.

— Un fallo en los frenos del coche. Un ahogamiento en el lago de la casa de campo.

Ella es eliminada en silencio, el cuerpo desaparece, y anunciamos que la Primera Dama sufrió un trauma y necesitó aislarse.

Semanas después, Elena resurge, asumiendo el papel. Es limpio, es eficiente y protege a la familia.

— Sabe demasiado. Es la única solución — confirmó Arturo, mirándome como si esperara un gesto de obediencia.

La represa de hielo dentro de mí implotó. El monstruo que luchaba tanto por contener rompió las cadenas.

Saqué mi Glock de la funda tan rápido que nadie tuvo tiempo de reaccionar.

Apunté el arma directamente al centro de la frente de Salvatore Valente.

La verdadera Elena soltó un grito agudo, encogiéndose en la silla. Rocco dio un paso al frente, cubriendo el perímetro.

— Si alguno de ustedes... — mi voz salió ronca, demoníaca, reverberando en las paredes de roble — ¡si alguno de ustedes se atreve a ponerle un maldito dedo encima, juro por lo más sagrado que quemaré este palacio hasta los cimientos con todos ustedes dentro!

— ¡Baja el arma, Stefano! — Don Arturo golpeó el bastón contra el suelo, con el rostro rojo de furia ante mi insubordinación.

— ¡¿Has perdido la cabeza por unas faldas baratas?! ¡Tú eres el líder de esta familia!

¡Actúa como tal!

— Clara no es unas faldas cualquiera. ¡Es mi mujer!

— grité, quitando el seguro del arma con el pulgar. El clic hizo que Salvatore sudara frío.

— Me importa un bledo el escándalo. Me importa un bledo la corona.

¡Te desmiembro vivo, Salvatore, si amenazas su vida frente a mí!

Salvatore tragó saliva, con los ojos vidriosos clavados en el cañón de mi arma, pero el instinto de supervivencia del mafioso habló más fuerte.

— Dispárame, Stefano — desafió, con voz temblorosa. — Y los archivos se subirán a la nube.

La Interpol llamará a la puerta de tu suite en diez minutos y arrastrará a Clara esposada a la celda de aislamiento.

¿Crees que la estás protegiendo ahora? Estás firmando su sentencia de muerte en la cárcel.

El dedo en el gatillo vaciló.

El silencio en la sala se volvió ensordecedor. La respiración agitada de Elena y la mirada horrorizada de mi padre eran los únicos sonidos además de mi propio corazón martilleando contra las costillas.

Yo estaba acorralado.

Si yo lo mataba, la mujer de mi vida se pudriría en una prisión federal por delitos que yo la forcé a cometer.

Si no hacía nada, mis propios padres se encargarían de su ejecución silenciosa para limpiar el nombre de la dinastía Moncada.

Yo no podía ser el asesino, tenía que ser el político.

Necesitaba ganar tiempo para sacarla de la línea de fuego.

Cerré los ojos por un segundo de agonía pura. Bajé el martillo del arma, bajé el brazo y guardé la Glock en la funda.

Salvatore soltó un suspiro de alivio tan sonoro que me dio náuseas.

Elena sonrió victoriosa, cruzando las piernas y arreglándose el cabello.

— Sabía que el sentido común tocaría a tu puerta, yerno — se burló Salvatore, levantándose y abotonándose la chaqueta.

— Veinticuatro horas — declaré, con la voz volviendo al punto de partida, fría y robótica.

Miré a Elena y luego a Salvatore, suprimiendo el deseo de estrangularlos con mis propias manos.

— Necesito veinticuatro horas para organizar la transición y sacarla del palacio sin levantar sospechas del batallón interno de seguridad.

Hasta entonces, Elena se queda encerrada en el Ala Oeste. Si da un paso fuera de ese sector, te la devuelvo en pedazos, con archivos en la nube o sin ellos.

¿Queda claro?

Salvatore asintió.

— Veinticuatro horas, presidente. Y después de eso, la verdadera Elena ocupará la cama y la corona.

Y la limpiadora... bueno, su destino es problema tuyo y de Don Arturo.

Caminaron hacia la puerta. Elena se detuvo a mi lado. La audacia de aquella mujer era casi cómica.

— No tardes en limpiar las sábanas de la suite, querido.

Detesto el olor a basura — murmuró, antes de salir escoltada por Rocco, que la miraba con asco.

Me quedé a solas con mis padres.

Doña Isabella caminó hacia mí. Se detuvo a un palmo de distancia, con los ojos inexpresivos.

— Ha sido una sabia decisión, Stefano. Sácala de aquí esta noche.

Arturo proporcionará los hombres para el encargo en las carreteras del norte. Parecerá un asalto que salió mal.

Sin dejar rastro.

— Salgan de mi despacho — gruñí, dándoles la espalda, apoyando las manos en el borde del escritorio.

Cuando la puerta por fin se cerró, dejándome completamente solo, me desplomé en mi silla.

Me froté el rostro con ambas manos, sintiendo la textura de la pólvora seca que aún estaba impregnada en mi piel por las noches anteriores.

Yo había aceptado el chantaje de palabra, dejando a mis padres creer que la entregaría a la muerte.

Pero lo que Salvatore Valente y mi propia familia no entendían era que el hombre al que conocían ya no existía.

Yo no iba a echar a Clara. No iba a entregarla.

Iba a esconderla y después, iba a cazar y aniquilar a cada una de las personas que acababan de firmar su propia sentencia de muerte en ese despacho.

El infierno estaba a punto de subir a la Tierra, y Santera conocería el baño de sangre definitivo.



Clara Mendes

Capítulo 28

El silencio en nuestra suite era ensordecedor.

Estaba sentada en el borde de la cama desde hacía más de dos horas, con las manos cruzadas sobre mi regazo, mirando fijamente la puerta de caoba.

Las palabras de Elena seguían resonando en mi cabeza como un disco rayado.

Cuando tenga que elegir entre la verdadera heredera y la limpiadora... las dos sabemos con quién se quedará el Rey de Hielo.

Me negué a hacer las maletas. Me negué a creer que la noche anterior, las confesiones en la tormenta y la quema de nuestro contrato no hubieran significado nada.

Stefano no era un cobarde.

Sin embargo, a cada minuto que pasaba sin que él entrara por aquella puerta, el hielo comenzaba a apoderarse de mi

estómago.

Cuando el picaporte finalmente giró, me levanté de un salto.

Stefano entró. Se había quitado la corbata y la chaqueta, y la camisa blanca tenía los primeros botones desabrochados.

Pero no fue su apariencia desaliñada lo que hizo que mi corazón diera un vuelco. Fue su mirada.

El abismo negro que antes me miraba con adoración y posesividad estaba completamente cerrado. El Rey de Hielo había vuelto.

La máscara de piedra estaba ahí, impenetrable, fría y distante.

Se detuvo en el centro de la habitación, a pocos pasos de mí, y metió las manos en los bolsillos del pantalón de sastre.

— Prepara algo de ropa. — Su voz salió áspera, sin ningún rastro de emoción. — Lo mínimo necesario.

Un equipo sin distintivos está esperando en el garaje subterráneo.

El suelo desapareció bajo mis pies.

Parpadeé, sintiendo que mi garganta se cerraba instantáneamente.

— ¿Qué? — susurré.

— Vas a ir a una casa de seguridad en las montañas del norte — continuó él, con un tono clínico, como si estuviera dando órdenes a un subordinado.

— Tienes que desaparecer del Palacio esta noche. Rocco se encargará del transporte.

— Stefano... — Di un paso en su dirección, pero su postura rígida me hizo detener.

— Hablé con ella. Vi a Elena en tu despacho.

Dijo que su padre estaba aquí con las pruebas.

— Y es por eso que tienes que irte.

— ¿Adónde? ¿A un escondite? — Mi voz empezó a elevarse, la incredulidad se transformó en un dolor lacerante en mi pecho.

— ¿Me estás echando, Stefano? ¿Vas a aceptar su chantaje?

¿Vas a poner a esa mujer en mi lugar para proteger tu puesto?

Stefano apretó la mandíbula.

— Es una cuestión de seguridad nacional, Clara. No puedo tener un escándalo internacional llamando a mi puerta mañana por la mañana.

La alianza con los Valente no se puede romper ahora.

— ¿Seguridad nacional? — Una risa amarga e histérica escapó de mi garganta, acompañada de la primera lágrima que rasgó mi rostro.

— ¡Hace doce horas estabas dentro de mí, diciendo que quemarías Santera entera antes de dejarme ir!

¡Dijiste que yo era tu mujer! Y ahora... ¿la verdadera heredera chasquea los dedos y me descartas por la puerta de atrás como si fuera basura?!

— ¡No pongas palabras en mi boca! — gruñó, la fachada agrietándose por una milésima de segundo antes de obligarse a retroceder.

— No entiendes lo que está en juego.

— ¡Lo entiendo perfectamente! — Avancé contra él, golpeando ambas manos abiertas contra su duro pecho.

— ¡La política venció! ¡El poder venció! ¡No eres diferente a Salvatore o a tu madre!

¡Me compraste cuando necesitabas un escudo, me usaste cuando te sentiste solo, y ahora que el verdadero peligro ha llegado, me barres debajo de la alfombra!

Lo empujé de nuevo, ciega por las lágrimas.

Parecía tan obvio. Debería haber esperado que eso pasara, pero fui demasiado tonta al engañarme.

— ¡Aléjate de mí! — sollocé, intentando apartarme, pero sus manos grandes volaron hacia mis muñecas, inmovilizándome en el lugar.

— ¡Clara, para! — exigió, con voz grave.

— ¡Suéltame! ¡Si quieres que me vaya, entonces suéltame! ¡Vete a dormir con ella!

¡Vete a gobernar tu país perfecto con tu esposa perfecta!

— ¡Me importa una mierda el país! — gritó, tirando de mí con tanta fuerza que mi cuerpo chocó brutalmente contra el suyo.

El impacto me robó el aire. Levanté la vista, y lo que vi en el rostro de Stefano me paralizó.

La máscara de hielo se había hecho pedazos. Sus ojos estaban rojos, brillando con una desesperación tan cruda, tan agonizante, que parecía estar siendo desgarrado vivo por dentro.

Sostuvo mi rostro entre sus manos temblorosas, con sus dedos ásperos hundiéndose en mi cabello, aprisionándome contra él.

— ¡Me importa un bledo Elena, o Salvatore, o esa maldita silla!

— susurró ferozmente, con la frente apoyada en la mía, su respiración caliente y errática chocando contra mi rostro mojado.

— Pero te amenazaron a ti. ¡Mi madre te quiere muerta, Clara!

¡Salvatore amenazó con tirarte en una prisión federal donde te pudrirías por décadas! ¿Crees que te estoy descartando?

¡Estoy intentando mantenerte con vida!

El choque de aquellas palabras me enmudeció. El complot. La amenaza de muerte. Su propia familia...

— Stefano... — intenté hablar, pero la voz me falló.

— No puedo protegerte aquí adentro hoy — confesó, en una respuesta solo para mí.

— Ellos creen que accedí a eliminarte. Es la única forma que tengo de ganar tiempo para cazar y matar a cada uno de esos desgraciados sin que te disparen a ti primero.

Cerró los ojos, y una única lágrima, solitaria e imposible, escapó de su ojo izquierdo, perdiéndose en mi cabello.

— Prefiero que me odies por echarte... a tener que enterrar a la única mujer que he amado en mi vida.

Mi corazón se partió en mil pedazos, no de rabia, sino por el dolor inconmensurable que él estaba cargando solo.

Levanté las manos, soltándome de su agarre en mis muñecas, solo para pasar mis brazos alrededor de su cuello.

— No te odio — susurré contra sus labios, llorando de alivio y de pavor.

— Nunca te voy a odiar.

El beso que siguió no tuvo la dulzura de la noche anterior, ni el fuego del primero.

Fue un beso bañado en lágrimas, sabor a sal, desesperación y despedida inminente.

Los labios de Stefano me devoraron con una urgencia terminal, como si el mundo fuera a acabarse en la próxima hora y yo fuera la única fuente de oxígeno restante en el universo.

Me levantó del suelo, y yo enrollé mis piernas alrededor de su cintura.

Stefano me presionó contra la pared más cercana, con su espalda bloqueando la luz de la habitación.

Empezamos a arrancarnos la ropa sin ninguna delicadeza. Volaron botones por la alfombra.

Tiré de su camisa, sintiendo la piel caliente y los músculos tensos bajo mis manos.

Él desgarró el lateral de mi vestido de sastre, arruinando la seda solo para tener acceso inmediato a mi cuerpo.

No fuimos a la cama. Me mantuvo contra la pared, con su respiración pesada y jadeante en mi cuello, mientras abría mi lencería.

Esta vez no me preparó con calma. No había tiempo.

La urgencia de la muerte y de la separación flotaba sobre nosotros como una guillotina.

— Te necesito — gruñó en mi oído, un sonido primitivo y desesperado.

— Déjame grabarte en mí.

— Sí. Tómame, Stefano. ¡Ahora!

Agarró mis muslos, levantándome un poco más, y entró en mí de una sola vez.

El impacto me hizo gritar su nombre, clavando las uñas en sus hombros anchos y marcados.

El dolor inicial de la profundidad fue instantáneamente reemplazado por un ardor intenso de placer y posesión.

Estábamos conectados de la forma más cruda posible.

El sexo que siguió fue una batalla de emociones.

Cada embestida que daba Stefano era profunda, violenta y cargada de una necesidad enfermiza de fundirme con él.

Nuestras respiraciones chocaban, nuestros sudores se mezclaban.

Yo le besaba el rostro, el cuello, bebiendo sus lágrimas, mientras las mías no paraban de caer.

Me sostenía con una fuerza que casi dejaba hematomas, como si temiera que me fuera a desvanecer en el aire si aflojaba su agarre aunque fuera por un segundo.

— Mía. Solo mía. Para siempre mía — entonaba a cada embestida brusca, la voz ronca fallando por la emoción.

El placer subió en mí como una marea incontrolable, empujado por el miedo a perderlo y por la profundidad arrolladora de sus sentimientos por mí.

Mi cuerpo entero se tensó, y el orgasmo explotó con una fuerza que me dejó mareada, las paredes de mi intimidad contrayéndose violentamente a su alrededor.

Stefano soltó un gemido áspero, casi un rugido de dolor y liberación, y se enterró en mí hasta el límite absoluto, derramando su esencia dentro de mí, mientras temblaba de pies a cabeza.

Nos quedamos allí, aferrados el uno al otro contra la pared, con los cuerpos exhaustos y los corazones latiendo en la misma sintonía descompasada.

Hundió el rostro en la curva de mi cuello, inspirando mi olor profundamente, las manos acariciando mi espalda desnuda con una devoción desesperada.

— Iré a buscarte — murmuró, la voz débil, la respiración aún jadeante chocando contra mi piel.

— Prométeme que me vas a esperar, Clara. Prométeme que te mantendrás con vida en la casa de seguridad hasta que yo llegue.

Cerré los ojos, apretándolo contra mí, ajena al hecho de que los asesinos del cártel ya estaban siendo enviados hacia el norte.

— Te lo prometo, Stefano. Te lo prometo.

Esa noche, salí del Palacio de Santera escondida en el asiento trasero de un SUV con vidrios tintados.

El Rey de Hielo se quedó atrás, atrapado con la víbora de la verdadera Elena, mientras yo era enviada a la oscuridad.



Stefano Moncada

Capítulo 29

Su olor aún estaba en las sábanas.

La mezcla de vainilla, sudor y el dulce perfume que era exclusivamente de Clara impregnava nuestra cama.

Yo estaba de pie, vestido con un traje oscuro impecable, mirando el colchón arrugado donde, hacía pocas horas, había poseído a la única mujer que logró derretir el hielo de mis venas.

El Palacio de Santera parecía una tumba sin ella.

Apreté el botón del gemelo de plata en mis puños con tanta fuerza que el metal se hundió en mi piel.

Necesitaba el dolor físico para mantener la cordura. El plan era simple: fingir que yo había aceptado el acuerdo de Salvatore y de mis padres, mantener a la verdadera Elena bajo los focos por veinticuatro horas y, mientras ellos creían que yo era un fantasma sumiso, rastrearía y aniquilaría cada pieza del cártel Los Bravos.

Clara se quedaría escondida en la casa de seguridad en el norte, protegida por los hombres de confianza de Rocco, hasta que yo pudiera traerla de vuelta al trono que le correspondía por derecho.

Caminé hacia la puerta y salí de la suite. Mi máscara de Jefe de Estado estaba perfectamente pegada a mi rostro.

Cuando entré en el comedor principal para el desayuno, el sonido de una voz estridente e irritante me revolvió el estómago.

— ¡Dije que quería el jugo de pomelo a cinco grados! ¡Esto está tibio!

¿Eres sorda o simplemente incompetente?

La verdadera Elena Valente estaba sentada en la cabecera de la mesa, en mi silla, vistiendo una bata de seda roja que dejaba la mitad de su pecho al descubierto.

Tiró el vaso de cristal al suelo, haciéndolo añicos a los pies de una de las criadas más antiguas del Palacio, que temblaba mientras pedía disculpas.

— Limpia eso de inmediato, y si mi café no está perfecto en dos minutos, haré que el presidente te despida a ti y a tu familia entera — siseó Elena, con los ojos echando chispas de arrogancia.

— Sal de la habitación, Maria — ordené, mi voz cortando el aire pesado como una hoja de hielo.

La criada asintió rápidamente, aliviada, y desapareció por el pasillo.

Caminé hasta la mesa. Elena esbozó una sonrisa perezosa y cínica, cruzando las piernas por debajo de la mesa.

Se levantó y vino en mi dirección, arrastrando las uñas largas y pintadas de rojo por mi hombro.

— Buenos días, mi amor — ronroneó, el olor a alcohol caro y a medicamentos recetados emanaba de ella.

— ¿Dormiste bien sin el olor a basura de esa impostora en tu habitación?

Sabes, mandé a las recamareras a quemar todas las ropas que dejó en el armario. Eran patéticas.

Antes de que ella pudiera rodear mi cuello, mi mano subió en un reflejo letal.

La agarré por la garganta, no con la fuerza suficiente para rompérsela, pero lo bastante como para borrarle la estúpida sonrisa de su rostro.

Elena se atragantó, los ojos abriéndose de pánico mientras yo la empujaba hacia atrás hasta que su espalda golpeó contra el borde de la mesa.

— Presta mucha atención, Elena — susurré, con mi rostro a milímetros del suyo y exhalando la pura oscuridad del inframundo de donde yo había salido.

— Te vas a sentar en esa mesa, vas a sonreír para las cámaras y te vas a callar la boca.

Tú no les das órdenes a mis empleados. Tú no tocas sus cosas.

Y, por encima de todo, tú no me pones un dedo encima. Si cruzas la línea, te arranco la lengua y se la envío en una caja de terciopelo a tu padre.

¿He sido claro?

Solté su cuello. Cayó tosiendo, frotándose la piel marcada por mis dedos, pálida de terror.

La Princesa de la Mafia por fin estaba conociendo al monstruo del cual había huido.

Las puertas del comedor se abrieron nuevamente.

Adriano entró primero, vistiendo una camisa arrugada, seguido por Sofia, que usaba su inseparable sudadera gigante y los auriculares en el cuello.

Los dos se detuvieron en seco cuando vieron a Elena tosiendo y arreglándose la bata.

La confusión en el rostro de Sofia duró apenas un segundo antes de transformarse en repulsión absoluta.

La aguda inteligencia de mi hermana menor unió las piezas instantáneamente.

— ¿Quién es esta? — preguntó Sofia, en voz alta y hostil, ignorando cualquier regla de etiqueta.

Miró de Elena a mí. — Stefano... ¿dónde está Clara?

Elena se enderezó, recuperando una pizca de su arrogancia.

— Cuidado cómo me hablas, niñata. Yo soy tu verdadera cuñada. La esposa de tu hermano.

La campesina que ustedes recogieron de la cloaca ha sido devuelta al lugar de donde vino.

El color desapareció del rostro de Sofia. Sus ojos oscuros se llenaron de lágrimas de rabia.

Dio un paso hacia mí, con los puños apretados.

— ¿La echaste? — me gritó Sofia, con la voz quebrándose, con la desesperación de una chica que acababa de perder a la única figura protectora real de aquella casa.

— ¡¿Cómo pudiste?! ¡Ella me salvó la vida, Stefano! ¡Ella no te tenía miedo!

¡Ella era la única cosa buena en esta familia de psicópatas y la tiraste a la basura por culpa de esta muñeca de plástico drogadicta?!

— Sofia, basta — dije, en un tono duro para mantener mi teatro, aunque cada palabra de mi hermana era una puñalada en mi pecho.

Yo no podía contarle la verdad. Si mis padres supieran que Sofia era aliada de Clara, su vida también estaría en riesgo.

— ¡Te odio! — Sofia escupió las palabras con asco y dio la espalda, corriendo fuera de la sala.

Adriano no gritó. Caminó hasta la mesa, agarró la botella de whisky que estaba en el aparador y se sirvió un vaso.

Miró a Elena, evaluándola con un desprecio profundo.

— Así que esta es la famosa heredera Valente — murmuró Adriano, dando un trago a la bebida.

Negó con la cabeza, riendo sin humor. — Sabes, Elena... Clara usaba tu ropa y tu nombre.

Pero ella tenía una cosa que ni todo el dinero de tu padre pudo comprar.

Elena cruzó los brazos, irritada.

— ¿Y qué sería?

— Alma — respondió Adriano, frío y directo. Me miró, con la decepción pesando sobre sus hombros.

— Enhorabuena, hermano. Has demostrado que Don Arturo tenía razón. Eres solo un traje vacío.

Dio la espalda y salió, dejándome a solas con la víbora.

Cerré los ojos por un segundo. La farsa estaba funcionando. Mi familia rechazó a Elena instantáneamente.

La lealtad que Clara había construido con ellos no se basaba en el miedo, se basaba en el respeto verdadero.

Y yo nunca había estado tan orgulloso de mi mujer.

Afortunadamente, Lorenzo, Dante y Francesca frecuentaban poco ese lugar debido a sus obligaciones.

No necesitaba tres pares más de ojos juzgándome.

Salí del comedor y marché en dirección a mi despacho. Necesitaba iniciar la aniquilación del cártel.

Cuando abrí las pesadas puertas de roble, no encontré una sala vacía.

Rocco estaba allí.

El general de mi ejército estaba de pie cerca de la ventana panorámica.

No tenía la tableta de despachos militares en la mano.

Sostenía la radio de comunicación táctica, y su rostro, normalmente impasible y duro como el granito, estaba completamente pálido.

El aire desapareció de mis pulmones. El instinto de guerra disparó una alarma ensordecedora en mi cerebro.

Cerré la puerta con llave detrás de mí.

— ¿Cuál es el problema, Rocco? — pregunté, la voz sonando mucho más calmada que la tormenta que comenzaba a formarse dentro de mí.

Rocco tragó saliva. Miró la radio y luego a mí.

— Stefano... el convoy de Clara.

Mi corazón se detuvo. La respiración se atascó en mi garganta.

— ¿Qué pasa con el convoy? Te ordené que pusieras a tus tres mejores hombres en el SUV.

¡La ruta hasta la casa de seguridad en el norte estaba limpia!

— Lo estaba — confirmó Rocco, con la voz grave temblando levemente.

— Pero perdimos la señal del GPS del vehículo hace diez minutos, cuando cruzaron el desfiladero de la Sierra de la Plata.

Avancé hacia él, agarrándolo por el cuello del chaleco táctico. Mi control se hizo añicos por completo.

— ¡¿Cómo que perdieron la señal?! ¡El canal de comunicación está encriptado!

— El canal no se cayó por interferencias, Stefano. Fue apagado desde adentro — dijo Rocco, mirándome con una urgencia aterradora.

— El jefe de la escolta... Valente compró al jefe de la escolta. La ruta fue alterada.

Sentí que el suelo desaparecía.

¡Mierda! El muy cretino no iba a esperar las veinticuatro horas.

Se había infiltrado en mi guardia personal para garantizar que Clara no llegara al escondite.

— No la llevaron a la casa de seguridad — finalizó Rocco, con la voz cargada de luto anticipado.

— Stefano... se la llevaron al matadero de Salvatore Valente. Cayó en una emboscada.

Clara está en manos de los mercenarios.

Solté a Rocco. El rugido de pura agonía y furia homicida que desgarró mi garganta hizo que los cristales del despacho vibraran.

El tablero había dado un giro. El chantaje era solo una distracción para poder arrebatármela y ejecutarla en la oscuridad.

Pateé la mesa de centro de cristal, haciéndola añicos en miles de pedazos.

Pateé las sillas, los cuadros, rompiendo todo lo que estaba frente a mí, cegado por el dolor brutal y violento de imaginar a Clara en las manos de esos animales.

— Llama a los helicópteros de ataque — ordené, con una voz manchada de sangre, incluso antes de que se disparara el primer tiro.

Abrí la caja fuerte y tomé dos fusiles de asalto. — Despierta a la Guardia Pretoriana entera y llama a Lorenzo.

Lo necesito para rastrear la última señal de esa radio.

Rocco asintió, sacando su arma, con una lealtad inquebrantable en los ojos. — Vamos a traer a la Reina de vuelta, hermano.

— No — respondí, amartillando el fusil, mis ojos viendo solamente a la muerte.

— Vamos a ahogar Santera en sangre. Nadie de la familia Valente o de mis aliados sobrevive esta noche y, si ella está muerta, Rocco... no quedará nadie en este país para contar la historia.



Clara Mendes

Capítulo 30

La oscuridad de la Sierra de la Plata era absoluta.

El SUV blindado cortaba las curvas sinuosas de la montaña bajo una lluvia fina y helada.

En el asiento trasero, yo observaba las gotas de agua escurriendo por el cristal oscuro, con el cuerpo aún adolorido y marcado por la despedida de Stefano.

Cerré los ojos, abrazando mi propio cuerpo, intentando mantener su calor y su olor en mi piel.

Iré a buscarte. Su promesa era el único ancla que impedía que mi mente se hundiera en el pánico.

Él tenía un plan. Stefano no me arrojaría a los lobos sin tener una estrategia para incendiar el bosque entero después.

Sin embargo, mi instinto, la intuición afilada forjada en veintitrés años sobreviviendo en la Avenida de los Olvidados,

comenzó a susurrar que había algo terriblemente mal.

Abrí los ojos y observé el interior del coche. Estaban el conductor y el jefe de la escolta en el asiento delantero.

El silencio entre ellos no era el silencio enfocado de soldados en misión; era denso, nervioso.

El jefe de la escolta revisaba el GPS en el salpicadero cada diez segundos y miraba por el retrovisor, no para vigiar la carretera, sino para evaluarme.

— ¿Cuántos kilómetros faltan para la casa de seguridad? — pregunté, intentando sonar firme en el ambiente cerrado.

El jefe de la escolta carraspeó, desviando la mirada.

— Cerca de veinte minutos, señora. La señal de radio se está perdiendo por culpa de la tormenta. Procedimiento normal.

¡Mentira!

La tecnología de comunicación de los Moncada no se caía por culpa de una llovizna en la sierra.

Miré la pantalla del GPS en el salpicadero. La ruta trazada no apuntaba hacia la cima de la montaña, donde se encontraban los refugios del gobierno.

Apuntaba hacia una carretera secundaria, una antigua ruta de transporte de mineral que llevaba directo al valle.

La traición restalló en el aire frío del coche como el clic de un gatillo.

El SUV desaceleró bruscamente, los neumáticos derrapando ligeramente en el asfalto mojado hasta detenerse por completo en medio de un tramo aislado de la carretera, rodeado por un bosque denso y negro a ambos lados.

— ¿Qué está pasando? — exigí, con mi mano bajando furtivamente hacia la hebilla del cinturón de seguridad.

— Mantenga la calma, Primera Dama — dijo el jefe de la escolta, sacando la pistola de la funda.

Pero no la apuntó hacia la ventana. Giró el tronco y apuntó el cañón directamente a mi pecho.

El conductor quitó el seguro de las puertas. — Fin del trayecto. Tu reinado termina aquí.

A través de los cristales blindados, vi las luces de tres camionetas cortar la oscuridad, bloqueando la carretera frente a nosotros y detrás de nosotros.

Hombres armados con fusiles y linternas tácticas bajaron, la lluvia plateada brillando en los cañones de las armas y en los tatuajes de cráneos en llamas en sus cuellos.

El cártel *Los Bravos*. Los mercenarios de Salvatore Valente.

— Salvatore Valente manda saludos — sonrió el guardia, estirando la mano izquierda para abrir mi puerta desde adentro y entregarme a los asesinos.

Ese fue el milisegundo exacto en que la novia de mentira murió y la superviviente tomó el control.

No grité. No lloré implorando por mi vida.

Cuando se estiró, su brazo cruzó el espacio entre los asientos.

Con una velocidad que solo la desesperación absoluta puede invocar, solté mi cinturón, me agarré del reposacabezas del asiento del pasajero y pateé el rostro del guardia con ambos pies.

La suela de mi zapatilla golpeó su nariz con un crujido enfermizo de cartílago rompiéndose.

El arma se disparó, pero la bala perforó el techo blindado del SUV, llenando el coche con un estruendo ensordecedor y olor a pólvora.

El conductor gritó, sacando su propia arma.

Sin dudarlo, lancé mi cuerpo sobre el guardia desorientado, arrancando el cuchillo táctico que estaba sujeto a su chaleco.

No esperé a ver si el conductor dispararía. Empujé la puerta de mi lado con el hombro, la abrí de un golpe y me lancé fuera del

coche, rodando violentamente por el asfalto mojado.

Los faros de las camionetas del cártel me cegaron por un segundo.

— ¡Atrapen a la perra! — bramó una voz ronca en la tormenta. — ¡Viva! ¡Salvatore la quiere viva!

No pensé. No miré atrás. Me arrojé por encima del quitamiedos de metal de la carretera y me sumergí de cabeza en la oscuridad del barranco.

La pendiente era empinada. Me deslicé por metros de barro, piedras y ramas sueltas, sintiendo espinas rasgar mi ropa y mi piel.

Golpeé mi hombro con fuerza contra el tronco de un pino, lo que detuvo mi caída, ahogándome en busca de aire.

Arriba, en la carretera, escuché portazos, perros ladrando y haces de linternas cortando la copa de los árboles como hojas de luz.

Estaban bajando.

Apreté el cuchillo táctico en mi mano derecha hasta que me dolieron los nudillos de los dedos.

La lluvia lavaba la sangre de los cortes superficiales en mis brazos. El bosque era un laberinto negro y helado.

Me levanté del suelo fangoso y comencé a correr.

No corría como una presa; corría como un depredador ganando terreno. El suelo irregular exigía concentración absoluta.

La oscuridad era mi única aliada. El entrenamiento de Caterina sobre cómo usar cubiertos de plata no me servía de nada allí, pero los años esquivando balas perdidas y escondiéndome de agresores en el Cerro de la Esperanza eran mi verdadera escuela de supervivencia.

Me detuve detrás del tronco colosal de un árbol milenario, con la respiración quemándome los pulmones.

A pocos metros de mí, el haz de luz de una linterna barrió el follaje.

El sonido de botas pesadas aplastando ramas secas se acercó.

— Date prisa con eso — se quejó uno de los mercenarios, con voz áspera, a pocos pasos de mi escondite.

— No puede haber ido lejos. Es solo una putita de lujo que el presidente recogió de la basura.

Debe de estar llorando detrás de un arbusto con un tobillo roto.

Cerré los ojos. Me concentré en el sonido de su respiración, en el ritmo de sus pasos mojados en el barro.

No sostenía un fusil; escuché el clic metálico del martillo de un revólver siendo amartillado.

Tenía la linterna en una mano y el arma en la otra.

Cuando el haz de la linterna pasó por el árbol y el hombro del mercenario apareció en mi campo de visión periférica, ataqué.

No di un paso en falso. Salté de la oscuridad, agarrando la muñeca de la mano que sostenía el arma con mi mano izquierda, empujándola brutalmente hacia arriba.

El tiro se disparó al vacío, perdiéndose en la lluvia.

Con la mano derecha, clavé el cuchillo táctico del guardia directamente en la base del cuello del mercenario, justo por debajo de la línea del chaleco antibalas.

Se atragantó, con los ojos muy abiertos, y la linterna cayó en el barro iluminando nuestros pies.

La fuerza de mi golpe había sido movida por el odio puro y por la voluntad inquebrantable de volver viva al hombre que me esperaba en el Palacio.

Giré la hoja antes de sacarla, y un chorro de sangre caliente y oscura brotó sobre mis manos y mi rostro.

El cuerpo del hombre cayó pesadamente en el lodo.

Me quedé allí, de pie sobre el cadáver, con el pecho jadeando descontroladamente, la lluvia lavando la sangre de mis labios.

Acababa de arrebatar una vida, pero no había remordimiento, ni vacilación.

Solo había la claridad brutal de quien ha aceptado la guerra.

Me agaché rápidamente y tomé el revólver de los dedos muertos del mercenario.

Pero antes de que pudiera darme la vuelta y continuar mi huida bosque adentro, el bosque a mi alrededor se iluminó.

Tres focos masivos se encendieron en los bordes del claro superior, bañando los árboles y mi escondite con una luz cegadora.

Cerré los ojos, levantando la mano libre para proteger mi visión.

Cuando abrí los ojos nuevamente, el láser rojo de tres rifles de precisión estaba clavado exactamente en el centro de mi pecho.

Estaba rodeada.

La fuga había sido una ilusión temporal, un juego sádico para cansar a la presa.

Una decena de mercenarios de Los Bravos descendió por el barranco, armados hasta los dientes, bloqueando cualquier ruta de escape posible.

— Suelta el arma y el cuchillo. Lentamente.

La voz que sonó desde lo alto del barranco no pertenecía a un matón cualquiera.

Era aterciopelada, cínica y cargada con la arrogancia de los dueños del mundo.

Levanté la cabeza, entrecerrando los ojos contra la luz de los focos.

En lo alto del camino de tierra, protegido por un paraguas negro sostenido por un lacayo, estaba Salvatore Valente y, a su lado,

envuelta en un abrigo de piel sintética, estaba la verdadera Elena.

— Tengo que admitir... — sonrió Salvatore, mirando el cuerpo del mercenario a mis pies.

— La perra tiene dientes. Stefano tiene un gusto peculiar por los animales callejeros.

Pero la cacería ha terminado, Clara Mendes. Suelta el arma, o mis tiradores te arrancarán las rodillas ahora mismo y mandaré que te arrastren por los pelos hasta mi maletero.

Miré los puntos rojos en mi pecho. Miré hacia la oscuridad del bosque detrás de mí.

Y recordé el juramento de mi marido. *Él vendrá por mí.* Solo necesitaba ganar tiempo.

Lentamente, abrí los dedos. El revólver cayó en el barro con un ruido sordo. El cuchillo ensangrentado lo siguió de inmediato.

Dos mercenarios avanzaron, agarrando mis brazos con una fuerza brutal, tirándome de rodillas al suelo embarrado.

Uno de ellos me dio un puñetazo en el estómago que me robó todo el aire, doblando mi cuerpo.

Ataron mis muñecas a mi espalda con bridas de plástico lo suficientemente apretadas como para cortar la circulación.

Fui levantada de mala gana y arrastrada colina arriba. El lodo ensuciaba mi rostro y se pegaba a mis ropas rasgadas.

Cuando me tiraron a los pies de Salvatore Valente, Elena soltó una risada cruel.

Se agachó, sujetando mi barbilla manchada de sangre con sus uñas rojas, obligándome a mirarla.

— Deberías haber seguido limpiando el suelo, Clara. Al menos saldrías viva de esta — susurró, asqueada.

— Tiren este cadáver al maletero y llévenla al matadero.

Quiero que sangre muy despacio antes de que le anunciemos al presidente el trágico accidente de la impostora.

Me levantaron por los brazos atados y me empujaron hacia la camioneta negra.

La oscuridad del maletero engulló mi cuerpo. Cuando la puerta se cerró de golpe, sellando mi prisión, no lloré.

Cerré los ojos en la más absoluta oscuridad, escuchando el motor rugir.

Sé rápido, Stefano, oré en silencio. *Porque si salgo viva de aquí, no va a quedar un solo Valente en pie en esta tierra.*



Stefano Moncada

Capítulo 31

La lluvia azotaba el fuselaje negro del helicóptero Black Hawk mientras rasgábamos el cielo nocturno sobre la Sierra de la Plata.

El ruido ensordecedor de las hélices se mezclaba con los truenos, pero la verdadera tormenta estaba dentro de mi cabeza.

La información había llegado diez minutos después de la caída de la señal. No había sido mi padre.

Don Arturo podía ser un dictador implacable, pero seguía las reglas que él mismo creaba.

Quien había corrompido a la escolta y desviado la ruta no era mi familia. Había sido Salvatore Valente.

El líder del cártel Los Bravos no iba a esperar veinticuatro horas por un acuerdo diplomático.

Quería humillarme. Quería torturar a Clara para garantizar mi sumisión absoluta antes de volver a poner a su hija en el palacio.

Se la habían llevado al "Matadero", un antiguo complejo minero incrustado en la roca, usado por el cártel para ejecuciones y para desechar cuerpos.

Miré mis manos. Estaban enguantadas con guantes tácticos de kevlar.

El fusil de asalto M4 con silenciador reposaba sobre mis piernas.

Mi reflejo en el cristal mojado de la ventana no mostraba al presidente de Santera.

La máscara civil, el político frío y calculador que el mundo conocía, había muerto en el momento en que supe que mi mujer estaba en manos de esos animales.

El Rey de Hielo se había derretido, y lo único que quedó en las profundidades de aquel charco de agua negra fue el diablo.

— Aterrizaje a un kilómetro del objetivo — sonó la voz del piloto en mi radio auricular. — Perímetro hostil.

— Sin prisioneros esta noche, Rocco. — Mi voz salió por la radio, fría y hueca, desprovista de cualquier humanidad.

Rocco, sentado en el banco frente al mío, con el rostro cubierto por un pasamontañas negro, solo asintió.

Él y los doce mejores hombres de la Guardia Pretoriana estaban listos para la carnicería.

Sabían que no estábamos allí para arrestar a nadie, sino para borrar la existencia de la familia Valente del mapa de Santera.

El helicóptero ni siquiera tocó el suelo. Saltamos al barro y a la oscuridad del bosque con el equipo de visión nocturna activado.

El mundo quedó pintado en un tono fantasmal de verde.

Avanzamos por la maleza densa con precisión quirúrgica. El olor a pinos mojados y a tierra removida inundaba mis pulmones, pero yo solo podía pensar en el olor de ella.

En el terror que ella debía estar sintiendo. Cada segundo que pasaba era una puñalada en mi propio pecho.

Alcanzamos el perímetro del complejo. Cercas de alambre de púas y torres de vigilancia improvisadas protegían la entrada de un almacén macizo de zinc oxidado.

Hice una señal con la mano. Mi equipo se separó, fundiéndose con las sombras.

Dos guardias del cártel fumaban debajo de un toldo de lona, protegiéndose de la lluvia. Me acerqué por detrás, como un fantasma.

No usé el arma. El sonido del disparo, incluso silenciado, podría alertar al interior.

Saqué mi cuchillo de combate militar de la funda.

En un movimiento fluido y letal, agarré al primer hombre por detrás, tapándole la boca con la mano izquierda mientras la hoja desgarraba su garganta de oreja a oreja.

La sangre caliente brotó en la lluvia. Antes de que el segundo guardia pudiera reaccionar o gritar, Rocco le rompió el cuello con un crujido seco ahogado por un trueno.

Dejamos caer los cuerpos al barro y avanzamos hacia las puertas principales de acero reforzado.

— Coloquen el C4 — susurré.

Dos operadores pegaron los explosivos en las bisagras y se apartaron. Retrocedí tres pasos, levantando mi fusil y quitando el seguro.

El odio latía en mis venas como ácido.

— Detonar.

La explosión iluminó la noche. Las pesadas puertas de acero fueron arrancadas de las paredes y volaron hacia el interior del almacén en un baño de chispas y humo.

El caos se desató de inmediato. La visión nocturna ya no era necesaria bajo la luz amarilla y enfermiza de los focos del interior del matadero.

Los mercenarios de Salvatore, aturdidos por la explosión, intentaron levantar sus armas.

No tuvieron la menor oportunidad. No actuamos como una fuerza policial. Actuamos como un escuadrón de exterminio.

Avancé por el pasillo central a zancadas, disparando con precisión mecánica. Dos tiros al pecho, uno a la cabeza.

Cada hombre con el tatuaje del cráneo en llamas que osaba cruzar mi línea de visión caía muerto antes incluso de poder apretar el gatillo.

El olor a pólvora y sangre inundó el almacén, enmascarando el óxido y la humedad.

Mi corazón latía a un ritmo frenético, pero mi mente estaba en un estado de calma asesina.

Uno de los mercenarios saltó de detrás de una pila de cajones de madera, disparando una ráfaga de subfusil en mi dirección.

Las balas rebotaron en los pilares de hierro a mi alrededor. No retrocedí.

Levanté mi fusil y le clavé tres balas en el pecho.

El hombre cayó, atragantándose con su propia sangre, apoyado en una puerta de metal cerrada que daba acceso a los niveles inferiores.

Caminé hacia él, pisando pesadamente sobre los cristales rotos y los cartuchos vacíos.

El mercenario aún estaba vivo, mirándome con los ojos muy abiertos de terror, mientras intentaba tapar los agujeros de su pecho.

Lo agarré por el cuello del chaleco táctico, levantando su torso.

Apoyé el cañón humeante de mi fusil en su rodilla izquierda.

— ¿Dónde está? — Mi voz no pasó de ser un susurro demoníaco.

Escupió sangre, negándose a hablar. Apreté el gatillo.

El disparo le hizo añicos la rótula al mercenario. El grito que soltó resonó por encima del ruido del tiroteo que continuaba a nuestro alrededor.

Apreté el cañón del arma contra la herida abierta.

— Voy a preguntar de nuevo — gruñí, con mis ojos clavados en él, con la promesa de un dolor eterno.

— ¿Dónde está Clara?

— ¡Nivel inferior! — gimió, en pura agonía, señalando con su mano temblorosa hacia las puertas dobles de acero al final de aquel pasillo.

— El jefe... Salvatore está allá abajo con su hija... ¡y la chica!

Solté su chaleco, dejándolo caer al suelo. Sin pestañear, le disparé un último tiro en la cabeza, silenciando sus gemidos para siempre.

Recargué el fusil y caminé en dirección a las pesadas puertas de acero que separaban el matadero del sótano.

Rocco se posicionó a mi lado izquierdo, y otros dos guardias pretorianos a mi lado derecho.

El resto del complejo ya había quedado reducido al silencio y a cadáveres.

A través del grueso acero, escuché la risa aguda y estridente de la verdadera Elena.

Una risa de burla, que se mofaba de la única mujer por la que yo estaba dispuesto a quemar el mundo entero.

El diablo dentro de mí esbozó una sonrisa letal. Les había dado veinticuatro horas.

Me robaron mi tiempo. Ahora, yo iba a robarles la vida.

— Echen esa puerta abajo — ordené.

El Rey de Hielo se preparó para entrar en el infierno y traer a su Reina de vuelta.



Clara Mendes

Capítulo 32

El subsuelo del matadero olía a óxido, moho y sangre vieja.

Yo estaba atada a una silla de hierro oxidada en el centro de una sala de hormigón desnudo, iluminada apenas por una bombilla fluorescente que parpadeaba de forma errática.

Mis muñecas latían, cortadas por la fricción de las bridas de plástico cada vez que intentaba moverme.

El barro de la sierra se había secado en mis ropas rasgadas, y un hilo de sangre escurría de un corte en mi frente, pero yo mantenía mi espalda recta.

No iba a doblegarme. No ante ellos.

Salvatore Valente fumaba un puro apoyado en una mesa de metal llena de herramientas que yo prefería no analizar de cerca.

Sin embargo, la verdadera tortura no provenía de él. Provenía de la mujer que caminaba de un lado a otro frente a mí, con sus

tacones de aguja resonando en el suelo de cemento.

Elena se detuvo y me miró. Su abrigo de piel sintética contrastaba con la suciedad del lugar.

Tenía un revólver plateado en su mano derecha, balanceándolo con una familiaridad aterradora para alguien que parecía una muñeca de porcelana.

— ¿Sabes qué es lo más gracioso, Clara? — comenzó, con un tono dulce y sádico.

— Que realmente creíste que él vendría a buscarte.

Elena esperó a que yo dijera algo, pero me quedé en silencio, no dejaría que sus palabras me destruyeran.

Él podría matarme, pero no me vería desmoronarme.

Se agachó, quedando con su rostro a la altura del mío.

— Stefano no va a venir — susurró, esbozando una sonrisa perversa.

— Está en el Palacio, probablemente bebiendo un whisky caro y celebrando el hecho de que hicimos el trabajo sucio de limpiar el nombre de su familia.

Fuiste solo un agujero caliente para que él descargara la tensión.

El instinto de bajar la mirada gritó dentro de mí, pero la chica del Cerro de la Esperanza, la mujer que Stefano Moncada había tocado como si fuera un altar, se negó a ceder.

Solté una risa. Baja, amarga y llena de burla. La sonrisa de Elena desapareció.

— ¿De qué te ríes, escoria? — siseó.

— Me río de ti, Elena — respondí, alzando la barbilla, con la mirada fija en la suya.

— Tienes el dinero, tienes el apellido, tienes la sangre de la mafia.

Pero estás tan vacía, eres tan insegura, que necesitas atarme a una silla en un sótano asqueroso para sentirte superior.

Me dio una bofetada en la cara. La fuerza del impacto giró mi cabeza, y el sabor metálico de la sangre invadió mi boca.

Volví a mirarla, escupiendo la sangre en el suelo, justo al lado de su caro zapato.

— Huiste porque sabías que Stefano iba a ver a través de ti en dos segundos — continué, con una voz afilada como vidrio roto, usando todo lo que había aprendido en las calles sobre leer a las personas para desestabilizarla.

— ¿Y quieres saber la verdad? Te miró y no echó de menos tu nombre.

Él quemó nuestro contrato porque no me quería como una sustituta. Me quería como su dueña.

— ¡Cállate la boca! — gritó Elena, con la vena del cuello saltando, la máscara de princesa de hielo desmoronándose bajo el peso de la furia.

— Se corrió gritando mi nombre, Elena — la provoqué, sin piedad, viendo su arrogancia transformarse en puro odio.

— El Rey de Hielo se arrodilló ante mí. Y puedes matarme hoy, puedes asumir mi lugar en ese palacio mañana, pero cada vez que él mire tu rostro, me buscará a mí.

Nunca serás más que el fantasma de la señora de la limpieza que te robó el marido.

— ¡Te dije que te calles! — Elena quitó el seguro del arma con un clic fuerte y apuntó el cañón plateado directamente al centro de mi frente.

Su dedo tembló en el gatillo. Sus ojos estaban rojos, cegados por la humillación.

— ¡Elena, no seas estúpida! — intervino Salvatore, dando un paso adelante.

— Ella tiene que sufrir despacio, necesitamos grabar para...

Pero la frase de Salvatore nunca se terminó.

Un estruendo titánico sacudió los cimientos del Matadero. El techo de hormigón vibró, dejando caer polvo sobre nosotros.

El sonido de disparos de fusil amortiguados, seguido de gritos cortados bruscamente, resonó por los pasillos superiores.

Salvatore sacó su arma y el puro cayó de su boca.

Elena retrocedió dos pasos, el arma aún apuntando en mi dirección, pero sus ojos muy abiertos por el pánico se volvieron hacia las pesadas puertas dobles de acero al fondo de la sala.

— ¿Qué es eso? — tartamudeó. — Papá, nuestros hombres...

El silencio que siguió a la última explosión duró apenas dos segundos.

Entonces, las puertas de acero fueron arrancadas de sus bisagras con una carga explosiva tan fuerte que una de ellas voló por los aires, chocando violentamente contra la pared opuesta.

Una nube de humo gris y polvo invadió la sala.

A través del velo de humo, iluminada por los láseres verdes de las armas tácticas, emergió una figura. No era la policía.

No era un rescate diplomático.

Era el infierno en persona. Stefano Moncada cruzó el umbral destruido.

Él no llevaba el traje italiano, sino ropa táctica que estaba manchada de hollín y de la sangre de los hombres que acababa de masacrar en el piso de arriba.

El fusil M4 en sus manos aún humeaba. Sus ojos oscuros eran dos rendijas de puro instinto asesino.

Detrás de él, Rocco y los soldados de la Guardia Pretoriana se esparcieron por la sala como sombras letales, apuntando sus fusiles a Salvatore.

Mi corazón dio un vuelco tan violento que casi me rompe las costillas. Su promesa había sido cumplida.

Él vino...

Salvatore Valente tragó saliva, pero su instinto de mafioso lo hizo levantar el pequeño dispositivo negro que sostenía en su mano izquierda.

— ¡Detente ahí mismo, Stefano! — bramó Salvatore, con la voz temblando, a pesar de su esfuerzo por sonar amenazante.

Su pulgar se posó sobre el botón rojo. — ¡Aprieto esto y los servidores envían las pruebas de la farsa a la prensa global!

¡Las fotos, el ADN, el contrato! ¡Tu imperio se desmorona! ¡La chica se pudre en la cárcel! ¡Lo pierdes todo!

El Rey de Hielo ni siquiera disminuyó el paso. Su postura no demostró ni un milímetro de vacilación o miedo.

Stefano miró el dispositivo, y luego los ojos desesperados de Salvatore.

— Que se joda el mundo — dijo Stefano, con una voz baja, fría y absoluta.

Levantó el fusil y apretó el gatillo. Un único disparo desgarró el aire.

La bala perforó el centro de la frente de Salvatore Valente antes de que su cerebro pudiera enviar la orden a su pulgar para que apretara el botón.

El cuerpo del líder del cártel *Los Bravos* cayó hacia atrás, pesado y sin vida, y el dispositivo se deslizó inofensivamente de sus dedos muertos y se rompió en el suelo de hormigón.

Elena soltó un grito ensordecedor, un sonido agudo y gutural de histeria y pavor.

Miró a su padre muerto, la sangre manchando sus zapatos, y luego miró a Stefano.

La locura y la furia ciega se apoderaron de la verdadera novia.

En un movimiento rápido y desesperado, Elena se volvió hacia mí, levantando el revólver plateado en dirección a mi pecho,

decidida a llevarse al infierno con ella la única cosa que le importaba a Stefano.

— ¡Muérete, desgraciada! — gritó, apretando el gatillo.

Pero los reflejos de Stefano estaban forjados en la guerra. El arma de Elena no tuvo tiempo de escupir fuego.

El fusil de Stefano se disparó dos veces en una fracción de segundo.

El doble impacto lanzó el cuerpo de Elena hacia atrás.

El abrigo de piel blanca se manchó de un rojo vivo instantáneamente.

El revólver plateado cayó al suelo, disparando un tiro inofensivo contra el techo.

Elena cayó de rodillas. Jadeó, con los ojos muy abiertos e incrédulos fijos en el agujero en su propio pecho.

Miró a Stefano por última vez, sus labios temblando sin emitir ningún sonido, antes de desplomarse de lado, muerta en el suelo del matadero.

El silencio que siguió fue cortado únicamente por la respiración agitada de los soldados en el perímetro.

Stefano soltó el fusil. El arma cara y letal golpeó el suelo de cemento como si fuera basura.

Ignoró los cadáveres de los Valente. Ignoró a Rocco. Ignoró al mundo entero. Corrió hacia mí.

Cayó de rodillas frente a mí, con su máscara de hielo completamente destrozada, el rostro contorsionado en una expresión de desesperación y alivio tan intensos que dolía verlos.

Sacó su cuchillo de combate de la funda y cortó las bridas de plástico que apresaban mis muñecas con un solo golpe afilado.

En cuanto mis manos quedaron libres, me lancé hacia adelante, chocando contra su pecho.

Stefano me rodeó con ambos brazos, aplastándome contra su cuerpo con una fuerza que casi me dejó sin aire.

Enterró su rostro en mi cuello, y sentí al hombre más temido y poderoso del país temblar violentamente contra mí.

— Estás viva — susurró, en una voz áspera, rasgada, como si no lo creyera, besando mi cuello, mi cabello, mis manos sucias de sangre y barro.

— Estás viva. ¡Dios, estás viva!

— Yo sabía que vendrías. — Sollocé, agarrando su camisa, enterrando el rostro en su hombro ancho y sintiendo el olor a humo y el calor de su piel.

— Prometí que te esperaría.

Retrocedió solo lo suficiente para sostener mi rostro entre sus dos manos manchadas de hollín.

Sus pulgares acariciaron mis mejillas, sus ojos negros barriendo cada centímetro de mi rostro, evaluando el corte en mi frente, la suciedad, el terror por el que había pasado.

— Lo siento mucho — murmuró, pegando su frente a la mía, su respiración pesada calmándose gradualmente.

— Siento mucho haberte dejado salir de aquella habitación. Nunca más, Clara. Nadie volverá a tocarte jamás.

Detrás de él, Rocco carraspeó levemente, bajando la radio de comunicación.

— Stefano. La zona está despejada. No queda nadie del cártel vivo en un radio de cinco kilómetros.

Pero debemos movernos. Las autoridades locales llegarán en veinte minutos debido a las explosiones.

Stefano no apartó sus ojos de mí. No estaba mirando a una sustituta. No estaba mirando a un contrato.

Estaba mirando a la dueña de su propia alma.

— Que vengan — respondió Stefano, su voz recuperando la frialdad cortante, pero sus ojos no abandonaban la ternura dedicada únicamente a mí.

Pasó un brazo por debajo de mis rodillas y el otro por mi espalda, levantándome del suelo con facilidad.

Apoyé la cabeza en su pecho, sintiendo que flotaba, mientras él me sacaba del sótano.

Pasamos por los cuerpos de Salvatore y Elena, por el charco de sangre que ponía fin al legado de traición de aquella familia, y caminamos hacia la tormenta que aún rugía allá afuera.



Stefano Moncada

Capítulo 33

La fortaleza secreta de Rocco estaba a treinta minutos de la Sierra de la Plata, incrustada en las rocas de un acantilado frente al mar.

Nadie en el Palacio de Santera conocía aquel lugar. Era un santuario de fantasmas, un escondite de hormigón y acero diseñado para guerras que no podían librarse bajo la luz del sol.

Sin embargo, cuando crucé las pesadas puertas de seguridad llevando a Clara en brazos, no me sentía como un soldado victorioso regresando del campo de batalla.

Me sentía como un hombre que acababa de sobrevivir a su propio infierno.

El subidón de la adrenalina estaba empezando a bajar, y lo que venía en su lugar era un terror frío, cortante y paralizante.

Caminé por los pasillos oscuros con pasos largos y silenciosos, ignorando a Rocco, que se quedó de guardia en el centro de mando.

Entré a la suite principal y cerré la puerta de una patada, dejando al mundo entero afuera.

No fuimos a la cama. La seda blanca de las sábanas no era lugar para nosotros en aquel momento. Estábamos asquerosos.

Olíamos a barro, a pólvora, a lluvia helada y a sangre muerta.

Fui directo al espacioso baño de mármol negro. Puse a Clara en el suelo con una delicadeza que contrastaba brutalmente con la violencia que había desatado horas antes.

Abrí la ducha doble a la temperatura más alta, dejando que el vapor denso comenzara a llenar el espacio, empañando los espejos y calentando el aire helado.

Clara estaba de pie bajo el agua, temblando ligeramente, con sus ropas rasgadas aún pegadas a su cuerpo.

El corte en su frente había dejado de sangrar, pero su piel pálida estaba manchada con la sangre de los hombres que intentaron quitármela.

Me acerqué a ella y comencé a despojarla de lo que quedaba de tela en su cuerpo.

Mis dedos, aún enguantados con los guantes tácticos que ni siquiera había recordado quitarme, tiraron de los restos de su vestido y de la chaqueta.

Me arranqué mis propios guantes y los tiré lejos. Me quité la funda del arma, la camisa rasgada y el pesado pantalón, pateándolo todo hacia la esquina de la ducha.

Nos quedamos desnudos, bajo el flujo intenso y ardiente del agua.

El agua corría por nuestros cuerpos, adquiriendo un tono rojizo y fangoso antes de desaparecer por el desagüe de metal.

Observé cómo la suciedad era lavada de su piel, pero el agua caliente reveló algo que hizo que mi cordura se resquebrajara por

segunda vez esa noche: las marcas moradas en sus finas muñecas causadas por las bridas.

Los hematomas verdosos en sus costillas donde la habían pateado. Los rasguños del bosque en sus muslos y hombros.

La lastimaron. Mi padre la entregó para que la quebraran.

La imagen de Elena apuntando aquella arma plateada al pecho de Clara brilló en mi mente como un destello estroboscópico.

El sonido del disparo imaginario resonó en mis oídos.

Me faltó el aire, desapareció bajo el peso de un pánico visceral, sofocante y sombrío.

— Stefano... — la voz de Clara sonó baja, rasgando el ruido constante del agua.

Levantó el rostro mojado. Sus ojos castaños, profundos y cargados de una comprensión que me desnudaba hasta el alma, se encontraron con los míos.

Ella no estaba asustada por mis demonios. Sabía exactamente lo que estaba sucediendo en mi interior.

No pude decir ni una palabra. No había palabras. Solo había una necesidad absoluta, salvaje e instintiva de demostrarle a mi propio cerebro enfermo que ella aún respiraba.

Que ella era real y era mía.

Avancé, impulsado por una fuerza gravitacional irrefrenable. Presioné a Clara contra la pared fría de mármol de la ducha.

Su espalda desnuda chocó contra el azulejo oscuro, y mis manos volaron a los lados de su rostro, sosteniéndola con una posesividad que bordeaba la desesperación.

Aplasté mi boca contra la suya. No fue un beso de alivio.

No hubo romanticismo, ni la ternura que habíamos compartido. Fue una colisión brutal, un ataque hambriento y violento de alguien que necesita succionar el oxígeno de sus pulmones para seguir vivo.

Mi lengua invadió su boca, probando el sabor del agua caliente, la sal de las lágrimas y el fuego que ardía en ella.

Clara no retrocedió. Al contrario. Correspondió a mi agresividad con una furia idéntica.

Enredó sus brazos alrededor de mi cuello, atrayéndome con tanta fuerza que nuestros pechos se pegaron, anulando cualquier espacio entre nuestros corazones acelerados.

Sus uñas arañaron mis hombros mojados, exigiéndome, anclándome a la realidad de que habíamos sobrevivido juntos al matadero.

Bajé mis besos por la línea de su mandíbula, mordiendo la suave piel de su cuello, chupando el lugar donde mis dientes marcaban territorio con una urgencia posesiva.

— Mía — gruñí contra su piel, mi voz ahogada por el agua. — Eres mía.

Nadie te alejará de mí.

— Soy tuya, Stefano. Estoy aquí. Tócame. Hazme sentirte — imploró, jadeante, con las manos descendiendo desesperadamente por mi espalda y agarrando mis caderas.

Su ruego desgarrado destruyó el último hilo de autocontrol que yo poseía.

Levanté a Clara por la cintura, y ella envolvió sus piernas firmemente alrededor de mi cintura, enganchando sus tobillos en mi espalda.

Apoyé mis manos en sus muslos, sosteniéndola contra el mármol.

La fricción de nuestros cuerpos mojados era eléctrica y ensordecedora en medio del denso vapor del baño.

No la preparé. La adrenalina, el miedo a la muerte y la desesperación la habían dejado completamente entregada, caliente y húmeda bajo el agua corriente.

Me enterré en ella con una sola estocada, profunda y brutal.

Clara soltó un grito fuerte que rebotó en los azulejos oscuros, echando la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados con fuerza.

Clavó sus uñas en mi espalda, dejando marcas rojas en mi piel, absorbiendo todo el tamaño y la fuerza de mi desesperación de una sola vez.

— Más profundo — exigió, en una voz rasgada, abriendo sus ojos oscuros para mirarme con un salvajismo que reflejaba el mío.

Comencé a moverme. Cada embestida era un golpe pesado, rítmico y primitivo.

Yo golpeaba su cuerpo contra la pared de mármol.

El sonido de nuestra piel chocando bajo el agua creaba una banda sonora cruda de supervivencia.

No solo estaba haciendo el amor con mi mujer;

estaba expulsando a los fantasmas del matadero de su cuerpo, quemando las marcas de Salvatore, de Elena, y reemplazando el dolor y la humillación con mi posesión absoluta.

— Stefano... Dios... — gemía, con la respiración entrecortada, el pecho subiendo y bajando contra el mío.

La sostuve con más fuerza, mis músculos tensos y doloridos por la tensión del combate siendo llevados al límite máximo.

Me moví dentro de ella con un hambre inagotable, rozando el punto que la hacía perder la razón, queriendo destruirla con placer para que olvidara las últimas horas.

La conexión entre nosotros era tan densa, tan absurdamente visceral, que las fronteras entre mi cuerpo y el de ella desaparecieron.

Sentía cada contracción de sus paredes alrededor de mi erección, ordeñando mi cordura, empujándome hacia un precipicio del cual no tenía la más mínima intención de volver.

Miré su rostro, a la mujer que salvó al monstruo y domó al presidente.

El amor que sentía por ella no era gentil. Era un vicio enfermizo.

El orgasmo golpeó a Clara con la fuerza de un maremoto.

Su cuerpo entero se tensó contra la pared, sus uñas se hundieron en mi carne, mientras gritaba mi nombre, sus ojos oscuros se nublaron por la intensidad del clímax.

La contracción violenta a mi alrededor fue la chispa final.

Solté un gruñido áspero, casi doloroso, y hundí mis caderas en ella hasta el límite, disparando mi esencia bien profundo en su núcleo.

El alivio explosivo lavó mi alma oscura, barriendo los escombros de la traumática noche.

Mi cuerpo tembló violentamente contra el suyo, agotado, purificado por el fuego que solo ella sabía encender.

Apoyé mi frente en su clavícula, jadeante, mientras el agua hirviendo continuaba golpeando nuestros cuerpos abrazados.

Clara acarició mi nuca con dedos temblorosos, calmando su respiración, con los latidos de su corazón finalmente sincronizándose con los míos.

Lentamente, dejé que sus piernas se deslizaran de vuelta al suelo. No la solté.

La abracé con ambas manos alrededor de su cintura, manteniéndola pegada a mi cuerpo, nuestros rostros bañados por el vapor.



Clara Mendes

Capítulo 34

La luz pálida de la mañana se filtraba por las rendijas de las persianas de acero de la fortaleza de Rocco.

Yo estaba de pie frente al inmenso espejo del baño de mármol, usando solo una bata oscura de Stefano, que me quedaba enorme.

El silencio del escondite era absoluto, roto únicamente por el sonido de mi propia respiración.

Miré mi reflejo. Los moretones en mi rostro y cuello estaban comenzando a adquirir un tono púrpura, las marcas físicas de mi supervivencia.

Sin embargo, no fueron las heridas las que me hicieron apretar la mandíbula.

Fue el cabello.

Los mechones largos y castaños caían sobre mis hombros como una maldición.

Aquel color, aquel corte... todo eso pertenecía a una mujer débil que había muerto en el suelo asqueroso de un matadero.

Pertenecía a una niña pija que huyó de su propia guerra e intentó empujarme a la línea de fuego.

Había pasado meses mirándome a ese espejo y viendo a Elena Valente... meses encogiéndome, intentando encajar en el molde de una mujer florero sumisa para que nadie se diera cuenta del fraude.

Eso se había acabado. El contrato se había convertido en cenizas. La verdadera Elena estaba en el depósito de cadáveres.

La puerta del baño se abrió sin hacer ruido. Stefano se apoyó en el marco.

Llevaba pantalones negros y una camisa oscura abierta en el pecho, y su cabello aún estaba húmedo.

Sus ojos negros, que solían barrer el mundo con frialdad, me observaban con una intensidad depredadora y devota.

Él no veía al fantasma. Veía a la mujer que había matado en el bosque para volver a él.

— Ya no soporto mirar esto — susurré, levantando la mano y sosteniendo un mechón de mi cabello con asco.

Solté el cabello como si quemara mis dedos. — Elena murió ayer, Stefano.

Me niego a cargar su sombra en mi rostro ni un segundo más.

Stefano se separó de la puerta y caminó hacia mí. Se detuvo detrás de mí, sus ojos fijos en nuestro reflejo en el espejo.

Sus manos grandes y encallecidas se posaron en mis hombros, sus pulgares acariciando mi cuello.

— ¿Qué quieres hacer? — preguntó, con una voz grave y ronca.

— Quiero recuperar mi rostro. Quiero otro color.

Quiero a Clara Mendes — respondí, girándome para mirarlo, con determinación latiendo en mis venas. — Llama a alguien.

Alguien en quien Rocco confíe con su propia vida y mándale traer ropa.

No los vestidos en tonos pastel que elegía Caterina. Ropa de verdad.

Una sonrisa lenta, peligrosa e increíblemente orgullosa curvó los labios del Rey de Hielo.

Él no lo cuestionó ni se preocupó por la posibilidad de que a la prensa le extrañara el cambio de la Primera Dama.

Simplemente asintió, levantando mi mano para besar mis nudillos arañados.

— Lo que mi reina pida.

Dos horas después, la suite de máxima seguridad se había transformado.

Rocco trajo a un estilista del submundo, un hombre silencioso y eficiente que prestaba servicios a la élite cuando necesitaban discreción absoluta.

No hizo preguntas sobre mis moretones o sobre los guardias armados fuera de la puerta.

Me senté en la silla de cuero. El sonido de las tijeras cortando los mechones fue el más liberador que he escuchado en mi vida.

Cada pedazo de cabello que caía al suelo era un pedazo de mi miedo, de mi sumisión y de mi pasado como rehén de limpieza.

El tinte tan oscuro que rozaba el negro azulado fue aplicado con precisión.

El olor a químicos llenó el aire mientras yo observaba a mi verdadero yo resurgir en el espejo.

El corte no fue largo y ondulado como el de Elena.

Fue un bob largo y afilado, recto e increíblemente moderno, que se detenía en la base de mi cuello, resaltando mis hombros y mi mandíbula.

Era un corte que no pedía disculpas.

Cuando el estilista terminó y fue escoltado hacia afuera por Rocco, fui al vestidor donde me esperaba la ropa nueva.

Ignorando las faldas y los vestidos de seda, tomé la pieza central que había exigido.

Un traje femenino de sastrería negro impecable. Me puse el pantalón de tiro alto, que abrazaba mis curvas, y abotoné el blazer estructurado directamente sobre mi piel desnuda, el escote en V profundo transmitiendo una sensualidad intimidadora y letal.

Me puse un par de stilettos negros de tacón de aguja.

Me pasé un pintalabios rojo oscuro por los labios, el único toque de color en mi rostro pálido y afilado.

Salí del vestidor y caminé hacia la sala principal del escondite.

Stefano estaba de espaldas, conversando en voz baja con Rocco, señalando un mapa digital en la mesa de cristal.

El sonido de mis tacones en el suelo de cemento hizo que ambos se congelaran.

Rocco fue el primero en volverse. El general despiadado de la Guardia Pretoriana abrió un poco los ojos, bajando la cabeza en un gesto de respeto instantáneo y absoluto antes de retroceder dos pasos, murmurando un "Con permiso" y saliendo de la sala.

Stefano se giró lentamente. Cuando los ojos del presidente de Santera me alcanzaron, dejó de respirar.

El mapa digital fue olvidado. La guerra fue olvidada. El mundo exterior dejó de existir.

Me miró de pies a cabeza, absorbiendo el cabello oscuro, la postura recta, el traje que gritaba poder y la mirada afilada de quien había decapitado a la impostora y asumido el trono.

La posesividad en sus ojos negros fue eclipsada por algo mucho más grande: adoración pura, ciega y absoluta.

Caminé hacia él. El sonido de mis tacones resonaba como disparos de precisión. Me detuve a centímetros de su cuerpo.

No necesitaba levantar el rostro para mirarlo con miedo;

lo miré con la fuerza de quien era dueña de aquel hombre.

— Se acabó el teatro, Stefano — mi voz sonó aterciopelada, pero peligrosa como una hoja recién afilada.

— Ya no seré la sombra de una muerta.

No voy a esconderme más detrás de la sonrisa de una mujer que odiaba este país.

A partir de hoy, si voy a entrar en ese palacio, no seré tu secreto.

No seré una rehén de acuerdos políticos, ni la "pieza" desechable de tu madre.

Me incliné levemente, mis ojos castaños perforando el alma negra del monstruo.

— Yo no camino detrás de ti. Yo no bajo la cabeza ante los patriarcas. ¿Entendido?

Stefano tragó saliva. Su nuez subió y bajó.

Levantó su mano derecha, con los dedos temblando levemente por la fuerza de la emoción que lo consumía, y tocó la punta de mi cabello oscuro, como si estuviera tocando algo sagrado.

A él no le importó mi audacia. No se sintió amenazado por mi poder;

se sintió completamente embriagado por él.

El Rey de Hielo, el hombre que hacía temblar a cárteles y políticos con solo una mirada, bajó el rostro.

Tomó mi mano derecha, la mano encallecida por la escoba y sucia con la sangre de sus enemigos, y besó mis nudillos con una reverencia que me quitó el aliento.

— Tú nunca fuiste la sombra de nadie, Clara — murmuró contra mi piel, su voz vibrando con un orgullo feroz e inquebrantable.

— Tú fuiste la luz que incendió mi maldito imperio entero.

Levantó el rostro, con los ojos desbordando la oscuridad letal de quien estaba a punto de entrar en guerra.

— Vamos a volver al Palacio, mi Reina. Es hora de enseñarles a mis padres quién es el que realmente manda en Santera.



Stefano Moncada

Capítulo 35

El trayecto de regreso al Palacio de Santera se hizo en silencio, pero el aire dentro del SUV blindado crepitaba con una electricidad letal.

Clara estaba sentada a mi lado. El traje negro de sastrería le quedaba como una armadura forjada en el infierno.

El cabello oscuro, recién cortado y afilado, enmarcaba el rostro pálido donde los hematomas de la noche anterior comenzaban a oscurecerse.

Ella no intentó cubrir las marcas con maquillaje. Las exhibía como medallas de guerra.

Cuando cruzamos las puertas del Palacio y bajamos del coche en el atrio principal, el shock fue instantáneo.

Los guardias de la Guardia Pretoriana, acostumbrados a ver a la "Primera Dama" desfilando en vestidos de tonos pastel y cabello

rubio, se paralizaron.

Miraron a Clara, absorbiendo la oscuridad, la postura depredadora y el dominio absoluto que ella exhalaba a cada paso de tacón de aguja en el mármol.

Nadie osó cuestionar. Su instinto de supervivencia gritó más fuerte.

Solo inclinaron la cabeza, abriendo paso a su verdadera Reina.

Caminamos lado a lado hasta el Despacho Presidencial. Rocco ya me había informado que mis padres estaban allí dentro desde hacía horas, exigiendo respuestas sobre el baño de sangre en la Sierra de la Plata.

Me detuve frente a las puertas de roble. Miré a Clara, ofreciéndole en silencio la oportunidad de retroceder.

En respuesta, ella alzó la barbilla, con los ojos castaños brillando con una frialdad que me hizo contener la respiración, y empujó las dos puertas al mismo tiempo.

El estruendo de la madera golpeando contra las paredes hizo que Don Arturo y Doña Isabella saltaran en sus asientos.

Mi padre estaba en su silla de ruedas al lado de la chimenea apagada, con el rostro rojo de furia contenida.

Mi madre estaba sentada en el sillón, con una copa de vino intacta en las manos y la tensión marcando cada línea de su rostro aristocrático.

— ¡Stefano! — rugió Don Arturo. — ¡¿Qué diablos has hecho?! ¡Salvatore Valente está muerto!

¡Su hija está muerta! ¡Has destruido la alianza que sostenía nuestras rutas!

¡Has condenado a esta familia por culpa de un capricho!

Doña Isabella se levantó abruptamente, con los ojos oscuros abriéndose de par en par al enfocar a la mujer a mi lado.

La copa de vino tembló en su mano.

— ¿Y por qué esa... esa impostora aún está viva?!

— siseó Isabella, con la voz fallando al registrar la transformación de Clara. — ¿Qué significa ese cabello?

¡¿Qué clase de afrenta es esta, Stefano?! ¡El acuerdo era eliminarla!

Di un paso al frente, sintiendo a la bestia en mi pecho rugir, lista para destrozarlos a los dos por atreverse a hablar así con mi mujer.

Iba a acabar con aquel imperio allí mismo.

Sin embargo, antes de que yo pudiera abrir la boca, una mano pequeña y firme se posó plana contra mi pecho.

El toque de Clara me detuvo instantáneamente. El Rey de Hielo, que no obedecía a nadie sobre la faz de la Tierra, se congeló en su lugar ante su orden silenciosa.

Clara pasó de largo, asumiendo la línea de frente. Caminó lentamente en dirección a mi madre.

El sonido de sus tacones resonaba por el despacho, rítmico e hipnótico, hasta detenerse a menos de un metro de Doña Isabella.

— El acuerdo — comenzó Clara, con la voz aterciopelada, baja y cargada de un peligro cortante — era que yo serviría de escudo para su preciosa heredera de plástico.

¿Pero adivine qué, Isabella? El escudo sobrevivió. La heredera no.

— ¡¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono, rata de favela?! — escupió Isabella, levantando la mano.

El reflejo de Clara fue tan rápido que mi madre parpadeó asustada. Clara no retrocedió;

dio un paso más hacia adelante, invadiendo el espacio personal de la Matriarca, obligando a Isabella a bajar la mano.

— Me atrevo porque yo soy la única razón por la que ustedes dos no están en una tumba poco profunda ahora mismo — dijo Clara, con los ojos castaños perforando la arrogancia de mi madre.

— Su "alianza perfecta" con los Valente era un fraude. Salvatore desvió mi convoy anoche.

Iba a torturarme y usar los archivos de todos modos para chantajear a Stefano hasta que perdieran el control de Santera.

Elena intentó dispararme porque era demasiado cobarde para dispararle a Stefano.

Clara volvió el rostro hacia Don Arturo, que la observaba con una mezcla de conmoción y fascinación perturbada.

— Su imperio de la mafia es muy bonito en papel, Don Arturo — continuó ella, la voz resonando en las paredes de roble.

— Pero cuando la sangre empezó a correr de verdad, la princesa que ustedes eligieron se desmoronó.

Fui yo quien mantuvo la cabeza en alto. Fui yo quien le clavó un cuchillo en el cuello a un mercenario anoche para volver al hombre que amo.

¡Fui yo quien se ganó la lealtad de su hija menor y de su hijo rebelde, porque ustedes dos estaban muy ocupados midiendo el tamaño de su propio ego para darse cuenta de que se estaban asfixiando!

Las puertas del despacho se abrieron nuevamente. Adriano y Sofia entraron, los dos con expresiones cerradas.

Sofia caminó directamente hacia Clara y se paró a su lado, cruzando los brazos, encarando a su propia madre con desafío.

Adriano se detuvo al otro lado de Clara, metiendo las manos en los bolsillos, formando una muralla humana alrededor de mi mujer.

— Clara tiene razón — declaró Adriano, con la voz firme, despojada de su sarcasmo habitual.

— Ustedes querían una reina que se viera bonita en las fotos y no hiciera preguntas.

Pero se ganaron una que sabe sobrevivir. Y yo prefiero estar del lado de quien sobrevive.

Doña Isabella miró de su primogénito a sus dos hijos menores, con la barbilla temblando ligeramente.

La dinastía Moncada estaba dividida, y el poder ya no estaba en manos de los patriarcas.

El poder estaba en manos de la chica de traje negro que había desafiado a la muerte.

Don Arturo apoyó ambas manos sobre su rodilla. El viejo lobo de la mafia entrecerró los ojos, evaluando a Clara ya no como a una señora de la limpieza, sino como a un soldado que acababa de regresar con la cabeza del general enemigo en sus manos.

En la mafia, el dinero compra respeto, pero solo la sangre y la fuerza bruta compran la eternidad.

Me miró por encima del hombro de Clara.

— ¿Estás dispuesto a tirar el nombre de los Valente a la basura, perder el apoyo del norte y declarar la guerra a los cárteles restantes por ella, Stefano?

— preguntó, la voz grave y sin emoción.

Esbocé una sonrisa letal, caminando hasta detenerme exactamente detrás de Clara.

Deslicé mi mano posesivamente por su cintura, pegando su espalda a mi pecho.

— Ya he declarado la guerra, padre. La sangre ya se ha derramado — respondí con firmeza, lo que hizo que el viejo Arturo contuviera la respiración.

— Y si usted o mi madre intentan quitármela nuevamente, los cárteles serán la menor de sus preocupaciones.

El trono es de ella. Acéptenlo. O hagan las maletas y lárguense de Santera hoy mismo.

El silencio se tragó el despacho. El polvo se asentó. Don Arturo intercambió una mirada larga y densa con Doña Isabella.

Había indignación, sí, pero la mente fría y calculadora de la mafia prevaleció. Elena Valente habría sido una reina dócil.

Clara Mendes sería una emperatriz letal. Protegería aquel imperio con la misma ferocidad con la que protegía a su hermana enferma.

Era indomable, y era exactamente por eso que el Rey de Hielo estaba arrodillado a sus pies.

El rostro duro de Don Arturo se suavizó en una máscara de pragmatismo.

Bajó la cabeza en un asentimiento lento, formal y definitivo, no hacia mí, sino hacia Clara.

— Hay que tener acero en la columna para gobernar con Stefano — murmuró Arturo, con la mirada brillando con un respeto genuino que nunca le había visto dedicar a nadie.

— Bienvenida a la familia Moncada, Clara.

Doña Isabella, tragándose su propio orgullo y dándose cuenta de que había perdido la guerra por la dominancia de la casa, enderezó los hombros y forzó una sonrisa rígida.

— Ya veremos si tu fuerza dura más allá de la luna de miel, muchacha.

Clara le sostuvo la mirada a su suegra, una sonrisa afilada y sombría curvando los labios pintados de rojo.

— Le prometo que no se va a decepcionar.

Adriano soltó un silbido bajo de aprobación, y Sofia esbozó una sonrisa victoriosa. La tormenta había pasado.

El imperio de los Moncada no había sido destruido; había sido reconstruido con hormigón y sangre.

Cuando mis padres y mis hermanos salieron de la sala, cerré las puertas dobles de roble, echando el cerrojo de acero.

El mundo exterior acababa de aceptar la derrota.

Clara se volvió hacia mí, con el pecho subiendo y bajando, la adrenalina de la confrontación aún ardiendo en sus ojos oscuros.

Estaba tan absurdamente hermosa, tan dueña de sí misma, que el vicio en mi sangre rugió incontrolable.

No solo había ganado una esposa. Había ganado una diosa de la guerra y era hora de demostrarle cómo un rey adora a su reina.



Clara Mendes

Capítulo 36

El sonido de la pesada cerradura de acero de la puerta doble de roble resonó por el Despacho Presidencial.

Giré la llave con firmeza, encerrándonos allí dentro, sellando nuestro mundo y alejando al resto del Palacio de Santera.

La respiración de Stefano era pesada. Él estaba de pie en el centro de la sala, exactamente donde sus padres habían estado hace unos minutos.

El traje oscuro que llevaba parecía pequeño para la grandiosidad de la fiera que habitaba en su interior.

Pero, cuando me giré para encararlo, la fiera estaba quieta.

Los ojos negros del Rey de Hielo me siguieron en cada milímetro, ardiendo con una sumisión devota que el mundo entero juzgaría imposible.

Caminé hacia él. El sonido de mis tacones en el suelo de madera era el único latido en aquel ambiente cargado.

Me detuve justo frente a él. Alcé las manos, las apoyé planas contra el pecho ancho y duro de Stefano y lo empujé.

Él no se resistió. El hombre que hacía temblar a cárteles y suplicar por sus vidas a los políticos dio un paso hacia atrás, y luego otro, guiado únicamente por la fuerza de mis manos, hasta que la parte posterior de sus rodillas chocó contra la inmensa silla de cuero de la presidencia.

— Siéntate — ordené, con voz baja, aterciopelada, pero innegociable.

Sus ojos brillaron, en una mezcla de sorpresa y puro vicio. Él obedeció.

Stefano cayó pesadamente en la silla, separando las piernas y apoyando los brazos en los reposabrazos, con la mirada clavada en mi rostro.

Me acerqué, deteniéndome exactamente entre sus piernas abiertas.

— Casi me provocas un ataque al corazón — murmuró, con voz ronca, sus ojos recorriendo mi traje negro y mi nuevo corte de cabello.

— Destrozaste a mi madre, Clara. Pusiste a Don Arturo de rodillas.

— Solo les demostré lo que sucede cuando intentan quitarme lo que es mío — respondí, inclinándome hacia adelante.

Apoyé las manos en sus hombros y, en un movimiento fluido y calculado, pasé una pierna por encima del regazo de Stefano.

Me senté a horcajadas sobre los gruesos muslos del Presidente de Santera. La falda ya no existía;

el pantalón de sastre que llevaba me permitió encajar perfectamente contra su erección, que ya pulsaba dura contra la tela del pantalón de vestir.

Stefano soltó un gemido áspero, con sus grandes manos volando instantáneamente a mi cintura, apretándome con esa posesividad de siempre.

— No — susurré, agarrando sus muñecas con firmeza. — Las manos en los reposabrazos de la silla.

Se quedó paralizado. Su instinto dominador luchó por una fracción de segundo, apretando la mandíbula y acelerando la respiración.

Entonces, me miró y vio a la reina que acababa de reclamar el trono.

Lentamente, Stefano abrió los dedos, soltó mi cintura y descansó las manos donde yo le había ordenado, entregándome el control absoluto.

Un escalofrío de poder cruzó mi columna vertebral. Era embriagador.

Moví mis caderas, frotando mi centro directamente contra su bulto.

Stefano cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás contra el respaldo de la silla, la respiración saliendo rasgada por los labios entreabiertos.

Le desabroché la chaqueta con calma, empujando la tela por sus anchos hombros.

Enseguida, mis ágiles dedos se dirigieron a la hebilla de su cinturón.

El sonido del metal abriéndose fue ensordecedor en el silencio de la sala.

Bajé la cremallera y aparté la tela, liberando la erección gruesa y pesada que saltó hacia fuera, palpitando de pura necesidad.

No me quité el pantalón. Simplemente lo desabroché y lo bajé lo suficiente, deslizando mi lencería de encaje negro hacia un lado.

Yo ya estaba empapada. La adrenalina del enfrentamiento sangriento y de la victoria sobre Isabella y Arturo se había transformado en un deseo líquido y ferviente.

Sostuve la base de su miembro. Stefano jadeó, apretando el cuero de los reposabrazos con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

Alcé mi cuerpo, apoyando las manos en su pecho caliente, y descendí. Lentamente.

Su punta caliente se abrió paso en mi intimidad. Yo dicté el ritmo insoportable.

Centímetro a centímetro, llenando el vacío con una precisión que me hizo morderme el labio inferior para no gritar.

Cuando finalmente me senté por completo, hundiéndome en él hasta el límite absoluto, solté un largo suspiro, echando la cabeza hacia atrás.

— Clara... — el nombre salió de su garganta como un gruñido de agonía y placer.

Intentó mover las caderas hacia arriba, buscando más fricción.

— Quédate quieto — ordené nuevamente, con tono firme, bajando el rostro para encararlo. — Hoy, el ritmo es mío.

Empecé a moverme. Me levanté casi por completo, poniendo a prueba la frontera del límite, y descendí con fuerza, golpeando mis caderas contra las suyas.

El golpe seco de nuestra piel hizo eco en el despacho. Stefano soltó una grosería sucia en italiano, con sus ojos negros dilatados y clavados en los míos.

El ritmo que impuse no era apresurado, era tortuoso. Me contoneaba sobre mi propio eje, moviendo mi centro contra la base del suyo en cada descenso.

La sensación era indescriptible. Estaba montando al hombre más peligroso del país, y él estaba completamente a mi merced.

— Eres tan hermosa que no puedo respirar — susurró, su voz fallando y el sudor brillando en su frente.

Sus manos temblaban sobre el cuero de la silla, luchando contra el instinto desesperado de agarrarme y tomar el control.

Mi orgasmo comenzó a formarse en la base de mi columna, alimentado por sus palabras y por la fricción perfecta.

Me incliné hacia adelante, mi cabello oscuro recién cortado cayendo como una cortina alrededor de nuestros rostros.

Pegué mis labios a los suyos. El beso fue caliente, carnal, mezclando nuestras respiraciones desgarradas.

Cuando mi lengua invadió su boca, Stefano finalmente rompió mi regla.

Sus manos soltaron los brazos de la silla. Agarró mis caderas con una fuerza brutal, imposible de contener.

— Basta — gruñó contra mis labios.

Impulsó sus caderas hacia arriba, yendo al encuentro de mi movimiento y duplicando la intensidad.

La fuerza que utilizó me arrancó un grito agudo. Ya no había control por ninguna de las partes.

Me folló en la silla de la presidencia con una violencia posesiva que me hizo ver estrellas.

La fricción me llevó al clímax en segundos. Las paredes de mi intimidad se contrajeron violentamente, y el orgasmo explotó dentro de mí, en una ola de calor que me cegó.

Clavé mis uñas en sus hombros, gimiendo el nombre del hombre que amaba, mientras todo mi cuerpo temblaba sin control.

Stefano acompañó mi clímax. Con tres embestidas finales, brutales y profundas, soltó un rugido ahogado en mi cuello, inundándome con su esencia caliente.

Su cuerpo se estremeció bajo el mío, completamente agotado.

Caí sobre su pecho, jadeando. Mi mejilla se pegó a la piel sudorosa y ardiente del presidente.

Los brazos de Stefano rodearon mi espalda, apretándome contra él como si quisiera fundirme con sus huesos.

El silencio regresó al despacho, roto únicamente por el sonido de nuestras respiraciones desacompasadas y el crujir del cuero de la silla.

Miré la pesada mesa de palisandro y el palacio a mi alrededor.

El miedo ya no habitaba allí. La limpiadora y la impostora habían desaparecido para siempre.

La verdadera Reina de Santera acababa de tomar su trono.



Stefano Moncada

Capítulo 37

El murmullo en el inmenso Salón de Prensa del Palacio de Santera era ensordecedor.

A través de las pantallas de monitorización entre bastidores, yo observaba a la multitud de periodistas, reporteros y corresponsales internacionales que se empujaban por un lugar cerca del podio.

El país entero estaba paralizado frente a los televisores.

Me arreglé los puños de mi camisa y abroché el botón de mi traje oscuro.

Rocco se acercó, con el dedo presionado contra el auricular que llevaba en el oído.

El rostro del general estaba impasible, pero había un brillo de triunfo en su mirada.

— El perímetro está seguro, Señor Presidente. La transmisión será para todas las cadenas nacionales e internacionales — informó Rocco.

— Es su turno.

Miré hacia un lado. Clara estaba apoyada en la pared, observándome.

El traje negro de sastrería le sentaba a la perfección, y el nuevo corte de cabello oscuro le daba un aura de poder incuestionable.

Ella no temblaba. El terror de las semanas anteriores había sido sustituido por una confianza férrea.

Caminé hacia ella y sostuve su rostro con una de mis manos, rozando el pulgar en su mejilla.

— ¿Estás lista para incendiar el mundo? — murmuré.

Una sonrisa afilada se dibujó en los labios pintados de rojo. — Muéstrales quién es el verdadero Rey, Stefano.

Le di un beso rápido, cargado de electricidad, y me di la vuelta, caminando en dirección a las pesadas cortinas de terciopelo.

En cuanto pisé el escenario, los flashes de las cámaras explotaron en una tormenta de luz.

El sonido de los disparos fotográficos parecía el de ametralladoras, pero yo caminé hasta el podio con la frialdad letal que me había valido el apodo de Rey de Hielo.

Apoyé las manos en los laterales del púlpito de madera. No tuve que pedir silencio;

mi simple presencia absorbió el aire de la sala, y los periodistas se callaron instantáneamente, sentándose en las sillas como soldados obedientes.

— Ciudadanos de Santera — comencé, escuchando mi voz resonar por los potentes altavoces.

— En las últimas cuarenta y ocho horas, nuestro país ha enfrentado una de las mayores amenazas a su soberanía.

Nuestras Fuerzas de Seguridad desmantelaron la columna vertebral del cártel Los Bravos, poniendo fin a décadas de corrupción y violencia en nuestro país.

El silencio en la sala era absoluto.

— Sin embargo, la verdadera amenaza no estaba solo en las calles. Estaba infiltrada en las esferas del poder.

Durante la operación, confirmamos una conspiración de traición al Estado.

Salvatore Valente, el hombre que el gobierno consideraba un aliado diplomático, orquestró un golpe para intentar controlar la presidencia mediante chantaje y terrorismo.

Hice una pausa calculada. Miré directamente a las cámaras, asegurándome de que cada ciudadano en casa sintiera el peso de mis palabras.

— Anoche, durante una emboscada en la Sierra de la Plata, nuestros equipos tácticos interceptaron a los mercenarios.

Salvatore Valente abrió fuego contra los agentes del estado y fue abatido en el lugar.

Y, con profundo pesar institucional, anuncio que su hija, Elena Valente, que estaba involucrada en el esquema de traición de su padre, también falleció en el fuego cruzado.

El salón implosionó. Los periodistas se levantaron de un salto. Gritos, preguntas superpuestas, el caos absoluto se apoderó del recinto.

El impacto de saber que la alianza más poderosa del país se había derrumbado.

— ¡Señor Presidente! — gritó un corresponsal de la primera fila, intentando hacerse oír por encima del ruido.

— ¡¿La Primera Dama está muerta?!

Levanté la mano derecha. El gesto fue suficiente para que la sala volviera a quedar en silencio, aunque la tensión era intensa.

Me acerqué al micrófono.

— La Primera Dama no está muerta — declaré, con mi voz firme.

— Porque yo nunca me casé con Elena Valente.

Un grito ahogado colectivo recorrió el salón. Los bolígrafos se detuvieron. Las cámaras se paralizaron por una fracción de segundo antes de que los flashes regresaran con el doble de intensidad.

— Cuando la verdadera Elena Valente huyó cobardemente días antes de la ceremonia, su padre intentó colocar a una impostora en el altar para mantener el control sobre el gobierno — continué, tejiendo la narrativa perfecta.

Mentira y verdad fundidas en un arma política letal. — Salvatore Valente amenazó con matar a la familia de esa joven si ella no colaboraba.

Pero él cometió un error fatal. Subestimó a la mujer que intentó usar como marioneta.

Señalé hacia un lado del escenario. Los focos giraron inmediatamente en esa dirección.

— Ella no aceptó ser una rehén. Decidió convertirse en mi mayor escudo.

Se infiltró en el corazón de este nido de víboras, reunió información sobre las rutas del cártel y arriesgó su propia vida anoche, enfrentándose a las armas de Salvatore Valente para asegurar que el Estado de Santera no cayera en manos de terroristas.

Mi pecho se llenó de un orgullo que nunca había sentido en mi vida.

— Ella no tiene sangre azul. No tiene fortunas escondidas en paraísos fiscales y no fue criada en colegios suizos.

Nació en las calles de la Avenida de los Olvidados. Conoce el hambre, conoce el dolor y conoce la verdadera fuerza del pueblo de este país.

Di un paso a un lado del podio, extendiendo la mano.

— Señoras y señores, les presento a la verdadera heroína de Santera.

La mujer que elegí, no por contratos o conveniencias, sino por su honor inquebrantable. Mi compañera. Clara Mendes.

Clara salió de las cortinas y caminó hacia el escenario. Su visión le quitó el aliento a toda la sala.

Su postura altiva, el traje oscuro impecable y su mirada impetuosa.

Caminó hacia mí con la seguridad de una emperatriz.

Cuando la mano de Clara tocó la mía, entrelacé mis dedos con los suyos, acercándola a mi lado.

Los periodistas tardaron unos segundos en procesarlo. El rostro era idéntico al de Elena, sí, pero la esencia... el color del cabello, el aura de poder, la dignidad.

Esa era una mujer real. Una mujer que venía del mismo barro que la mayoría de la población y que había engañado a la élite corrupta.

Cuando se dieron cuenta, la reacción fue atronadora. No hubo abucheos. No hubo indignación.

La narrativa de la chica de la favela que había destruido al cártel desde dentro y robado el corazón del Rey de Hielo era un cuento de hadas bañado en pólvora.

Era perfecto. El país adoraba a los héroes, y adoraba aún más a una superviviente.

Las preguntas recomenzaron, caóticas y exaltadas, pero la aprobación era palpable.

La oposición nunca lograría usar el fraude en nuestra contra, porque yo había transformado el fraude en el mayor acto de patriotismo de la década.

Clara no retrocedió ante los flashes. Miró al mar de periodistas y, con una calma aterradora, dio un paso hacia el micrófono.

— El imperio de la corrupción en Santera terminó ayer — su voz sonó limpia y poderosa, sin un solo temblor.

— A partir de hoy, el gobierno no negocia con cárteles. El gobierno no se basa en alianzas en las sombras.

Nosotros gobernamos para la luz, y aquellos que intenten tocar a nuestro pueblo encontrarán la misma respuesta que el cártel Los Bravos encontró.

Un silencio reverente barrió la sala. Hasta la prensa estaba asombrada con la historia y todo su giro.

Tiré de ella suavemente por la cintura, pegándola a mi lado, dando por concluido el anuncio.

La conferencia de prensa terminó, pero la leyenda de Clara Mendes acababa de nacer.

Mientras caminábamos de vuelta hacia los bastidores, flanqueados por la Guardia Pretoriana, el sonido de los aplausos y del frenesí de los reporteros aún resonaba en las paredes del Palacio.

Clara me miró, con un brillo jadeante y victorioso en sus ojos oscuros.



Clara Mendes

Capítulo 38

El sonido de la fina lluvia golpeaba contra el techo de cristal del invernadero imperial del Palacio de Santera, creando una melodía suave e hipnótica.

El aire allí dentro era húmedo, cálido y estaba cargado del exótico perfume de cientos de orquídeas raras que florecían en las enredaderas a nuestro alrededor.

Lejos de los focos, de las cámaras y de las amenazas del inframundo, el silencio finalmente nos abrazó.

Stefano había mandado retirar a todos los guardias de ese sector. Estábamos completamente solos.

Había una mesa puesta para dos en el centro del invernadero, iluminada únicamente por velas gruesas y por la luz plateada de la luna que intentaba romper las nubes de la tormenta.

Yo aún llevaba mi traje negro de sastrería, pero la chaqueta ya estaba desabrochada. Me sentía ligera.

La mentira y el peso de fingir ser otra persona... se habían evaporado frente a todo el país.

El mundo conocía a Clara Mendes.

Stefano sirvió dos copas de vino tinto y caminó hacia mí.

Se había quitado la corbata y la chaqueta, y las mangas de su camisa oscura estaban remangadas hasta los codos, revelando sus antebrazos fuertes y marcados.

Me entregó la copa, rozando sus dedos con los míos con una electricidad que aún me hacía contener la respiración.

— Por nuestro imperio — brindó, su voz grave y aterciopelada, sus ojos negros fijos en mi boca.

— Por nuestra verdad — respondí, sonriendo levemente y chocando mi copa con la suya.

El tintineo del cristal hizo eco en el invernadero.

Dimos un sorbo, pero el vino fue olvidado al segundo siguiente.

Stefano me quitó la copa de la mano y puso las dos sobre la mesa. Él no quería vino.

El hambre que oscurecía la mirada del Rey de Hielo estaba dirigida única y exclusivamente hacia mí.

Tomó mis manos, entrelazando nuestros dedos, y tiró de mí suavemente hacia el centro del espacio, donde una gruesa alfombra de terciopelo oscuro descansaba sobre el suelo de piedra rústica, como si ya hubiera planeado cada detalle de aquella noche.

— Estuviste brillante hoy — murmuró, acariciando los nudillos de mis dedos.

— Te metiste a todo este país en el bolsillo en menos de cinco minutos, Clara.

No vieron a la chica de la favela. Vieron a la reina que yo veo desde el día en que rompiste una botella de vidrio para defender a mi hermana.

— Simplemente dejé de tener miedo, Stefano — confesé, levantando el rostro para mirarlo.

— El miedo era la única cosa que me mantenía atada a Elena.

Cuando me di cuenta de que prefería morir antes que dejarlos a ti o a Luiza, su armadura ya no me servía.

La expresión de Stefano se suavizó de una forma que el mundo exterior jamás atestiguaría.

La devoción en esa mirada era un abismo en el que me sumergiría de buen grado por el resto de mi vida.

Lentamente, el hombre que gobernaba Santera, el líder implacable que había masacrado a un cártel entero la noche anterior, soltó mi mano derecha.

Dio un paso hacia atrás y, bajo la luz parpadeante de las velas y el sonido de la lluvia, Stefano Moncada dobló una rodilla.

Mi corazón dejó de latir. Bajé la mirada, con los labios entreabiertos por la sorpresa.

Stefano metió la mano en el bolsillo de su pantalón de sastre y sacó una pequeña cajita de terciopelo negro.

La abrió. En el centro de la seda blanca, no estaba el anillo falso, pesado y sin alma que su familia me había obligado a usar al principio.

Había un diamante puro, tallado a la perfección, rodeado de piedras más pequeñas, destellando con una luz deslumbrante. Un anillo verdadero.

Elegido por él.

— El primer contrato que hicimos fue forjado en desesperación y chantaje — comenzó Stefano, con voz ronca, vibrando con una emoción que lo hacía temblar levemente.

— Te compré como un escudo, Clara. Y juro por mi propia vida que pasaré cada uno de mis días intentando compensar el terror por el que te hice pasar.

Las lágrimas ya quemaban mis ojos, nublando la visión de aquel hombre colosal arrodillado a mis pies.

— Stefano... — susurré.

— Déjame terminar — pidió, con su mirada penetrando la mía. — Yo estaba muerto por dentro.

Entonces tú entraste en aquel palacio. Con tu ropa vieja, tu valentía absurda y las manos encallecidas de quien ha luchado por el pan de cada día.

No usaste mi poder, lo desafiaste. Incendiaste mi alma, Clara Mendes.

Levantó la mano, sosteniendo mis dedos temblorosos.

— No quiero a la sustituta. No quiero la alianza política. Quiero a la superviviente del Cerro de la Esperanza.

Quiero a la mujer que me robó el imperio y el corazón. Clara Mendes... ¿Aceptas casarte conmigo?

De verdad. Sin mentiras, sin contratos. Para siempre.

Las lágrimas se desbordaron, corriendo cálidas por mi rostro. No dudé ni un solo segundo.

— Sí — mi voz se quebró en un sollozo de alegría absoluta. — Sí, Stefano. Por supuesto que acepto.

Mil veces sí.

Deslizó el anillo en mi dedo anular. El encaje fue perfecto. Stefano se levantó de un salto, tirando de mí por la cintura.

El beso que me dio sabía a lluvia, a lágrimas y a una pasión tan densa que casi me hizo perder los sentidos.

Mis manos agarraron sus hombros, tirando de él hacia mí con una fuerza desesperada.

No volvimos a la mesa. Stefano deslizó las manos por mi espalda, empujando mi chaqueta de traje por los hombros hasta que cayó sobre la alfombra de terciopelo.

Desabroché su camisa con urgencia, queriendo sentir la piel caliente y los músculos tensos bajo las yemas de mis dedos.

Me acostó sobre el terciopelo oscuro, cerniéndose sobre mí como un depredador reverenciando a su presa.

El calor del invernadero contrastaba con el frío del cristal sobre nosotros, donde la tormenta rugía silenciosa.

Stefano besó la curva de mi cuello, descendiendo por la línea de mis pechos mientras me quitaba las últimas prendas de ropa.

Su boca estaba hambrienta, marcando mi piel con besos lentos, húmedos y posesivos.

Arrodillado entre mis piernas, separó mis muslos y bajó la cabeza.

Cuando su lengua caliente encontró mi intimidad, arqueé la espalda violentamente, hundiéndose mis dedos en su cabello oscuro.

Un gemido largo y sin pudor escapó de mi garganta, haciendo eco entre las orquídeas.

Me adoró allí con una dedicación enloquecedora. Sus movimientos eran precisos, succionando y torturando mi punto más sensible hasta que mi cuerpo entero se retorció de puro placer.

No tenía prisa. Quería desmontarme, pedazo a pedazo, demostrándome lo mucho que era suya.

— Stefano... por favor... te amo... — supliqué, al borde del clímax.

Mis palabras fueron el detonante final. Él subió, con sus oscuros ojos brillando de una forma demoníaca y completamente apasionada.

Su respiración era pesada. Stefano encajó sus caderas en las mías y, con un único movimiento profundo y continuo, se enterró en mí por completo.

La sensación de plenitud nos arrancó un suspiro al unísono a ambos.

Su cuerpo estaba cubierto de sudor y con los músculos en tensión. Empezó a moverse.

Lento y denso al principio, arrastrándose dentro de mí, saboreando cada milímetro del agarre que lo envolvía.

El ritmo fue escalando, impulsado por la intensidad del momento, por la declaración que acabábamos de sellar.

— Mi esposa — gruñó contra mi oído, en cada estocada brutal que daba, golpeando mis caderas contra el suave terciopelo.

— Mi Clara...

Envolví mis piernas alrededor de su cintura, empujándolo más hacia el fondo.

Arañé su ancha espalda, correspondiendo a la agresividad del deseo.

Éramos perfectos así: mezclando el romanticismo absoluto de la petición de matrimonio con el salvajismo puro de dos supervivientes que necesitaban consumirse para creer que por fin estaban a salvo.

El apogeo nos golpeó al mismo tiempo. Mi clímax estalló como fuegos artificiales, irradiando por mi vientre y haciéndome gritar su nombre, mientras las paredes de mi cuerpo lo exprimían despiadadamente.

Stefano apretó la mandíbula, hundiéndose en mí con una última embestida arrolladora, su simiente caliente inundó mi interior mientras temblaba en mis brazos, completamente agotado y rendido.

Stefano se desplomó sobre mí, escondiendo su rostro en el hueco de mi cuello, su pesada respiración calmándose poco a poco.

Abracé el enorme y cálido cuerpo de mi marido, acariciándole el cabello.

Miré hacia el techo de cristal. La lluvia seguía cayendo, lavando las paredes del invernadero.

Levanté la mano izquierda, observando el diamante real brillar bajo la luz plateada de la luna. El contrato había muerto.

La mentira había sido enterrada. Y yo, Clara Mendes, ya no era una sustituta. Era la primera dama.



Clara Mendes

Capítulo 39

La Catedral de San Marcos, el corazón religioso e histórico de Santera, nunca pareció tan intimidadora y, al mismo tiempo, nunca pareció tan mía.

No había luces suaves o tonos pastel melocotón y lavanda, como en la primera boda, aquel teatro patético que Caterina y la familia Valente habían orquestado.

Esta vez, la estética era puramente Moncada. Rosas rojas profundas, casi negras, adornaban los inmensos pilares de mármol gótico.

El olor a incienso se mezclaba con el aroma denso de las flores.

Decenas de soldados de la Guardia Pretoriana formaban un pasillo de acero y fusiles en el exterior, asegurando que el evento más importante del siglo no fuera interrumpido.

Estaba parada en la antesala de la catedral, mirando mi reflejo en el espejo de cuerpo entero.

No parecía una princesa. Parecía una reina forjada en pólvora.

Mi vestido no tenía volantes, encajes delicados ni tul en exceso.

Era una obra maestra de seda blanca arquitectónica, con líneas rectas y afiladas.

Mangas largas, cuello alto y un corte liso en la parte delantera que exhalaba una elegancia letal.

Pero la espalda estaba completamente descubierta, bajando hasta el límite de mi cintura, una afrenta calculada a la tradición.

Mi cabello oscuro estaba recogido en un moño bajo e impecable, y mis labios estaban pintados con mi inseparable lápiz labial rojo oscuro.

Un velo largo y translúcido caía sobre mis hombros, sujeto por una tiara de diamantes negros que pertenecía a la dinastía Moncada desde hacía siglos.

La puerta de roble crujió, sacándome de mis pensamientos. Por el espejo, vi entrar a Doña Isabella.

La matriarca llevaba un vestido esmeralda oscuro, con la postura erguida y arrogante de siempre.

Mi cuerpo se tensó instintivamente, pero no retrocedí. Me giré para encararla.

Isabella se detuvo a un metro de distancia. Sus ojos oscuros, tan parecidos a los de Stefano, evaluaron mi vestido, mi maquillaje, mi postura impecable.

El silencio pesó en el aire durante largos segundos. No había cariño allí, y yo no esperaba que lo hubiera.

Pero había algo mucho más valioso en el mundo en el que vivíamos.

Había respeto.

Lentamente, Isabella levantó las manos y se acercó. Tocó el borde de mi velo, arreglando un pliegue invisible en la seda con una precisión aristocrática.

— Stefano ha convertido a la Guardia Pretoriana en su ejército privado solo para proteger las calles alrededor de esta iglesia hoy — murmuró, con voz pulida, sin mirarme directamente.

— Mi hijo prendería fuego a este país entero si tú se lo pidieras, Clara.

— No tengo intención de quemar Santera, Doña Isabella — respondí, en un tono neutro pero firme.

— Tengo la intención de gobernarla a su lado.

Ella levantó los ojos y encontró los míos. Un brillo de aprobación fría e implacable cruzó el rostro de la matriarca.

Retrocedió un paso, satisfecha.

— Más te vale. Has demostrado que tienes la sangre fría para lidiar con los enemigos de esta familia.

Ahora demuestra que puedes llevar nuestra corona. No tropieces, niña.

Asintió levemente, un gesto formal de aceptación velada, y salió de la habitación para ocupar su lugar en la primera fila.

Solté la respiración que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Sin embargo, antes de que pudiera relajarme por completo, la puerta se abrió de nuevo.

La verdadera luz de mi vida entró corriendo, seguida de cerca por la mujer que nos dio la vida.

— ¡Clara!

Luiza llevaba un vestido de satén rojo oscuro que combinaba con las rosas del altar.

Su cabello estaba suelto, lleno de rizos brillantes. Sus mejillas estaban sonrosadas, sus ojos rebosaban lágrimas de alegría.

Pero lo que me hizo llorar fue el sonido de su voz, limpio y fuerte.

No había tubos de oxígeno, ni silla de ruedas ni el pitido constante de monitores cardíacos.

La terapia genética suiza que Stefano había pagado con su propia fortuna había funcionado como un milagro.

Mi hermana estaba curada. Estaba respirando su propio aire, viviendo la vida que se le había negado durante tanto tiempo.

Me arrodillé en el suelo, sin importarme arrugar la seda de mi vestido, y abracé a mi hermana con todas mis fuerzas.

Hundí el rostro en su cuello, oliendo el aroma a lavanda que siempre la acompañó.

— Estás tan guapa, Lu... — susurré, con voz entrecortada, besando la coronilla de su cabeza.

Cuando Luiza retrocedió un poco, mi madre se agachó a mi lado.

Su rostro, antes marcado por años de agotamiento y preocupación constante, en ese momento exhibía una paz luminosa.

Sus ojos rebosaban lágrimas de puro alivio y aceptación.

Ella había comprendido que el hombre temido por todo el país era, en realidad, nuestro mayor escudo.

Acarició mi rostro con una ternura infinita, bendiciendo la vida que yo había elegido.

— Tú eres nuestra reina hoy, hija — susurró mi madre, con voz dulce e inquebrantable.

— Ve y sé feliz. Estoy tan orgullosa de ti.

— ¡Y pareces una verdadera reina de película, Clarinha!

— rio Luiza, completando la frase de nuestra madre, mientras secaba mis lágrimas con los pulgares.

Luiza y mi madre tomaron mis manos, ayudándome a levantarme.

— Stefano ya está allá en el altar. Y parece que va a matar al cura si te demoras un minuto más.

Sonreí, sintiendo mi corazón latir a un ritmo ensordecedor. — Entonces no pongamos a prueba la paciencia del Rey de Hielo hoy.

Luiza se colocó frente a mí, sosteniendo el pequeño ramo de orquídeas negras y rosas rojas, mientras mi madre se alineaba para entrar justo detrás de nosotras.

Cuando los acordes profundos y sombríos del órgano de tubos de la catedral empezaron a sonar, no la Marcha Nupcial tradicional, sino una composición clásica densa y majestuosa, las inmensas puertas dobles de bronce se abrieron.

El aire se atascó en mis pulmones. La catedral estaba abarrotada.

Ministros, generales, embajadores, capos de la mafia del sur que se habían doblegado tras la masacre de los Valente.

Toda la élite de Santera se levantó como un solo cuerpo.

Y cuando sus ojos se posaron en mí, vi a qué se refería Isabella.

No veían a una novia dócil. Veían al poder encarnado.

Caminé por el largo pasillo de alfombra roja con pasos lentos y medidos. No había sonrisas falsas de debutante.

Solo había una autoridad letal.

Pero todo a mi alrededor: las personas, las flores, las vidrieras de colores, desapareció cuando mis ojos encontraron el altar.

Stefano estaba de pie allí, esperándome. Llevaba un esmoquin a medida, oscuro como la medianoche.

A su lado, Rocco permanecía erguido, el general en el papel de padrino, con la postura de quien está listo para sacar su arma en cualquier segundo.

Pero los ojos de Stefano... Dios, sus ojos me atraparon en una gravedad de la que nunca quise escapar.

La máscara de político frío estaba hecha añicos. Me observaba con un hambre tan absoluta, una posesividad tan violenta y reverente, que mis piernas flaquearon por una milésima de segundo.

Su amplio pecho subía y bajaba con una respiración pesada.

Cuando finalmente llegué al altar, Luiza y mi madre me dieron una sonrisa alentadora y se hicieron a un lado, ocupando la primera fila a la izquierda.

En el lado derecho, el peso del imperio Moncada se hacía presente. Sofia, deslumbrante, me saludó discretamente con la mano.

A su lado, formando una línea inquebrantable, estaban Adriano, Caterina con su postura siempre impecable, el vigilante Dante, Lorenzo y Francesca.

Ver a los siete hermanos de Stefano allí, alineados en un muro humano de respeto y lealtad, demostraba que no solo me estaba casando con su líder;

toda la dinastía me aceptaba y me reverenciaba como su verdadera reina.

Stefano dio un paso al frente, ignorando el protocolo, al sacerdote y al mundo entero.

Extendió su mano grande y callosa.

Coloqué mi mano derecha sobre la suya. El calor áspero de su piel envolvió mis dedos como una promesa de hierro.

Me acercó a su lado, tan cerca que su hombro rozaba el mío, en un escudo humano invisible e infranqueable.

La ceremonia fue breve. El arzobispo de Santera sabía que no debía alargar sus palabras ante la impaciencia mortal de Stefano Moncada.

Los votos no fueron los tradicionales, llenos de obediencia y dulzura.

Repetimos los votos que usaban las antiguas familias del inframundo, palabras que hablaban de lealtad inquebrantable, de sangre, de guerra y de protección hasta el último suspiro.

Cuando llegó el momento de intercambiar los anillos, Luiza caminó hacia nosotros con el pequeño cojín de terciopelo negro.

Stefano tomó la gruesa alianza de oro y diamantes negros.

Me miró a los ojos, no a mi mano, mientras la deslizaba por mi dedo anular, asegurándola sobre el anillo de compromiso.

— Mi vida. Mi imperio. Mi alma.

Todo te pertenece a ti, Clara Mendes — susurró, su voz grave resonando peligrosamente baja, solo para mí.

Tomé su alianza, mi mano temblando levemente por la fuerza del momento, y la deslicé por su largo dedo.

— En la guerra y en la paz. En la luz y en la oscuridad. Soy tuya, Stefano.

Hasta que la muerte nos separe.

— La muerte no nos separará — replicó él con un gruñido posesivo, con los ojos negros ardiendo.

— Te buscaré en el infierno si es necesario.

El arzobispo se aclaró la garganta, ligeramente nervioso.

— Por el poder que me otorgan el Estado y Dios, los declaro marido y mujer.

El presidente puede besar a la primera dama.

Stefano no dudó. No me tomó de la cintura con delicadeza para las fotos.

Clavó su mano izquierda en mi nuca, deslizando los dedos por debajo de mi velo y destrozando mi moño impecable, mientras su brazo derecho rodeaba mi cintura, levantándome ligeramente del suelo.

Su boca descendió sobre la mía con una fuerza brutal y desesperada.

El beso fue caliente, profundo y escandaloso, una reivindicación pública, carnal y absoluta ante todas las autoridades de Santera.

Devoró mis labios, probando mi aliento, sin dejar dudas a ningún hombre en esa iglesia de que yo era territorio intocable.

El Rey de Hielo, el hombre más temido del continente, bajaba la guardia únicamente por mí.

Un aplauso estruendoso y ensordecedor rompió el silencio de la catedral.

El sonido rebotó en los techos abovedados, mezclándose con los acordes victoriosos del órgano de tubos.

Cuando Stefano finalmente se apartó, jadeante, con su frente pegada a la mía y el pintalabios rojo manchando la comisura de su boca, esbozó una sonrisa que prometía mi ruina total más tarde.

Entrelazó sus dedos con los míos, nos giró hacia el pasillo central y levantó nuestras manos unidas.

Caminamos de regreso hacia la salida de la iglesia. Los flashes de las cámaras estallaban como supernovas a nuestro alrededor, y la Guardia Pretoriana golpeó las culatas de sus rifles contra el suelo a modo de saludo.

El contrato había sido olvidado. La farsa estaba muerta. Allí, caminando sobre la alfombra roja bajo una lluvia de pétalos negros y rojos, la mafia y el Estado se fusionaron en un solo ser.

Y nosotros éramos sus monarcas absolutos.



Clara Mendes

Capítulo 40

La brisa cálida del Mar Egeo entraba por las inmensas puertas de cristal abiertas, trayendo consigo el olor a sal y la promesa de una libertad absoluta.

Estábamos en una isla privada, un pedazo de paraíso aislado del resto del mundo, propiedad exclusiva de la dinastía Moncada.

No había reporteros. No había ministros corruptos. Y, por primera vez desde que mi camino se cruzó con el del Presidente de Santera, no había un solo guardia armado recorriendo los pasillos.

El silencio era tan puro que podía escuchar el sonido de las olas rompiendo suavemente contra las rocas allá abajo.

Yo estaba de pie en el balcón de nuestra suite, envuelta en una bata de seda blanca, descalza sobre el suelo de mármol templado.

La oscura inmensidad del océano se extendía frente a mí, bañada por la luz plateada de la luna llena.

Cerré los ojos, dejando que la brisa acariciara mi rostro.

La chica que barría el suelo en la Avenida de los Olvidados parecía pertenecer a otra vida, a un universo lejano que había sido engullido por el fuego y la pólvora.

El terror, el chantaje, el miedo a perder a Luiza... todo había terminado.

Yo era libre y la dueña del hombre más peligroso del mundo.

Sentí el calor irradiar en mi espalda un segundo antes de que los brazos de Stefano rodearan mi cintura.

Me acercó a su pecho ancho y desnudo. Su aroma: una mezcla embriagadora de sándalo, mar y la esencia cruda y masculina que era solo suya, inundó mis pulmones, haciendo que mi sangre hirviera al instante.

— ¿En qué está pensando mi Reina? — Su voz grave y ronca vibró contra mi cuello, enviando un escalofrío violento por toda mi columna.

Incliné la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro.

— Estoy pensando en que el silencio es el sonido más hermoso que he escuchado jamás — murmuré. — Sin guardias.

Sin armas. Sin política.

Los cálidos labios de Stefano rozaron la curva de mi cuello, plantando un beso prolongado y posesivo en mi piel.

— Santera ya no existe esta noche, Clara. El mundo entero ahí fuera ha desaparecido. Solo existes tú.

Giró mi cuerpo con una suavidad letal, atrapándome entre la barandilla del balcón y la inmensidad de su pecho.

Los ojos negros del Rey de Hielo estaban dilatados, oscurecidos por un hambre tan antigua, tan primordial y desesperada, que me dejó sin aliento.

Ya no había prisa por sobrevivir, ni la urgencia de una fuga inminente.

Solo había una eternidad por delante, y él pretendía usar cada segundo de ella para adorarme.

Stefano levantó las manos y deshizo el nudo de mi bata de seda.

La tela se deslizó por mis hombros, cayendo en un susurro blanco a nuestros pies.

La luz de la luna bañó mi cuerpo desnudo, y su mirada descendió, venerando cada curva, cada marca, cada centímetro de mi piel con una devoción que me hizo estremecer.

— Eres mi ruina — confesó en un murmullo ronco, sus manos grandes y ásperas subiendo por mis muslos, contorneando la curva de mis caderas.

— Y pasaría la eternidad ardiendo en el infierno solo por tener el derecho de tocarte.

Antes de que pudiera responder, se agachó.

Stefano no me llevó a la cama. Me levantó por la cintura con una facilidad aterradora y me sentó en el muro ancho y seguro del balcón de mármol.

El viento nocturno erizó mi piel, pero la boca de Stefano era un horno.

Se arrodilló en el suelo de piedra, separando mis piernas.

Mi corazón se desbocó, latiendo descontroladamente contra mis costillas al darme cuenta de su intención.

Sus manos firmes agarraron mis muslos, manteniéndome abierta, completamente expuesta y vulnerable a su mirada y a su toque.

— Stefano... — Jadeé, hundiendo instintivamente mis dedos en su cabello oscuro.

No respondió. Simplemente apretó los labios contra la parte interna de mi muslo, dejando un beso húmedo y caliente que me hizo arquear la espalda.

Su lengua ágil subió, provocadora, dibujando un camino de fuego hasta mi centro.

Cuando su boca finalmente cubrió mi intimidad, un grito agudo escapó de mis labios, perdiéndose en el sonido de las olas del mar.

No fue gentil. Fue implacable.

La lengua de Stefano me exploró con una precisión quirúrgica y un hambre devastadora.

Succionaba, chupaba y acariciaba mi punto más sensible con un ritmo enloquecedor, mientras sus pulgares se abrían paso, estirándome, probando cada gota de mi excitación.

El calor de su boca contrastaba con la fría brisa del Egeo, creando una tortura sensorial que comenzó a arrasar con mi cordura.

— Eso... Dios, no pares... — sollocé, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados con fuerza.

Mis uñas arañaban sus anchos hombros, mi cadera empujándose contra su rostro, suplicando por más, exigiendo todo lo que tenía para darme.

Stefano obedeció, doblando la intensidad. Introdujo dos dedos en mi interior, imitando el ritmo de una penetración profunda, mientras su boca continuaba con el ataque despiadado.

La combinación de fricción y succión era arrolladora. El mundo a mi alrededor empezó a girar, los colores derritiéndose tras mis párpados cerrados.

La tensión en mi vientre se enrolló como un resorte de acero.

El placer era tan denso, tan intenso que llegaba a doler. Ya no podía articular palabras.

Solo gemidos ahogados y su nombre salían de mi garganta.

Entonces, la represa estalló.

El orgasmo me golpeó con la fuerza de un huracán, convulsionando todo mi cuerpo.

Grité al cielo estrellado, con los músculos de mis piernas temblando violentamente, mientras el clímax me consumía en ondas de choque que parecían no tener fin.

Las paredes de mi cuerpo se contrajeron alrededor de sus dedos, y Stefano bebió mi clímax, tragándose mis gemidos hasta que perdí las fuerzas por completo.

Me desplomé hacia adelante, jadeante, con el pecho subiendo y bajando frenéticamente y las manos apoyadas en sus hombros para no caer.

Stefano se levantó lentamente. Su rostro brillaba de sudor, sus oscuros ojos estaban cargados de una lujuria oscura y posesiva, su boca húmeda con mi sabor.

No me dio tiempo para respirar.

Pasó sus brazos alrededor de mi cuerpo, levantándome del muro, y caminó con pasos largos y depredadores hacia el interior de la suite.

Me arrojó al centro de la inmensa cama king size, sobre las sábanas de algodón egipcio negro.

El colchón se hundió bajo el peso de su cuerpo cuando Stefano me cubrió.

Su erección gruesa y palpitante rozó contra mi entrada, ya empapada y latiendo por los espasmos de mi reciente orgasmo.

Sostuve su rostro con ambas manos, mirando profundamente el alma del hombre que había destruido su propio mundo para salvarme.

— Tómame, Stefano. Entera — exigí.

Un gruñido primitivo vibró en su pecho. Stefano no dudó.

Clavó sus manos en mis caderas y, con una única estocada brutal, profunda y abrumadora, se hundió en mí hasta el límite absoluto.

El impacto nos fundió. La sensación de plenitud era tan intensa que lágrimas calientes resbalaron por las comisuras de mis ojos.

— Mía. Mi esposa. Mi reina — entonaba con cada embestida fuerte.

Su ritmo era salvaje, impulsado por un vicio febril que los meses de tensión habían acumulado.

Cada vez que descendía, el sonido de nuestros cuerpos chocando resonaba en la habitación silenciosa.

Envolví mis piernas alrededor de su cintura, tirando de él más profundo, arañando su espalda, correspondiendo a esa violencia pasional con la misma furia.

Nos dimos la vuelta en la cama. En un segundo, yo estaba de espaldas sobre el colchón;

al siguiente, Stefano me había puesto encima de él, obligándome a cabalgar sobre su erección dura como la piedra.

Dicté el ritmo por un rato, contoneándome contra el suyo, viendo cómo su rostro se contorsionaba en pura agonía extática.

Sus manos apretaban mis pechos, con los pulgares rozando mis pezones endurecidos, mientras me guiaba con una fuerza posesiva.

Sin embargo, su control no duró mucho.

Con un movimiento brusco, invirtió las posiciones nuevamente, presionándome boca abajo contra las sábanas oscuras.

Levantó mis caderas y entró en mí por detrás.

El cambio de ángulo alcanzó un punto tan profundo que mi visión se volvió blanca.

Agarró mi cabello con una de sus manos, tirando de mi cabeza ligeramente hacia atrás solo para morder y besar la línea de mi hombro, mientras la otra mano se deslizaba hacia mi vientre, encontrando mi clítoris nuevamente.

La combinación de la penetración profunda y brutal con la fricción de sus dedos me empujó de vuelta al borde del precipicio.

— Conmigo, Clara. Ahora — ordenó, con su respiración saliendo en ráfagas calientes contra mi piel.

No podría haberlo retenido ni aunque quisiera. El segundo orgasmo de la noche explotó dentro de mí, mucho más poderoso y devastador que el primero.

Grité contra las sábanas, con mi cuerpo apretándolo implacablemente por todos lados.

La violenta contracción marcó el final de su resistencia. Stefano soltó un rugido largo y gutural, el sonido de un monstruo finalmente encontrando la paz.

Hundió sus caderas con una fuerza final y se vació dentro de mí, inundándome con su calor, todo su cuerpo temblando en espasmos incontrolables de alivio y liberación.

Se desplomó sobre mi espalda, con el peso de su cuerpo colosal y exhausto anclándome a la realidad.

El sudor pegaba nuestra piel, nuestros corazones latían en una sola sintonía ensordecedora en el silencio de la habitación.

Lentamente, Stefano rodó hacia un lado, arrastrándome con él hasta que quedé acurrucada contra su pecho.

Tiró de la sábana negra para cubrirnos, sus grandes manos acariciando mi cabello húmedo, esparciendo suaves besos por mi frente.

El Rey de Hielo se había derretido por completo, consumido por las llamas de un amor forjado en sangre, mentiras y redención.

Allí, bajo la luz de la luna, no había pasado ni futuro.

Solo estábamos nosotros dos, y la certeza absoluta de que nuestro imperio sería eterno.



Clara Mendes

Epílogo

Tres años después...

El viento que soplaba en la Avenida de los Olvidados ya no traía consigo el olor a aguas residuales al aire libre, a miedo ni a pólvora.

El Cerro de la Esperanza, el lugar donde el mundo solía arrojar sus sobras, había renacido.

Donde antes había chozas de madera podrida en equilibrio al borde de precipicios, ahora se alzaban bloques de mampostería estructurada, calles asfaltadas y plazas arboladas.

Sin embargo, la verdadera joya de aquella transformación se alzaba en el punto más alto de la favela: el Complejo Hospitalario y Educativo Luiza Mendes.

Un monolito de vidrio y hormigón blanco equipado con la misma tecnología de punta que había salvado la vida de mi

hermana.

La flota de SUVs negros y blindados del gobierno subió por la avenida principal en un convoy silencioso e intimidante.

Cuando los coches se detuvieron frente a las escaleras de mármol del nuevo hospital, una multitud ya nos aguardaba.

Eran miles de personas. Rostros curtidos por el sol, manos callosas, mujeres sosteniendo a sus hijos. Mi antiguo vecindario.

Mi gente.

La puerta de mi coche fue abierta por Rocco, cuyo traje oscuro no ocultaba su postura de perro guardián implacable.

En cuanto mis pies calzados con tacones de aguja negros tocaron el asfalto, la multitud estalló.

No fue un aplauso contenido y ensayado como los de la élite diplomática de Santera.

Fue un rugido ensordecedor de pura devoción. Gritaban mi nombre. Extendían sus manos.

Para el mundo exterior, yo era la Primera Dama implacable que había ayudado a purgar la corrupción del país.

Pero allí, en las calles donde yo había sangrado para sobrevivir, me llamaban "La Madre de Santera".

Llevaba un vestido sastre de un tono rojo oscuro que contrastaba con mi cabello negro, cortado a la altura de los hombros, balanceándose con la brisa de la mañana.

Esbocé una sonrisa sincera, sintiendo mis ojos arder, mientras saludaba a las personas que me vieron crecer.

Justo detrás de mí, la puerta del SUV volvió a cerrarse de golpe. El aire a mi alrededor se volvió instantáneamente más denso.

El murmullo de la multitud cambió de tono, mezclando reverencia y un respeto bañado en un temor reverencial.

Stefano Moncada caminó hasta situarse a mi lado. El presidente de Santera llevaba un traje a medida sin corbata, la

camisa negra desabrochada en los primeros botones, exudando esa misma aura letal, sombría y depredadora de siempre.

La mirada negra del Rey de Hielo barrió el perímetro con precisión quirúrgica, eternamente protector, antes de que su mano grande y cálida se posara posesivamente en la base de mi espalda.

Pero la imagen del monstruo despiadado que hacía temblar a los cárteles sufría un contraste absurdo y maravilloso con lo que llevaba en su brazo izquierdo.

Apoyado en la cadera de Stefano, vistiendo un pequeño traje infantil perfectamente entallado, estaba nuestro hijo.

Lucca acababa de cumplir dos años. Heredó mi cabello oscuro y mis ojos castaños, pero la expresión en el rostro del niño: un ceño fruncido, observador y peligrosamente inteligente mientras evaluaba a la multitud, era una copia en miniatura exacta de su padre.

Lucca se agarró del cuello de la camisa de Stefano con una manita regordeta y señaló el edificio de cristal con la otra.

— ¿Mamá lo hizo? — Su voz infantil sonó lo suficientemente fuerte como para que la escucháramos por encima del ruido.

— Sí, piccolo — respondió Stefano, con voz ronca y cargada de un afecto que reservaba exclusivamente para nosotros dos.

Besó la frente de nuestro hijo antes de mirarme.

— Tu madre ha construido el mundo entero de nuevo.

Sonreí, apoyando mi cabeza en el hombro de Stefano por un breve segundo.

Bajé mi mano derecha, posándola instintivamente sobre mi propio vientre.

La curvatura aún era sutil, oculta por el corte del vestido, pero la vida palpitaba allí dentro. Una niña.

La segunda heredera de la dinastía Moncada, que nacería en un imperio seguro, limpio de la inmundicia de Salvatore Valente y de la tiranía de Don Arturo.

Stefano notó mi gesto. Su mano se deslizó de mi espalda baja para cubrir mi mano sobre mi vientre.

Su pulgar áspero acarició la seda de mi vestido, y se inclinó, rozando con sus labios mi oreja.

— El pueblo está esperando a que la reina corte la cinta — murmuró, su cálido aliento erizando mi piel.

— ¿Estás lista para inaugurar tu legado, Clara?

Miré hacia el hospital. Miré hacia el cerro donde yo solía barrer el suelo y contar monedas para comprar analgésicos.

Luego, miré los oscuros ojos del hombre colosal y apasionado a mi lado.

La chica que no tenía nada más que miedo había muerto.

La Novia Sustituta había sido enterrada en las cenizas de un chantaje.

Habíamos pasado por el infierno, pero salimos del otro lado caminando sobre las llamas.

— Nací lista, Stefano — respondí, alzando la barbilla.

Con nuestro hijo en su regazo y la mano libre de Stefano firmemente entrelazada con la mía, caminamos juntos hacia las escaleras.

El Rey de Hielo finalmente había encontrado el calor de su verdadero hogar y la chica de la favela... ella tenía el mundo entero a sus pies.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, escritora y emprendedora brasileña, está rompiendo barreras y conquistando al público nacional e internacional con sus historias envolventes y personajes cautivadores. Una de las mayores revelaciones de la literatura contemporánea brasileña, ahora es oficialmente la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, según Amazon. Con libros que abarcan el romance, la fantasía y el suspenso, Jéssica se ha destacado por su capacidad para crear historias que cautivan a lectores de diferentes edades, lo que se refleja en su creciente número de fans y en su reconocimiento como una de las "Forbes Under 30". Este hito refleja el impacto de su obra, consolidando su espacio entre los grandes nombres de la literatura digital.

Con una trayectoria notable, Jéssica se dio a conocer por obras como "Rejeitada no Altar" y "Virgem Prometida", sin embargo, cuenta con casi 300 obras, publicadas en 6 idiomas. Esta posición refleja el éxito de Jéssica en Brasil y en otros países, consolidándola como una autora independiente de gran impacto.

Reconocida por el público joven y adulto, Jéssica no solo ha conquistado Brasil, sino que ha ampliado su público global a través de la autoedición y ya figura entre los más vendidos en mercados de gran visibilidad como España, Francia, Italia y Alemania. Según datos recientes de Amazon, Jéssica es la brasileña más leída en Kindle Unlimited, una posición que marca una era para la literatura nacional en el extranjero.

Para más información sobre otros libros de la autora, síguela en las redes sociales.

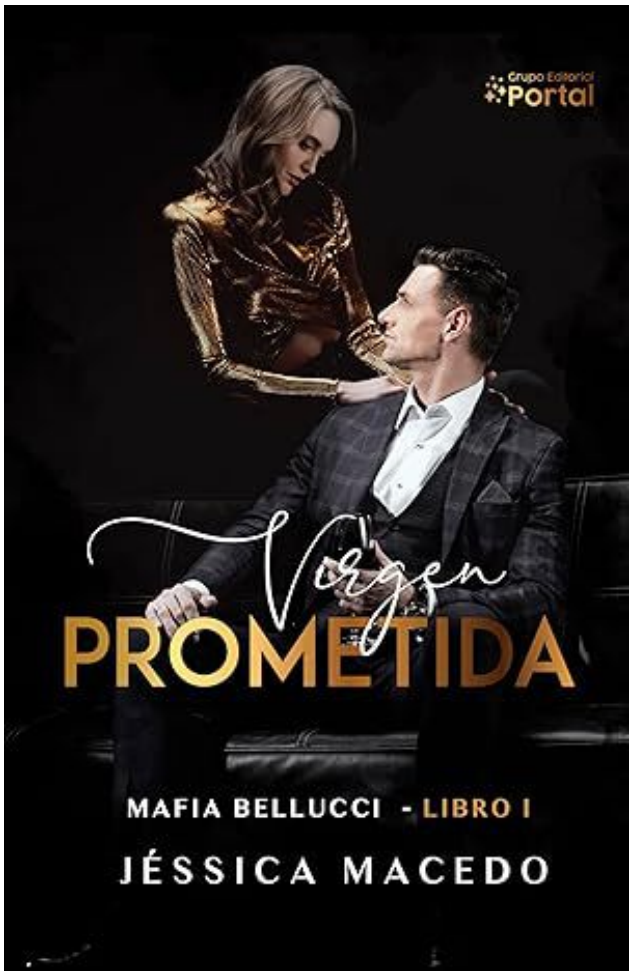
Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram -www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY



Lee también:



Enlace=> https://amzn.eu/d/6ETK4Or

Marco Bellucci, el venerado jefe de la mafia italiana, llevaba consigo las estrictas normas de sangre y honor desde sus días de formación. Era un líder que gobernaba con puño de hierro y sabía que no había nada más importante que la familia. Su vida siempre giró en torno a la mafia y sabía que todas las decisiones debían tomarse pensando en su familia, incluido el matrimonio.

En el siglo XXI, los matrimonios seguían siendo contratos, las mujeres no tenían voz ni voto y eran tratadas como moneda de cambio que favorecía a los hombres de la mafia. Laís contaba apenas con once años cuando la envolvieron en un acuerdo destinado a asegurar la protección de su familia en Portugal y favorecer los intereses italianos. Siendo aún una niña, se convirtió en

propiedad del jefe. Llevada a Italia, fue internada en un convento hasta que cumplió veintiún años y pudo casarse con un hombre quince años mayor que ella, el líder de una de las mayores organizaciones criminales del mundo.

La virgen prometida sólo sabía lo que contaban de su futuro marido, la faceta más oscura del cruel criminal. En el camino hacia la boda, tomó la arriesgada decisión de huir, sólo para descubrir que la vida fuera del convento no se parecía en nada a lo que ella imaginaba.

Cuando fue abandonado en el altar por una joven ingenua que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, Marco se enfrentó a dos opciones: continuar con la alianza y buscarla, o desatar una guerra.



Enlace=> https://amzn.eu/d/aTZqXgM

ENEMIES TO LOVERS , DE ENEMIGOS A AMANTES ,

SECUESTRACIÓN, VIRGEN Y MAFIOSO, ROMANTICISMO OSCURO

Pietro Bellucci nació en el corazón de la mafia italiana y fue enviado por el Don al lujo y el caos de Las Vegas tras la destrucción del motoclub que controlaba la ciudad. Decidido a enfrentarse a cualquier amenaza con tal de cumplir su misión de expandir su imperio criminal, Pietro estaba preparado para todo, excepto para la inesperada atracción de una joven indefensa que se cruzó en su camino.

Daniela vio cómo su mundo se ponía patas arriba cuando la separaron de su hermana y acabó en un terrible cautiverio. No esperaba ser rescatada por Pietro y acabar envuelta al peligroso italiano. Atrapada entre el deseo y el miedo, se vio enroscada en un mundo oscuro donde la violencia era la moneda de cambio y la lealtad una cuestión de vida o muerte. A medida que el vínculo entre Pietro y Daniela se intensificaba, tuvieron que navegar por una red de traiciones, enfrentándose a enemigos mortales y secretos devastadores.

Cuando La Santa, una organización enemiga, amenazó con hacerse con el control de Las Vegas, Pietro se vio dividido entre proteger a Daniela y eliminar a sus adversarios. En un mundo donde el poder era la moneda más valiosa, Pietro y Daniela descubrieron que el amor podía ser tanto una debilidad como una fuerza incontrolable.